

The book cover features a repeating pattern of stylized eyes in shades of green and yellow. At the top center, there is a small, faint illustration of a figure, possibly a saint or a historical figure, surrounded by a decorative border. The background is a light beige color with a subtle texture.

Antón Chéjov

La Sala Número  
Seis

**E** LEJANDRIA



Antón Chéjov

La Sala Número  
Seis

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LA SALA NÚMERO SEIS

**ANTÓN CHÉJOV**

**PUBLICADO: 1919**  
**FUENTE: WIKISOURCE**  
**EDICIÓN: IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA, GLORIETA**  
**DE CHAMBERÍ, MADRID**  
**TRADUCTOR: NICOLÁS TASÍN**

# ÍNDICE

	Págs
<a href="#">La sala número seis</a> .....	9
<a href="#">Gusev</a> .....	91
<a href="#">La cirugía</a> .....	113
<a href="#">¡Silencio!</a> .....	121
<a href="#">Las señoras</a> .....	127.
<a href="#">Un conflicto</a> .....	133
<a href="#">Una mujer indefensa</a> .....	139
<a href="#">Prichibeyev</a> .....	147.
<a href="#">De madrugada</a> .....	153
<a href="#">Un acontecimiento</a> .....	157.
<a href="#">El enmascarado</a> .....	167.
<a href="#">Un drama</a> .....	175
<a href="#">Lecciones caras</a> .....	183
<a href="#">Los muchachos</a> .....	193

# LA SALA NÚMERO SEIS

## I

Hay dentro del recinto del hospital un pabelloncito rodeado por un verdadero bosque de arbustos y hierbas salvajes. El techo está cubierto de orín, la chimenea medio arruinada, y las gradas de la escalera podridas. Un paredón gris, coronado por una carda de clavos con las puntas hacia arriba, divide el pabellón del campo. En suma, el conjunto produce una triste impresión.

El interior resulta todavía más desagradable. El vestíbulo está obstruido por montones de objetos y utensilios del hospital: colchones, vestidos viejos, camisas desgarradas, botas y pantuflas en completo desorden, que exhalan un olor pesado y sofocante.

El guardián está casi siempre en el vestíbulo; es un veterano retirado; se llama Nikita. Tiene una cara de ebrio y cejas espesas que le dan un aire severo, y encendidas narices. No es hombre corpulento, antes algo pequeño y desmedrado, pero tiene sólidos puños. Pertenece a esa categoría de gentes sencillas, positivas, que obedecen sin reflexionar, enamoradas del orden y convencidas de que el orden sólo puede mantenerse a fuerza de puños. En nombre del orden, distribuye bofetadas a más y mejor entre los enfermos, y les descarga puñetazos en el pecho y por dondequiera.

Del vestíbulo se entra a una sala espaciosa y vasta. Las paredes están pintadas de azul, el techo ahumado, y las ventanas tienen rejas de hierro. El olor es tan desagradable que, en el primer momento cree uno encontrarse en una casa de fieras: huele a col, a chinches, a cera quemada y a yodoformo.

En esta sala hay unas camas clavadas al piso; en las camas—éstos, sentados; aquéllos, tendidos—hay unos hombres con batas azules y bonetes en la cabeza: son los locos.

Hay cinco: uno es noble, y los otros pertenecen a la burguesía humilde.

El que está junto a la puerta es alto, flaco, de bigotes rojizos y ojos sanguinolentos, como los ojos irritados de un hombre que llorara constantemente. La frente en la mano, ahí se está sentado en la cama sin apartar los ojos de un punto. Día y noche entregado a la melancolía, mueve la cabeza, suspira, sonrío a veces con amargura. Casi nunca interviene en las conversaciones, ni contesta cuando le preguntan algo. Come y bebe de un modo completamente automático todo lo que le sirven. Su tos lastimosa y agotadora, su extremada flacura, sus pómulos enrojecidos, todo hace creer que está tísico.

Su vecino inmediato es un hombrecillo vivaz e inquieto que usa una barbita puntiaguda; su cabello es negro y rizado como el cabello espeso de un negro. Durante el día se pasea por el cuarto de una ventana a otra, o bien se queda sentado en la cama, a la turca, cantando incesantemente a media voz y riendo con un aire amable y satisfecho. Su alegría infantil, su vivacidad, tampoco de noche lo abandonan cuando se incorpora para implorar a Dios dándose repetidos golpes de pecho. Este hombre es Moisés el judío, que se volvió loco hace veinte años a causa del incendio que destruyó su sombrerería.

Es, de todos los huéspedes de la «sala número 6»,—que así la designan—el único que tiene permiso de salir fuera del pabellón y aun a la calle. Se le concede este privilegio a título de antigüedad en la casa, y también por su carácter inofensivo; a nadie da miedo, y suele encontrarse por la ciudad rodeado de chicos y perros. Con su bata azul y su bonete ridículo, en pantuflas y hasta descalzo, y, a veces, también sin pantalones, pasea por las calles, se detiene a la

puerta de alguna casa o tienda, y pide un copeck de limosna. La buena gente le da pan, cidra, copecks, y así, siempre vuelve con la barriga llena, rico y contento. Todo lo que trae lo confisca a la entrada el veterano Nikita, que procede al acto de una manera brutal: hurga los bolsillos del loco, y gruñe y jura que no dejará salir más a Moisés, y que no puede tolerar tamaño desorden.

Moisés es muy servicial: lleva agua a sus vecinos, los cubre cuando duermen, les ofrece traerles copecks de la ciudad y hacerles sombreros nuevos.

A la derecha de Moisés se encuentra la cama de Iván Dimitrievich Gromov. Es un sujeto de treinta y cinco años, de noble origen, ex secretario del tribunal, que padece de manía persecutoria. Pocas veces se le ve sentado; a veces está acostado, con las rodillas pegadas a la barba, y otras veces mide a grandes pasos la sala. Siempre parece agitado, inquieto, como si esperara ansiosamente quién sabe qué. Se estremece al menor ruido del vestíbulo o del patio exterior; levanta la cabeza con angustia y escucha atentamente: cree que son sus enemigos que lo andan buscando, y sus facciones se contraen en una mueca de terror.

Hay cierta vaga belleza en esa cara ancha, de pómulos salientes, pálida y contraída, espejo donde se refleja un alma martirizada por el miedo constante y la lucha interna. Sus gestos son extraños y repelentes; pero sus facciones finas, llenas de inteligencia, y sus miradas conservan elocuencia y calor. Es cortés y amable para con todos, excepción hecha de Nikita. Si a alguien se le cae una cuchara, un botón, ya está él saltando de su lecho para recogerlo. Por la mañana, al levantarse, saluda a todos y les desea los buenos días; por la noche, da las buenas noches.

A veces, entre la noche, comienza a estremecerse, rechina los dientes, y se pone a andar presurosamente por entre las camas. Entonces se diría que la fiebre se apodera de él. A veces se detiene frente a cualquiera de sus camaradas, se le queda mirando muy fijamente y parece querer decirle algo muy grave; pero, como si de antemano supiera que no le han de hacer caso, sacude nerviosamente la cabeza, y continúa sus paseos a lo largo de la estancia. Pronto el deseo de comunicarse domina en él todas las consideraciones, y, entonces, sin poderse- contener, se suelta

hablando con abundancia y pasión. Habla de un modo desordenado, febril, como se habla en sueños, casi siempre es incomprensible; pero en su palabra, en su voz, se descubre un natural lleno de bondad. De sólo oírle, queda uno convencido de que aquel loco es un hombre honrado, un alma superior: habla de la cobardía de los hombres, de la violencia que sofoca a la verdad, de la vida ideal y hermosa que un día habrá de reinar sobre la tierra, de las rejas de las ventanas que se oponen a la libertad humana y parecen recordar la barbarie y la crueldad, de las cárceles.

## II

Hará unos doce o quince años, en aquella misma ciudad, en la calle principal de ella, vivía un funcionario público llamado Gromov, hombre de posición muy holgada y casi rico. Tenía dos hijos: Sergio e Iván. El primero murió de tisis cuando estaba haciendo sus estudios universitarios. Y desde entonces, la familia Gromov tuvo que sufrir una serie de terribles pruebas.

Una semana después de los funerales de Sergio, el padre fué arrestado por fraude y malversación de fondos públicos; poco después moría de tifus en el hospital de la prisión. La casa y cuanto contenía se vendió en pública subasta. La viuda Gromov y su hijo Iván se quedaron sin recursos.

Antes de la muerte de su padre, Iván Dimitrievich estaba también estudiando en la Universidad. Su padre le enviaba mensualmente unos 60 ó 70 rublos, que bastaban ampliamente a sus necesidades. Ahora, por primera vez, se encontraba frente a frente con la miseria, y se vio obligado a buscarse un medio cualquiera de ganarse el pan. Desde por la mañana hasta muy entrada la noche corría de aquí

para allá dando lecciones, copiando documentos, aceptando cuanto trabajo se le ofrecía. Con todo, estaba casi en la miseria; todo lo que ganaba se lo enviaba a su madre.

Pronto esta vida de sufrimientos quebrantó las fuerzas del joven Iván Dimitrievich: se debilitó, se enflaqueció, y, abandonados los estudios universitarios, volvió a su ciudad natal, al lado de su madre. Allí logró que le nombraran instructor en una escuela primaria, pero no pudo entenderse con sus colegas ni con los alumnos, y tuvo que dimitir al poco tiempo.

Poco después tuvo que enterrar a su madre. Durante seis meses no pudo encontrar ninguna colocación, y estuvo a pan y agua hasta que alcanzó la plaza de secretario del tribunal local, que conservó ya hasta el instante en que se declaró su locura.

Nunca, ni en la adolescencia, había gozado de buena salud. Siempre flaco y pálido, atrapaba fácilmente un catarro, era desganado, no dormía bien. Con sólo un vasito de vino, ya tenía náuseas y vértigos. Aunque muy aficionado a la sociedad, era tan irascible y desconfiado que no podía conservar sus relaciones, y no tenía verdaderos amigos. Hablaba con desdén de la gente de la ciudad, a quien detestaba por su ignorancia y vida insustancial, exenta de estímulos superiores. Y esto, en voz muy alta, casi a gritos, con ardor y vehemencia, aunque siempre con sinceridad. El tema favorito de sus conversaciones era la vida que le rodeaba, la falta absoluta, de preocupaciones ideales, la violencia de los fuertes y el servilismo de los débiles, la hipocresía y la perversidad que notaba en los habitantes de la ciudad. Acusador implacable, declaraba que sólo los cobardes logran lo que necesitan, y que la gente digna se muere de hambre; que no había buenas escuelas, ni Prensa honrada, ni teatro, ni conferencias públicas, y, finalmente, predicaba la unión y la colaboración estrecha de todas las fuerzas vivas del pueblo. En sus peroratas ponía siempre mucho fuego y pasión. Para pintar a los hombres y a las cosas sólo empleaba dos colores: el blanco y el negro; la Humanidad, a su ver, estaba partida en dos bandos: la gente honrada y los picaros. Los términos medios, los matices, no existían para él. Y aunque se expresaba con admiración y entusiasmo sobre el amor y las mujeres, no estaba enamorado. A pesar de la violencia de su lenguaje y de sus

acusaciones implacables, en la ciudad era bastante querido; para hablar de él empleaban el diminutivo cariñoso: Vania. Su natural bondad, su solicitud, su pureza moral, así como su traje usado, sus desgracias familiares y su condición enfermiza, ganaban al pobre joven el afecto y la compasión de los vecinos. Además, era muy ilustrado, muy leído, y con reputación de diccionario enciclopédico en dos pies.

Su distracción favorita era la lectura. Ya en su casa, ya en el club, se pasaba las horas largas hojeando libros y revistas. En sólo la expresión de su cara se adivinaba al lector ávido, que lee como el borracho bebe o como devora el hambriento, tragando todo sin masticar. Se arrojaba con ansia sobre todo impreso, aun sobre los periódicos del año pasado y los calendarios antiguos. La lectura había llegado a ser para él un hábito enfermizo, casi una anomalía.

En su casa, por la noche, solía leer en la cama hasta el amanecer.



Una mañana de otoño, con el cuello del gabán levantado, se dirigía por las calles fangosas a casa de algún vecino a quien tenía que prestarle algún servicio. Iba de mal humor, como, por lo demás, solía estar siempre por la mañana. En cierta callejuela se cruzó con dos presos cargados de cadenas y conducidos por cuatro soldados.

A menudo se encontraba Iván con prisioneros, y siempre sentía una profunda compasión hacia ellos; pero esta vez la impresión fué mucho más intensa y dolorosa. Y se dijo que él mismo podría un día ser conducido así, entre grillos, hasta la cárcel, por entre el fango de las calles.

Cuando hubo despachado lo que tenía que hacer, de vuelta a su casa, tropezó, junto a la oficina de correos, con un oficial de policía conocido suyo. Este lo saludó y lo fué acompañando un rato. El caso preocupó mucho a Iván Dimitrievich. Todo el día estuvo pensando en presos y en soldados carceleros. Poco a poco, una vaga angustia se fué apoderando de su ánimo, y ni siquiera podía entregarse a la lectura.

Por la noche no encendió la lámpara. No pudo conciliar el sueño en toda la noche, y estuvo pensando en que a él también le podrían arrestar, encadenar, encarcelar. De sobra sabía él que no había cometido crimen alguno, y estaba seguro de no cometerlo en su vida; pero, ¿acaso estaba a salvo de incurrir en alguna ilegalidad, aun sin querer, por un azar desgraciado? Finalmente, podía ser víctima de una calumnia o un error judicial cualquiera. En el estado actual de las leyes, los errores judiciales son siempre probables. Jueces, policías, médicos, juristas, todos, en virtud del hábito profesional, se van volviendo imposibles, y a menudo se inclinan a ver crímenes donde no los hay. Así, inconscientemente, se vuelven crueles, como el carnicero habituado a matar reses, que ni se acuerda de los sufrimientos que puede ocasionarles. En tales condiciones, condenar a un inocente, hacerlo arrestar, enviarlo a presidio, resulta sumamente fácil, y todo es cuestión de contar con el tiempo indispensable para llenar las formalidades del caso. Cumplidas las formalidades, se acabó todo, y sobre todo aquí, en esta miserable ciudad, perdida en el campo, a más de 200 verstas del ferrocarril. Aquí no hay medio de probar que se es inocente; no hay esperanzas de que la verdad triunfe y se imponga. Además, en esta sociedad perversa y corrompida, que considera la violencia como una necesidad absoluta, y que se indigna y subleva cuando los jueces pronuncian un veredicto absolutorio, ¿quién piensa en la justicia?

A la mañana siguiente, Gromov se levantó horrorizado, sudando frío, absolutamente convencido de que a cada paso lo podrían arrestar. El hecho de que estos pensamientos no lo abandonasen— se decía—, prueba que había en ellos un presentimiento de la verdad. No le habían de haber ocurrido sin alguna causa.

En este preciso momento, pasó frente a su ventana, lentamente, un agente de policía. Gromov se estremeció. ¿Qué significaba esto? Poco después, dos hombres se detuvieron frente a su casa, silenciosos. ¿Por qué callarían así?

A partir de ese día, Gromov vivió en una angustia mortal. Todo el que pasaba por la calle, o entrada al patio de su casa, le parecía un espía o un agente de la secreta. A mediodía pasaba, invariablemente, el jefe de policía, en coche, camino de su despacho; pero, ahora, a Gromov le parecía notar en aquel hombre cierta inquietud, y una expresión singular en su rostro. Probablemente, al jefe de policía se le hace tarde para comunicar que ha descubierto en el pueblo a un criminal importante.

Cada vez que la campanilla sonaba, Gromov temblaba; toda cara nueva que veía en casa le inspiraba desconfianza y temor. Cuando, por la calle, se encontraba con guardias o gendarmes, fingía sonreír, se ponía a silbar, como para dar a entender que no tenía razón de temerles. Por la noche padecía insomnios, esperando que vinieran a arrestarlo de un momento a otro; pero, por temor de que el ama de la casa se diera cuenta, hacía como que roncaba y lanzaba profundos suspiros, simulando un sueño profundo. ¡No fueran a figurarse que tenía remordimientos de conciencia que le quitaban el sueño, y sospecharan de él!

Trataba de tranquilizarse, de convencerse de que sus temores eran infundados, que aquello era absurdo, que, aun cuando lo arrestaran, la cosa no sería tan terrible mientras realmente estuviera limpia su conciencia; pero el razonar consigo mismo, sólo le servía para angustiarse más y más. Finalmente, viendo que sus reflexiones eran inútiles, se resignó, y ya no se opuso más a sus pensamientos funestos.

Comenzó a evitar el trato y a buscar la soledad. La servidumbre, que de tiempo atrás le disgustaba, ahora se le había hecho de todo punto insoportable. Siempre estaba temiendo que sus compañeros de trabajo le jugaran una mala pasada: meterle dinero en el bolsillo para después acusarlo de cohecho; además, él mismo podía equivocarse al hacer una copia, y esto producir fatales consecuencias.

Nunca había trabajado más su pobre imaginación. Inventaba mil dificultades y obstáculos contra su libertad y aun contra su vida. Y, por otra parte, ya había perdido todo interés por las cosas del mundo interior, incluso la lectura y los libros. Su memoria comenzó a traicionarlo: se le olvidaban las cosas más sencillas.

A principios de la primavera, pasado el deshielo, se encontraron en una barranca, junto al cementerio, dos cadáveres en vías de descomposición: una vieja y un niño. Al parecer, se trataba de un asesinato. En el pueblo no se hablaba más que del crimen misterioso y de los asesinos ocultos.

A fin de que no sospecharan de él, Gromov paseaba por las calles, sonreía, y procuraba tener aire de hombre de conciencia tranquila. Pero, en cuanto daba con algún conocido, palidecía, se sonrojaba después, y se ponía a decir que no hay crimen más abominable que asesinar a los débiles.

Pronto se sintió fatigado de estos esfuerzos, y entonces se le ocurrió que lo mejor sería esconderse en los sótanos de la casa. En efecto, se pasó un día entero en el sótano, después la noche entera, y, además, todo el día siguiente, y por la noche, temblando de frío, se escurrió como un solapado ladrón hasta su cuarto, y allí permaneció inmóvil, atento a los rumores más insignificantes. Por la mañana, muy temprano, entraron obreros en la casa. Gromov no ignoraba que venían a arreglar el horno de la cocina; pero el terror le hacía imaginar en ellos a los temidos agentes disfrazados.

Lentamente, de puntillas, se salió de la casa, y, presa de pánico, sin sombrero, en mangas de camisa, se echó a correr por la calle. Los perros le seguían ladrando; los transeúntes, asombrados, le gritaban; el viento silbaba en sus oídos. Y él seguía corriendo, corriendo, enloquecido, espantado. Le parecía que toda la violencia del mundo venía tras él dándole caza furiosamente.

No sin trabajo lograron apoderarse de él y volverle por fuerza a casa. El médico, llamado al efecto, le prescribió un calmante, movió tristemente la cabeza y se marchó, tras de haber declarado al ama que no volvería, porque no hay medio de evitar que los hombres se vuelvan locos.

Como Gromov no tenía recursos bastantes para ser atendido a domicilio, lo llevaron al hospital municipal y lo instalaron en la sala

de los enfermos venéreos. Pero no dormía por la noche, y era tan excitable y caprichoso, que molestaba mucho a los enfermos. El doctor Andrés Efimich ordenó entonces que lo trasladaran a la sala núm. 6.

Un año después, ya nadie se acuerda de Ivan Dimitrievich; sus libros, arrumbados en el desván por el ama, son ahora juguetes de los muchachos.

## IV

El vecino de la derecha de Gromov es un mujik de cara redonda, mirada estúpida e insensata. Bestia de extremada voracidad y de no menor suciedad, había perdido, hacía mucho tiempo, el don de pensar y de sentir. De su cuerpo se exhala un olor repugnante. Nikita le pega con redoblada crueldad, lo abofetea de lo lindo, y lo peor es que la víctima no reacciona ni hace un solo gesto, ni expresa cólera o indignación; se limita a mover la cabeza tras de cada golpe recibido, como un tonel que recibe un puntapié.

El quinto y último habitante de la sala número 6 es un pobre hombre flaco, rubio, de mansa expresión, que había sido, en salud, empleado de correos. A juzgar por sus ojos tranquilos e inteligentes, que tienen siempre un fulgor malicioso, posee un secreto que esconde cuidadosamente a las indiscreciones del mundo. Bajo su almohada, bajo su colchón, guarda algo que no quiere mostrar a nadie, no por miedo del robo, sino más bien por pudor. A veces se acerca a la ventana, y, de espaldas a sus camaradas, oprime algo sobre su pecho, y después lo contempla un rato, cabizbajo. Si se le

acerca alguien, se pone confuso y oculta el objeto al instante. Pero, con todo, no es difícil adivinar de qué se trata.

—Ya puede usted felicitarme—suele decirle a Gromov—. Me han dado la cruz de Estanislao de segundo grado, con estrella. Esta condecoración sólo se concede a los extranjeros; pero, para mí, se ha hecho una excepción. Si he de decirle a usted la verdad, es un favor que no me esperaba.

Sonríe lleno de satisfacción, y espera que Gromov le dé la enhorabuena. Pero éste contesta tristemente:

—Yo no entiendo de eso.

—¿Sabe usted—continúa el antiguo empleado de correos—, sabe usted cuáles son mis aspiraciones?—Y guiñando maliciosamente los ojos, añade:—¡Aspiro a la orden de la Estrella Polar! La cosa vale la pena; es una orden muy rara: cruz blanca y banda negra. Hermosísima. Ya verá usted, ya verá usted cómo me salgo con la mía.

La vida en aquella casa es muy monótona. Por la mañana, todos los enfermos, con excepción del mujik, se lavan en el vestíbulo, en un tonel lleno de agua, y se enjugan la cara con los extremos de la bata. Después beben el té que les dan en tazas de plomo. Sólo hay derecho a una taza. A mediodía, comen una sopa de col y un plato de cereales. Por la noche, cenan los restos de la comida. Y en los intervalos, los enfermos están acostados, se duermen, se ponen a ver por las ventanas o se pasean de un rincón a otro de la sala.

Así transcurren todos los días. El antiguo empleado de correos habla siempre de las mismas condecoraciones.

Raro es ver caras nuevas en la sala número 6. El doctor no recibe ya más locos, y las visitas son muy de tarde en tarde: no abundan los aficionados a las casas de locos. Dos veces al mes viene el peluquero Simeón Lazarich. Nikita le ayuda a cortar el pelo a los huéspedes de la número 6, y los pobres reciben entonces tan malos tratos, que su aparición provoca un pánico indescriptible.

Aparte del peluquero, no viene nadie al manicomio; los enfermos están condenados a no ver más cara que la de Nikita todos los días. El doctor, tampoco viene casi nunca.

Pero he aquí que de pronto circula por el hospital un rumor inusitado: el doctor ha dado en frecuentar la sala número 6.

## V

En efecto; la noticia era extraña, casi extraordinaria. El doctor Andrés Efimich Ragin no es un hombre ordinario. Cuentan que en su juventud había sido muy devoto, y que se preparaba para la carrera eclesiástica. Después de alcanzar el bachillerato, en 1883, quiso entrar en el seminario para hacerse cura; pero su padre, médico también, se opuso resueltamente, y le declaró que lo desconocería si se empeñaba en seguir la carrera del sacerdocio. Andrés Efimich confesaba no sentir la menor vocación por la medicina ni por ninguna otra ciencia especial. Pero el destino había decidido que fuera médico.

Tenía un aspecto rudo y tosco de mujik o de tabernero. Su rostro era severo; los ojuelos, pequeños; la nariz, roja. Era muy fuerte y corpulento, de brazos muy sólidos. Parecía capaz de derribar a un hombre de un golpe. Y, sin embargo, era tímido; andaba con suavidad, casi de puntillas. Cuando, en un paso estrecho, se encontraba con alguien, se apartaba invariablemente, y con una voz fina, casi femenina, decía: «¡Perdón!» Tenía en el cuello un tumorcillo que le impedía usar camisas muy almidonadas; siempre llevaba camisas blandas. Se vestía con cierto descuido; casi no cambiaba de traje, y cuando se ponía un traje nuevo, se diría que era usado. Con el mismo traje recibía a sus enfermos, comía, visitaba a sus amistades, y no por avaricia, sino por abandono de las cosas externas.

Cuando llegó al pueblo en calidad de médico municipal, el hospital se encontraba en un estado lamentable. En las salas, corredores y

patio, había un olor imposible. Los criados, las hermanas de la caridad y los niños, dormían en la misma sala de los enfermos. Verdaderos ejércitos de ratas y chinches hacían intolerable la vida. No había instrumentos quirúrgicos ni termómetros. Las patatas las guardaban en las bañeras. El personal se enriquecía robando a los tristes enfermos. El predecesor de Andrés Efimich, a creer los rumores, vendía por trasmano el alcohol del hospital, y mantenía relaciones muy estrechas con las hermanas enfermeras, y aun con las enfermas.

En el pueblo estaban al tanto de estos desórdenes; pero la opinión pública no parecía hacer caso de ello. Para tranquilidad de conciencia, los vecinos se decían que, a fin de cuentas, el hospital está poblado de gente pobre acostumbrada a vivir mal, y que puede aguantar cualesquiera condiciones de vida.

¡Cómo ha de ser! ¡No podemos alimentarnos con perdices!

Después de su primera visita, el nuevo doctor se dijo que aquel era un establecimiento inmoral, sumamente dañoso para la salud de los vecinos. A su modo de ver, lo mejor hubiera sido dejar a los enfermos en libertad y cerrar la casa; pero no se le ocultaba que carecía de poder para obrar así. Además, sin duda los mismos vecinos desearían conservar su hospital, que por algo lo habían construido. Claro que esto no pasaba de ser un prejuicio; pero los mismos prejuicios, y otras sandeces que hace la gente, pueden algún día servir para algo, como sirve el estiércol para abonar la tierra. Todas las cosas buenas del mundo tienen, en su origen, algo repugnante.

Con estas filosofías, Andrés Efimich entró en sus nuevas funciones decidido a dejarlo todo tal como estaba. Desde el primer día manifestó la mayor indiferencia por cuanto ocurriera en el hospital. Se limitó a pedir a los criados y a las hermanas que no durmieran en la sala de los enfermos, e hizo comprar un par de armarios con instrumentos. En cuanto al personal, no vió la necesidad de renovarlo. En suma; todo siguió como antes.

El doctor aprecia en mucho la inteligencia y la honradez; pero carece de la voluntad que hace falta para obligar a los que le rodean a vivir de un modo inteligente y honrado. No sabe mandar, ordenar, prohibir, insistir. Se diría que ha hecho voto de no alzar nunca la voz,

de no emplear jamás el imperativo. Le cuesta mucho trabajo resolverse a decir: «Dénme eso, tráiganme aquello.» Cuando tiene apetito, se dirige tímidamente a su cocinera y le dice:

—Si fuera posible, me gustaría comer un poco.

Sabe muy bien que el administrador del hospital es un ladrón y que merecía que lo hubieran echado a la calle hace mucho tiempo; pero no se siente capaz de hacerlo, le es de todo punto imposible. Cuando lo engañan y le presentan a firma, por ejemplo, una factura tramposa, se sonroja hasta los cabellos, como si él fuera el autor del fraude; pero, con todo, firma. Cuando los enfermos se quejan de hambre o de los malos tratos que reciben del personal, se pone mortificadísimo y balbucea muy confuso:

—Bueno, bueno, yo lo arreglaré... Creo que habrá sido un error.

Al principio, el doctor trabajaba con mucho celo; todos los días recibía a los enfermos desde por la mañana hasta la hora de comer, operaba y asistía a los partos. Así adquirió pronto en el pueblo reputación de buen médico. Las señoras decían que era muy atento y excelente para el diagnóstico, sobre todo en enfermedades de señoritas y niños.

Pero, poco a poco, empezó a cansarse de la monotonía y evidente inutilidad de todo esto. Hoy son treinta enfermos, mañana serán treinta y cinco, y pasado mañana cuarenta; y así, de día en día, de año en año, los enfermos van aumentando, y la mortalidad está lejos de disminuir. ¿De qué sirven, pues, tantos esfuerzos? Aparte de que, cuando en el término de unas cuantas horas se reciben a cuarenta enfermos, es físicamente imposible atenderlos y cuidarlos debidamente, de modo que el médico se ve obligado a defraudar a veces las esperanzas de su clientela. Según la estadística del hospital, el año pasado el doctor recibió unos doce mil dolientes; es decir, que hubo doce mil engañados. La mayoría deberían haber ingresado en el hospital, aun para recibir los cuidados más indispensables, pero era imposible; sin contar con que las condiciones higiénicas del hospital no se prestan en manera alguna para cuidar a un enfermo; está muy sucio, la alimentación es mala el aire está corrompido. «Puesto que no tengo fuerzas para cambiarlo todo—se decía el doctor—más vale no ocuparse de ello.»

Además, ¿para qué empeñarse en impedir que la gente se muera, siendo la muerte el fin natural de todos? ¿Vale verdaderamente la pena de prolongarle la vida por cinco o diez años a este comerciante, a aquel empleado? Ciertamente es que otros piden a la medicina consuelos para el sufrimiento. Pero, ¿debe uno proporcionar tales consuelos? Según los filósofos, el sufrimiento conduce a los hombres a la perfección; y además, si los hombres llegan realmente a descubrir el medio de aplacar sus padecimientos con píldoras y especialidades farmacéuticas, descuidarán la religión y la filosofía, que era hasta ahora, no sólo una fuente de consuelos, sino de felicidad. Amén de que los hombres más eminentes han sufrido muchos males. Puchkin, por ejemplo, pasó unas horas terribles antes de morir; el pobre Heine estuvo paralizado muchos años. ¿Por qué, pues, empeñarse en ahorrarle sufrimientos a un triste empleado o a una burguesa cualquiera, cuya vida, desprovista de padecimientos, sería monótona e insípida, como la de un organismo primitivo?

A fuerza de razonar así, el doctor comenzó a abandonar sus deberes, y sólo se preocupaba del hospital dos o tres veces por semana.

## VI

La vida del doctor es muy aburrida.

Se levanta a eso de las ocho, se viste, toma el té, lee después un poco en su gabinete y, a veces, visita el hospital. Allí, en el estrecho y oscuro corredor le están esperando los enfermos. Frente a ellos pasan continuamente, golpeando el suelo con los zuecos, los

guardianes y los enfermos internos. A veces también conducen por el corredor a los muertos, hacia la sala mortuoria. Se oyen gemidos de los dolientes, se oyen llantos de niños, y el viento circula, libremente por el corredor, produciendo fuertes corrientes.

El doctor sabe bien que todo eso produce una impresión dolorosa sobre los enfermos, pero nada hace para evitarlo.

En el vestíbulo sale a recibirlo el enfermero Sergio Sergejevich, un hombrón de cara afeitada e inflada, de maneras corteses, cuidadosamente vestido y con más aspecto de senador que de enfermero. En la ciudad cuenta con numerosa clientela; usa corbata blanca, y se cree más sabio en medicina que el doctor, que ya casi no tiene clientes.

En un rincón de la sala de recibir hay un enorme icono. En los muros se ven retratos de obispos, una fotografía de un convento y coronas de florecillas marchitas. Es el enfermero quien se ha preocupado de decorar así la estancia. Es hombre muy religioso, y todos los domingos hace decir una misa en el hospital.

Aunque hay muchos enfermos, el doctor tiene su tiempo limitado; se reduce, pues, a preguntar a cada uno qué le duele, y después le prescribe aceite de ricino, o algo que no pueda hacerle bien ni mal. Sentado junto a su mesa, la cabeza apoyada en la mano, el doctor parece sumido en hondas reflexiones, y va preguntando sin saber lo que dice. El enfermero, a su lado, se frota las manos, y de tiempo en tiempo hace algunas observaciones.

—Padecemos y enfermamos—suele decir a los pacientes—porque no sabemos rogar a Dios tanto como debiéramos.

Evita las operaciones; ha perdido la costumbre, desde hace mucho, y la sola vista de la sangre lo pone nervioso. Cuando tiene que abrirle la boca a un niño enfermo, y el niño se opone y llora, el doctor padece verdaderos vértigos, quisiera taparse las orejas y huir y se apresura a recomendar cualquier remedio, hacendó señas de que se lleven achico.

Pronto el aspecto tímido y estúpido de los enfermos le fatiga; la presencia del enfermero, los retratos de los obispos, las preguntas mismas que está dirigiendo a los enfermos desde hace veinte años, todo le cansa, y a los cinco o seis enfermos se despide, dejando el resto a cargo del enfermero.

Con el dulce pensamiento de que ya en el pueblo no le quedan clientes que lo molesten, vuelve a su departamento, se sienta en su gabinete, y helo otra vez leyendo. Lee mucho, y siempre con mucho interés. La mitad del sueldo se lo gasta en libros. De las seis habitaciones de que dispone, tres están repletas de libros y de viejas revistas. Tiene preferencia por las obras de historia y filosofía; en materia de medicina sólo recibe una revista, *El Médico*, que lee siempre comenzando por el final.

Y así se pasa las horas muertas leyendo sin moverse de un sitio y sin dar señales de fatiga. Lee muy lentamente, sin tragarse las páginas como antaño su enfermo Gromov, y deteniéndose en lo que no encuentra claro o le resulta agradable. Junto al libro hay siempre una garrafa de vodka y una manzana o un pepino con sal, puestos directamente sobre el tapete de la mesa, sin plato. De tiempo en tiempo se sirve un vasito de vodka, y, sin quitar los ojos de la lectura, busca a tanteos el pepino y da un mordisco.

Hacia las tres se acerca con mucha suavidad a la puerta de la cocina, tose y dice a la cocinera:

—Daría, siento ya un gusanillo... Si fuera posible, quisiera comer.

Después de comer una comida muy mediana y muy mal servida, pasea mucho tiempo, los brazos cruzados sobre el pecho, por todas las habitaciones, y medita. El reloj da las cuatro, el reloj da las cinco, y él continúa rumiando sus meditaciones. De tiempo en tiempo la puerta de la cocina se abre con un rechinido, y se ve pasar a la cocinera con su cabeza rojiza y somnolienta.

—Andrés Efimich, creo que ya es hora de la cerveza—dice con cierta inquietud.

—No, todavía no—responde éste—. Voy a esperar otra media horita.

Por la noche viene a verlo casi siempre el director de correos, Mijail Averianich, único habitante de la ciudad, cuya compañía parece soportable al doctor.

Mijail Averianich había sido en otro tiempo rico propietario y oficial de caballería; arruinado, tuvo que entrar como empleado en la oficina de correos. Es apuesto, usa unas hermosas patillas blancas; tiene modales muy distinguidos y voz sonora y agradable. Posee una envidiable salud, es hombre de corazón muy sensible, aunque

algo nervioso e iracundo. Cuando, en la oficina de correos, alguna persona del público protesta o simplemente exige algo, Mijail Averianich se pone rojo de ira, todo el cuerpo le tiembla y grita a voz en cuello:

—¡Ya se está usted callando! ¡Aquí no manda nadie más que yo!

Gracias a esto, el correo ha adquirido desde hace tiempo una sólida reputación de lugar desagradable y expuesto a escándalos.

Mijail Averianich estima y quiere bien al doctor, a quien considera como hombre instruído y de noble corazón; pero a los demás vecinos los trata con desprecio y los considera como a súbditos suyos.

—Aquí estoy—dice al llegar a casa del doctor—, ¿Qué tal, querido amigo? Ya estará usted de mis visitas hasta aquí, ¿verdad?

—Al contrario, hombre, me dan muchísimo gusto—le responde el doctor—. Siempre es usted bienvenido en esta casa.

Y los dos amigos se sientan sobre el canapé del gabinete. Un buen rato se lo pasan fumando sin decir nada. Después el doctor llama a la cocinera:

—Daría, ¿quiere usted hacer el favor de darnos cerveza?

Daría trae la cerveza.

La primera botella se agota en silencio; el doctor, siempre entregado a sus reflexiones, y Mijail Averianich con aire alegre y animado, como hombre que tiene muy buenas cosas que contar.

El doctor comienza siempre la conversación.

—Lástima—dice hablando con parsimonia y tristeza sin mirar a los ojos de su interlocutor—que no haya en este lugar gente aficionada a la buena conversación y capaz de sostener una charla interesante. Para nosotros resulta una dura privación. Ya ve, usted, aquí, ni los intelectuales sobresalen del bajo nivel de las capas inferiores del pueblo.

—Tiene usted razón que le sobra. Lo mismo digo.

—Ya sabe usted bien—continúa el doctor—que en este mundo todo es insignificante y carece de interés, si se exceptúan las manifestaciones superiores del entendimiento. Sólo el entendimiento traza una línea divisoria entre el hombre y la bestia, e indica el origen divino de aquél, y, en cierto grado, reemplaza para él el precioso don de la inmortalidad, que no existe. Según esto, el

espíritu puede considerarse como la única fuente verdadera de felicidad. Pero nosotros, que no vemos en nuestro radio ninguna manifestación del espíritu, no podemos disfrutar de esa felicidad. Ciertamente tenemos nuestros libros, pero no es lo mismo, ni la lectura puede sustituir del todo los agrados de la conversación y el cambio de ideas. Si usted me permite que use de una comparación algo atrevida, le diré a usted que el libro es la nota y la conversación es el canto.

—Dice usted muy bien.

Y aquí hay un silencio. Entra entonces la cocinera, y con expresión curiosa se detiene casi en la puerta para oír lo que hablan los señores.

—En esta época ya no hay ingenio—declara Mijail Averianich.

Y se pone a recordar los buenos tiempos, cuando la vida valía la pena y era sana y gozosa, y habla de los intelectuales de hace treinta años, tan enamorados de su honra y tan devotos de la amistad. Entonces se prestaba uno dinero sin necesidad de prenda ni garantía, y todos se ayudaban mutuamente de una manera caballeresca. La vida estaba preñada de aventuras y de cautivadoras sorpresas. ¡Qué camaradas los de entonces! ¡Qué mujeres aquéllas!

Y después se enfrasca con entusiasmo en una descripción del Cáucaso, ese país de bienandanza.

—Figúrese usted que la mujer de un teniente coronel, una mujer de lo que hay poco, se vestía con traje de oficial, y, por la noche, emprendía largas excursiones a la montaña, sola y sin guía. Decían que tenía quién sabe qué misteriosa novela con un príncipe de Georgia...

—¡Virgen santísima!—exclama la cocinera.

—¡Ah, en aquel tiempo se sabía comer y beber! La gente tenía ideas atrevidas. El doctor, aunque ha estado escuchando, parece que no ha entendido bien; parece que piensa en otra cosa. Después, a pequeños sorbos, sigue apurando su cerveza. Y de pronto, inesperadamente, interrumpiendo a su amigo, dice:

—A veces, en sueños, me parece que estoy entre personas inteligentes y metido en conversaciones amenísimas. Mi padre me dió una buena instrucción; pero cometió el error de obligarme a la

carrera de médico. Yo creo que, si lo hubiera desobedecido, a estas horas viviría en el corazón de la vida intelectual. Tal vez me habrían ya hecho miembro del consejo de la Universidad. Claro es que también el espíritu es cosa pasajera, pero es lo mejor que hay es nuestra vida. En suma: que la vida es cómo una trampa sin escape, en la que, más tarde o más temprano, todos los hombres que piensan tienen que ir cayendo. El hombre viene al mundo contra su voluntad; sale de la nada gracias al juego de unas fuerzas misteriosas que él no comprende, y cuando pretende averiguar el objeto o el sentido de su existencia, o nadie le contesta, o le contestan estupideces. También la muerte sobreviene contra la voluntad del hombre. Y en esta prisión que llamamos vida, los hombres reunidos por una desgracia común, experimentan cierto alivio cuando pueden juntarse a cambiar ideas libres y atrevidas. Por eso en este bajo mundo él espíritu es nuestro único placer y consuelo.

—¡Muy bien dicho, muy bien dicho!

El doctor, sin mirar a su interlocutor, continúa hablando lentamente, con largas pausas, del espíritu y de los hombres inteligentes. Mijail Averianich lo sigue con mucha atención, y exclama de tiempo en tiempo:

—¡Tiene usted muchísima razón!

Después pregunta de pronto:

—¿Usted no cree en la inmortalidad del alma?

—No, honorable Mijail Averianich, no creo en la inmortalidad del alma, ni tengo razón alguna para creer en ella.

—Francamente, le diré a usted que yo también tengo mis dudas. Sin embargo, a veces siento la seguridad de que no he de morir. Otras, me digo: «Pronto, pronto vas a reventar, triste vejete.» Pero al instante oigo que una voz interior murmura a mi oído: «No lo creas, tú no morirás.»

Después de las nueve, Mijail Averianich se despide. Al ponerse el gabán, ya en el vestíbulo, exclama:

—¡Vaya un agujero en que nos ha metido este negro destino! Y lo peor es que aquí hemos de morirnos!

## VII

Después de acompañar a su amigo hasta la puerta, el doctor se acomoda en la butaca y se pone a leer otra vez. Ningún ruido turba la absoluta tranquilidad de la noche. El tiempo se ha detenido. Al doctor le parece que nada existe, fuera de su libro y su lámpara de verde pantalla. Poco a poco su vulgar carota de mujik parece iluminarse con una sonrisa de admiración o de entusiasmo ante el genio humano. ¿Por qué no ha de ser el hombre inmortal?—se pregunta—. ¿Para qué sirve entonces el cerebro con su admirable mecanismo, para qué la vista, el don de la palabra, los sentimientos, el genio, si todo ha de estar predestinado a mezclarse con la tierra y dar vueltas después, durante millones de años y sin ningún objeto preciso, alrededor del sol? Para eso no valía la pena de sacar al hombre de la nada—al hombre con su espíritu elevado y casi divino—, si después se le había de transformar, como en burla, en un miserable puñado de tierra. Por miedo a la muerte, muchos buscan un sustitutivo de la inmortalidad, y se consuelan pensando que su cuerpo se perpetuará en una planta, en una roca, y hasta en una rana: ¡triste consuelo que equivale a decirle a la caja de un violón roto que le espera un porvenir envidiable!

De tiempo en tiempo, cuando el reloj da las horas, el doctor se hunde en la butaca y cierra los ojos para entregarse a sus reflexiones. Piensa en su pasado, en su vida actual. Su pasado es poco seductor, y prefiere olvidarlo; pero tampoco el presente le parece más grato. El sabe que en aquel mismo instante, no lejos de su casa, en el hospital, hay unos enfermos que padecen y que se encuentran en condiciones higiénicas insoportables. Muchos tienen insomnios, y se pasan la noche luchando con las chinches y otros parásitos. Probablemente otros están jugando a las cartas con las hermanas o bebiendo vodka. El año pasado desfilaron por el hospital 12.000 enfermos: 12.000 víctimas del engaño. Porque la

vida misma del hospital está fundada en el robo, las intrigas, el fraude, y no es más que un Instituto inmoral y dañoso para la salud de los vecinos. El sabe bien que en la sala número 6 hay un Nikita que les pega a los locos, y que el judío Moisés sale a la calle todos los días a pedir limosna.

Por otra parte, tampoco ignoraba que, durante los últimos veinticinco años, en la medicina se habían operado progresos maravillosos. Tales progresos le admiraban y le entusiasmaban. ¡Una verdadera revolución! Gracias a la asepsia, se hacían ahora operaciones que antes nadie se hubiera atrevido ni a soñar. Enfermedades tenidas por incurables se curan hoy con éxito y en muy poco tiempo. La teoría de la herencia, el hipnotismo, los descubrimientos de Pasteur y de Koch, todo esto abre a la medicina amplias e insospechadas perspectivas. La revolución afectaba también el campo del alienismo. Ya nadie les echa a los locos agua fría en la cabeza, no se les ponen camisas de fuerza, se les trata bien, y aun se les dan espectáculos y conciertos.

El doctor comprende muy bien que, en el actual estado de la psiquiatría, un antro tan abominable como la sala número 6, sólo es comprensible a 200 verstas del ferrocarril, en un poblacho cuyo alcalde y consejeros apenas saben leer y tienen una confianza ilimitada en el médico, y aun aceptaría que éste les echara plomo derretido en la boca a los enfermos. En cualquier lugar civilizado, la sala número 6 habría provocado la indignación general.

—Y con todo—medita el doctor—, la antiséptica, las invenciones de Pasteur y de Koch, nada cambian al fondo de la cuestión. Nada de eso basta para desterrar las enfermedades y la muerte. A los locos les darán espectáculos y conciertos, pero el número de locos no disminuye, y no es posible dejarlos nunca en libertad. Todo eso, en el fondo, son ilusiones, no hay verdadera diferencia entre la mejor de las clínicas y la sala número 6.

Pero tales reflexiones no logran consolarle, se siente abatido, se siente muy fatigado, apoya la cabeza en la mano y sigue reflexionando:

«—Estoy sirviendo a una causa injusta, y vivo de lo que me pagan por engañar: no soy, pues, un hombre honrado. Pero yo, personalmente, no soy nada, no soy más que una partícula ínfima

del indispensable mal social. Todos los empleados del Estado o del Municipio son gente perjudicial, y también se les paga injustamente. No, no soy yo el culpable, sino la época en que me ha tocado vivir. A haber vivido dentro de doscientos años, yo sería otro.»

A las tres de la mañana apaga la lámpara y se dispone a dormir, aunque no tiene ni pizca de sueño.

## VIII

Hará unos dos años, la municipalidad votó un crédito suplementario de trescientos rublos anuales para aumentos en el personal médico del hospital. Para facilitarle la tarea al doctor Ragin, inventaron a otro médico: Eugenio Fedorich Jobotov.

Es un joven de unos treinta años. Es alto, moreno, de anchos pómulos y ojos muy pequeños. Había llegado al pueblo sin un céntimo en el bolsillo, con una maletita usada, acompañado de una mujer feísima a la que hacía pasar por su cocinera. La mujer tiene un nenito.

Jobotov lleva siempre una boina y botas altas. Pronto se ha hecho amigo del enfermero general y del administrador; a los demás miembros del personal los trata desdeñosamente de «aristócratas» y no se les acerca. El único libro que hay en su casa es cierto Manual de Medicina, publicado en 1881. Siempre que va a ver a un enfermo, lleva el Manual consigo. Por la noche, en el club, juega al billar, pero detesta las cartas.

Va al hospital dos veces por semana, visita todas las salas y recibe a los enfermos. La absoluta falta de condiciones antisépticas

y de higiene, le tienen escandalizado, pero por no lastimar al doctor Ragin, no se atreve a introducir reformas.

Jobotov está convencido de que su colega es un viejo canalla, que se aprovecha astutamente de la situación, y que ha amasado ya una fortuna. Y por cierto que le gustaría estar en su lugar.

## IX

Una noche de primavera, a fines de marzo, cuando ya no se ve nieve por ninguna parte, cuándo ya los pájaros comienzan a aparecer en el jardín del hospital, el doctor Ragin salió acompañando a su grande amigo el director de Correos. En aquel preciso instante entraba en el patio el loco Moisés, de vuelta de sus habituales paseos por el pueblo. Venía descalzo, con la cabeza descubierta, y llevaba en la mano un saquito donde guardaba lo que le habían dado.

—¡Dame un copeck!—dijo dirigiéndose al doctor, temblando de frío, y sonriendo humildemente.

El doctor, hombre incapaz de decir que no, le dio una pieza de diez copecks. Después, viendo los pies descalzos del pobre loco, se sintió lleno de remordimiento. «El suelo todavía está muy frío— se dijo—, puede por lo menos coger un catarro.» Y, llevado de su piedad, entró por el vestíbulo del pabellón en que se encontraba la sala número 6. Al verlo, Nikita saltó de entre los escombros donde estaba tumbado, y lo saludó.

—Buenos días, Nikita—dijo el doctor con mucha amabilidad—. ¿No sería posible darle a este hombre un par de botas? ¡No vaya a acatarrarse!

—A la orden del señor doctor; se lo diré al administrador.

—Sí, ten la bondad de decírselo; dile que vas de mi parte.

La puerta de la sala que da al vestíbulo estaba abierta. Gromov, que estaba acostado, se incorporó Y se puso a escuchar. Pronto reconoció al doctor. Y entonces, rojo de cólera, temblando, con los ojos relampagueantes, saltó de la cama y gritó con una risilla sardónica.

—¡Por fin, señores, ya ha venido el doctor. Sea enhorabuena: el doctor se digna al fin visitarnos!

Y, sin poder contenerse, añade:

—¡Canalla, más que canalla, porque eso es mucho para él!  
¡Merecería que lo mataran, que lo ahogaran en el retrete!

El doctor, que ha oído estas palabras, se acerca a la puerta de la sala y, asomándose, pregunta con su suave voz:

—¿Por qué?

—¿Por qué?—Le grita Gromov acercándose a él con aire amenazador—, ¿Y se atreve usted a preguntarlo? Porque es usted un ladrón, un impostor, un verdugo.

—Vamos, cálmese usted—dice el doctor afectando una difícil sonrisa—. Le aseguro a usted que nunca he robado nada. Y en cuanto a las otras acusaciones, creo que exagera usted. Ya veo que está usted disgustado conmigo. Cálmese, cálmese, se lo ruego, y respóndame con toda franqueza: ¿por qué está usted tan disgustado?

—¿Y por qué me tiene usted aquí metido?

— Porque está usted enfermo.

— Bien, admitámoslo. Pero hay cientos y miles de locos que se pasean con toda libertad, por la sencilla razón de que es usted demasiado ignorante para acertar a distinguirlos de los cuerdos. ¿Por qué, pues, sólo a mí y a estos desdichados han de tenernos aquí en calidad de chivos expiatorios? Usted, su enfermero, su administrador, y toda esa canalla,, todos ustedes son, desde el punto de vista moral, infinitamente inferiores a nosotros, y, sin embargo, somos nosotros y no ustedes los condenados al encierro perpetuo. ¿Es lógico esto?

—Nada tienen que hacer aquí la moral ni la lógica. Es el azar el que decide. El que ha sido encerrado aquí, aquí se queda; y los

otros siguen en libertad. El hecho de que el médico sea yo, y el enfermo usted, nada tiene que ver con la moral ni la lógica: no es más que un azar.

—Yo no entiendo esas necedades—dijo Gromov con voz sorda. Y se sentó otra vez en la cama.

Moisés, a quien Nikita no se había atrevido a despojar en presencia del doctor, comenzó a poner en su cama trozos de pan, pedazos de papel, huesos; y, siempre temblando de frío, se soltó hablando en hebreo muy presurosamente; acaso se imaginaba ser dueño de una tienda.

—¡Déjeme usted en libertad!— dijo Gromov con voz temblorosa.

—No puedo.

—Pero, ¿por qué, por qué?

—Porque no depende de mí. Supongamos que lo pongo a usted en libertad: no le aprovecharía a usted gran cosa. Al instante, los vecinos del pueblo o la policía, lo volverían a arrestar y me lo traerían aquí otra vez.

—Sí, es verdad.

Y Gromov se daba en la frente, como tratando de descubrir una solución.

—¡Qué horrible situación! Entonces, dígame usted, ¿qué hacer?.

Y su voz, su expresión inteligente, conmovieron y sedujeron al doctor. Sintió un gran deseo de consolar al pobre joven y darle algunas muestras de simpatía. Sentóse en la cama, junto a Gromov, y dijo:

—Me pregunta usted qué podemos hacer. En la situación de usted, lo mejor parece que sería escaparse. Pero es inútil, por desgracia; lo arrestarían a usted al instante. Cuando la sociedad se defiende contra los criminales, los locos, y toda clase de hombres que no le convienen, es inflexible. No le queda a usted más que convencerse a sí mismo de que su permanencia aquí es inevitable.

—¡Pero si mi permanencia aquí no le sirve a nadie para nada!

—Una vez que hay prisiones y manicomios, es fuerza que estén habitados. Día llegará en que no existan. Entonces no habrá rejas en las ventanas ni cadenas. Yo le aseguro a usted que, tarde o temprano, ese día llegará.

Gromov sonrió amargamente.

—Usted se está burlando de mí, señor mío. A usted, a su Nikita y a toda la demás canalla, les importa poco que lleguen o no esos tiempos anhelados. Pero puede usted estar seguro de que llegarán, llegarán tiempos mejores. Tal vez hallará usted ridículas mis palabras, pero oiga usted lo que le digo: la aurora de un día mejor alumbrará la tierra, la verdad triunfará, y los humildes y los perseguidos disfrutarán de la felicidad que merecen. Tal vez para entonces yo no existiré, pero ¡qué más dá! Me regocijo pensando en la felicidad de las generaciones futuras, las saludo con todo mi corazón: ¡Adelante! ¡Qué Dios os ayude, amigos míos, amigos desconocidos del porvenir remoto!

Gromov se levantó de la cama, con los ojos encendidos, alargó los brazos hacia la ventana y exclamó con voz conmovida:

—¡A través de estas malditas rejas, yo os bendigo! Me regocijo con vosotros y por vosotros. ¡Viva la verdad!

—No veo que haya mucha razón para alegrarse—dijo el doctor, a quien aquel ademán de Gromov, aunque algo teatral, no le resultó desagradable—. En ese porvenir que tanto le entusiasma a usted, no habrá manicomios ni prisiones, ni rejas ni cadenas; en suma, como usted dice, triunfará la verdad. Pero... las leyes de la naturaleza seguirán su camino invariable, y las cosas no cambiarán en el fondo. Los hombres padecerán enfermedades, se envejecerán y pararán, lo mismo que hoy, en la muerte. La aurora que ilumina la vida podrá ser muy hermosa, pero eso no impedirá que se meta a los hombres en la caja, y la caja se meta en la fosa.

—¿Y la inmortalidad?

—¡Tontería!

—¿No cree usted en la inmortalidad? Yo sí. Dostoyevski o Voltaire, no me acuerdo bien cuál de los dos, ha dicho que si no existiera Dios habría que inventarlo. Si la inmortalidad no existe, estoy seguro de que, tarde o temprano, el genio del hombre acabará por inventarla.

—¡Muy bien dicho!—aprobó el doctor con tina sonrisa de satisfacción—. Hace usted bien en creer. Con una fe tan grande, hasta en la prisión se puede encontrar felicidad. Permítame usted una pregunta: ¿Dónde ha hecho usted sus estudios?

—En la Universidad, pero no los terminé.

—Usted es un hombre que sabe pensar. Usted podrá encontrar siempre algún consuelo en sí mismo, cualesquiera que sean las condiciones de su vida. El pensamiento libre de trabas que trata de comprender el sentido de la existencia, y el desprecio absoluto por todo lo que sucede en este bajo mundo, son los dos bienes supremos. Usted puede ser dueño de ellos, aun encerrado tras de estas rejas. Diógenes vivía en un tonel, pero eso no le impedía ser más dichoso que todos los reyes de la tierra.

—El tal Diógenes era un imbécil— dijo Gromov con voz opaca—. ¿Para qué me habla usted de Diógenes y de felicidades fantásticas? Y de pronto, sobreexcitado, añadió: ¡Yo amo la vida, la amo apasionadamente! Tengo la manía de la persecución, estoy poseído de un terror constante, pero por momentos tengo una sed tan inmensa de la vida que temo volverme loco rematado. ¡Dios mío! Lo que yo quiero es vivir, ¿me entiende usted? Vivir una vida completa, íntegra.

Muy conmovido, dio algunos pasos por la sala. Después, más tranquilo, añadió:

—A veces, en sueños, veo que me rodean unas sombras. Veo, en mi imaginación, unas gentes, oigo unas voces, música, y me parece que me paseo a través de campos y bosques, junto al mar... Y siempre, siempre, un deseo ardiente de moverme, de manifestar una actividad febril... Dígame, ¿qué hay de nuevo por allá, en el mundo?

—¿En el pueblo quiere usted decir?

—Cuénteme usted primero lo que pasa en el pueblo, y después lo demás.

—Pues mire usted: la vida en el pueblo es muy aburrida. Casi no hay nadie con quien cambiar unas palabras. ¡Si, al menos, viniera gente nueva! Verdad es que últimamente ha venido un joven médico, el señor Jobotov.

—Ya lo sé: un imbécil.

—Si, un hombre de muy escasa cultura. Es increíble: yo me imagino que en Petersburgo, en Moscou, la vida intelectual es intensísima, que todo está allá efervescente, y que todo se agita en torno a los grandes problemas de actualidad; y, sin embargo, nos

llega de allá cada tipo tan insulso, tan poco interesante. ¡No; nuestro pobre pueblo no tiene suerte!

—¡Es verdad, pobre pueblo!

Gromov calló un instante, y después:

—Y en las revistas, en los periódicos, ¿qué hay de nuevo? La sala estaba ya por completo sumergida en tinieblas. El doctor se puso en pie, y empezó a contar lo que decía la Prensa, y lo que había del movimiento intelectual en Rusia y en el extranjero.

Gromov lo escuchaba con notable atención, preguntaba algo y parecía muy interesado. Pero, de pronto, como si hubiera recordado algo terrible, se llevó las manos a la cabeza, se echó en la cama y volvió al doctor las espaldas.

—¿Qué le pasa a usted?— preguntóle éste.

— Es inútil: no me oirá usted pronunciar una sola palabra más— dijo Gromov ásperamente—. ¡Largúese de aquí!

—Pero, ¿por qué?

—¡Déjeme en paz, le digo, con cien mil demonios!

El doctor se encogió de hombros, suspiró y salió. Al pasar por el vestíbulo, dijo:

—Oye, Nikita: convendría limpiar un poco esto. Huele muy mal.

—¡A la orden del señor doctor!

—Pobre muchacho— pensaba el doctor al volver a sus habitaciones—. Desde que estoy aquí, es el primero con quien he podido hablar de cosas interesantes. Sabe razonar, y se preocupa de cosas que sólo preocupan a los hombres de ingenio.

Mientras leía en su gabinete, y después ya metido en cama, no dejaba de pensar en Gromov. Al día siguiente, en cuanto se despertó, recordó que acababa de descubrir a un hombre interesante, y se prometió ir de nuevo a visitar a Gromov a la primera oportunidad.

**X**

Gromov estaba en la misma posición de la víspera, con las manos en la cabeza y la cara contra la pared.

—Buenos días, amigo mío—dijo el doctor—. ¿No duerme usted?

—Ante todo, yo no soy amigo de usted— dijo Gromov sin volver la cara y como hablando con la pared—. Y, después, sepa usted que todos sus esfuerzos por reanudar la conversación serán inútiles: no despegaré los labios.

—¡Qué cosa más rara!— balbuceó confuso el doctor—. Ayer hemos estado hablando tan tranquilamente, y de pronto usted se ha disgustado e interrumpe la charla... Tal vez he usado sin querer alguna palabra inoportuna, o habré sostenido alguna idea que a usted le molesta...

Gromov se volvió a medias, e incorporándose un poco, se quedó mirando al doctor irónicamente:

—Sébase usted que no creo una sola sílaba de lo que usted me cuenta. Sé muy bien lo que usted se propone: usted viene aquí como un espía, para descubrir mis intenciones y mis opiniones. Ayer lo he comprendido.

—¡Vaya una ocurrencia!—dijo el doctor asombrado—, ¿Se figura usted que soy un espía?

—Sí, señor. Un espía y un médico que procede al examen de las capacidades de su enfermo, son una misma cosa.

—Dispéñeme usted, pero es usted realmente... original.

Se sentó en una silla, junto a la cama, y movió la cabeza en ademán de reproche.

—Admitamos que tiene usted razón— dijo—. Admitamos que examino cada una de las palabras de usted para denunciarlo después a la policía. Que lo van a arrestar a usted, a juzgar. ¿Acaso sería usted más infeliz en ninguna cárcel de lo que ya es aquí?. Aun cuando lo enviaran a usted a Siberia, ¿acaso sería peor que quedarse en esta casa de locos? Creo que no, verdaderamente. Entonces, ¿qué puede usted temer?

Estas palabras produjeron un efecto visible. Gromov, tranquilizado, se sentó en la cama.

Eran las cuatro y media de la tarde, la hora en que la cocinera solía preguntarle al doctor si no era ya tiempo de la cerveza. Afuera,

el día estaba claro y hermoso.

—He salido a pasear un poco después de la comida—dijo el doctor—, y quiero verlo a usted. Estamos en plena primavera.

—¿En qué mes? ¿Marzo?—preguntó Gromov.

—Sí, a fines de marzo.

—Las calles estarán llenas de fango, ¿verdad?

—No mucho. Algunas están secas.

—¡Ay qué hermoso poder dar un paseito en coche por la ciudad, y volver después al gabinetito muy bien instalado!... Consultar a un buen médico para el mal de cabeza... Hace mucho que no hago vida de hombre civilizado. ¡Aquí todo es sucio, desagradable, repugnante!

Tras la excitación de la víspera, parecía cansado, y hacía esfuerzos para hablar. Le temblaban las manos, y por la expresión de su cara se comprendía que tenía jaqueca.

—Entre un gabinete bien instalado y esta sala—dijo el doctor—, no hay ninguna diferencia. El hombre extrae de sí mismo su felicidad y su tranquilidad, y no de las cosas exteriores.

—¿Cómo dice usted?

—Quiero decir que un hombre ordinario ve el bien y el mal como cosa externa, en un buen gabinete o en un coche confortable; mientras que el hombre dotado de pensamiento los busca dentro de sí mismo.

—Vaya usted con esas filosofías a Grecia, donde el tiempo siempre es encantador y el aire está embalsamado con el perfume de las flores. Aquí el clima no se presta a esa propaganda. Creo que fué con usted con quien hablaba yo de Diógenes, ¿no es verdad?

—Sí, ayer, conmigo.

—Pues mire usted: Diógenes no necesitaba un buen gabinete ni habitaciones bien calentadas, porque en Grecia hace bastante calor. Allá puede uno aguantar días y noches en un tonel, sin comer más que naranjas y aceitunas. Pero si su Diógenes hubiera vivido en Rusia, tenga usted por seguro que se habría metido en casita, no sólo en diciembre, sino hasta en mayo. De lo contrario, el pobre filósofo se hubiera helado con toda su filosofía.

—No lo creo así. Se puede no sentir el frío, como cualquier otro sentimiento desagradable. Marco Aurelio ha dicho: «El dolor no es

más que un pensamiento muy vivo del dolor. Basta hacer un esfuerzo para transformar ese pensamiento, no hacerle caso, no gemir ni quejarse, y el dolor desaparecerá.» Es muy justo. El sabio, o cualquiera que piense un poco, desprecia el sufrimiento; siempre está contento, y nada logra impresionarle.

—Según eso, yo debo de ser un idiota, puesto que sufro, estoy a disgusto y experimento una dolorosa sorpresa ante el espectáculo de la humana cobardía.

—En todo caso, se equivoca usted mientras más piense usted en ello, mas se convencerá de que todo lo que nos inquieta y nos apasiona es indigno de nuestra atención. La verdadera felicidad consiste en la comprensión del sentido de la vida.

—Comprensión... felicidad interior—y Gromov hizo una mueca—. Perdóneme usted; pero no lo entiendo. Yo solo sé una cosa: Dios me ha hecho de carne y hueso, me ha dado nervios y sangre caliente, soy un organismo vivo y, como tal, reacciono necesariamente ante toda irritación exterior. Reacciono, y no puedo menos de hacerlo. Cuando me hacen mal, grito y lloro; ante una cobardía, me sublevo; ante una mala acción, siento asco. Esto es lo que llamamos la vida, según mi entender. A organismo menos perfeccionado, reacción menor. Y al contrario, los organismos superiores son más accesibles a los sentimientos de dolor, de alegría, etc., y reaccionan más enérgicamente a todo lo que pasa en el exterior. Me parece que ésta es una verdad elemental. Y me asombra que todo un médico, como usted, ignore semejantes cosas. Para despreciar el sufrimiento, estar siempre contento y no asombrarse de nada, hay que haber caído muy abajo, haber llegado a un estado de brutalidad como el de ese, por ejemplo...

Y Gromov señaló al mujik embrutecido que estaba junto a ellos sumergido en su somnolencia habitual.

—O bien—continuó—hay que habituarse al sufrimiento hasta perder toda sensibilidad; es decir, dejar de vivir. No, no: todo eso son necedades que yo no entiendo. Por lo demás, yo no sé razonar.

—Al contrario, razona usted muy bien.

—Los estoicos, a quienes usted quiere imitar, eran hombres notables, pero su filosofía ha muerto hace dos mil años, y no hay probabilidades de que renazca, porque no es práctica ni vital. Nunca

pudo seducir sino a una minoría selecta, que no tenía mejor ocupación que el dedicarse a tales extravagancias; en cuanto a la mayoría, ni entendió nunca ni podía entender a los estoicos. La gran mayoría humana es inaccesible a la propaganda del desprecio y la indiferencia por la riqueza y la comodidad, por lo mismo que no las posee. Además, esta mayoría no puede desdeñar el sufrimiento, porque toda la vida humana está hecha de sufrimientos, de sensaciones de hambre, frío, rebeldía y miedo a la muerte. Sí, lo repito: la filosofía de los estoicos no está llamada a propagarse. Lo único que puede progresar y desarrollarse es la lucha contra las imperfecciones de la vida, la lucha por la propia existencia y la propia felicidad...

Gromov iba a decir algo más, pero perdió el hilo de sus ideas y se detuvo de pronto, dándose una palmada en la frente.

—Iba yo a decir algo importante, pero se me fué... ¡Ah, ya caigo! Un estoico se vendió una vez como esclavo para comprar la libertad de otro esclavo. Esto prueba que era sensible a los sufrimientos, al menos a los ajenos. Para sacrificarse de este modo debió de sublevarse, indignarse contra la injusticia social, al punto de querer libertar a una de sus víctimas. Y, en fin, vea usted el caso de Jesucristo: era sumamente sensible a la vida real, y reaccionaba ante ella como los simples mortales; lloraba, sonreía, se entristecía, se encolerizaba. Al aproximarse a su espantosa muerte, no iba precisamente sonriendo: al contrario, en el jardín de Getsemaní pidió a Dios que le ahorrara tan amargo trance.

Gromov se detuvo un instante.

—Supongamos que tiene usted razón en el fondo; que la tranquilidad y la dicha no se encuentran afuera, sino en el corazón del hombre. Aun así, no entiendo que usted predique semejante doctrina. ¿Acaso es usted filósofo, o es usted sabio?

—No; ni sabio ni filósofo; pero creo que todos tenemos derecho de predicar la verdad.

—Pero ¿con qué derecho se atribuye usted competencia para tratar de los sufrimientos humanos? ¿Acaso ha sufrido usted alguna vez? ¿Tiene usted noción de lo que es sufrir? Permítame que le haga una pregunta: ¿Le han pegado a usted de niño?

—No; mis padres no aprobaban ese procedimiento pedagógico.

— Pues a mí mi padre me pegaba de un modo cruel. Era un hombre severo; padecía hemorroides; tenía una enorme nariz y un cuello amarillo. No hablemos de usted: a usted nadie lo ha tocado con la punta del dedo; usted no ha tenido nada que temer; usted goza de una salud perfecta; nunca conoció usted la miseria, ni durante la infancia, ni después en la Universidad. Una vez obtenido el diploma, encontró usted una buena colocación; y desde hace unos veinte años vive usted en una casa que le proporciona el Estado, con calefacción, luz, servidumbre. Trabaja usted cuando le da la gana, y si no quiere usted, no hay quien le diga una palabra. Perezoso e inactivo por carácter, se pasa usted la vida en absoluta pasividad, y no le gusta a usted que nadie le moleste. Al hospital y a sus enfermos los entrega usted a manos del enfermero y demás canalla, y en tanto usted se la pasa tranquilamente, sin hacer nada, juntando dinero, leyendo excelentes libros, reflexionando en problemas abstractos, y... bebiendo. En suma: que usted no conoce la vida, y sólo tiene de la realidad unas nociones vagas y teóricas. Desprecia usted el sufrimiento por una sencilla razón: nunca lo ha padecido usted. La filosofía que usted predica—el desprecio del mal, la felicidad interior, la no existencia del dolor y demás sandeces—es la filosofía de todos los haraganes y bobos. Cuando ve usted que un mujik maltrata a su mujer, se dice usted que no vale la pena de intervenir, puesto que ambos tienen de morir un día u otro, y que, además, el verdugo se daña más a sí mismo de lo que daña a su víctima. Si un enfermo acude a usted, usted se dice que el mal que padece no es más que una imaginación del mal, y que, por lo demás, sin sufrimientos la vida sería monótona e insípida. Aquí nos tienen a nosotros encerrados tras estas rejas; nos martirizan y maltratan; pero eso le deja a usted indiferente, puesto que afirma usted que no hay la menor diferencia entre este manicomio y una sala confortable. Sí, no cabe duda que profesa usted una filosofía muy cómoda: no hay nada que hacer, tiene uno la conciencia tranquila, y todavía se da uno el lujo de ser filósofo y sabio.. No, señor mío; eso no es una filosofía ni es amplitud de miras: no es más que pereza, inercia, haraganería.

Gromov estaba cada vez más excitado. Tenía la cara encendida de indignación.

—Usted desprecia el sufrimiento—continuó—; pero si le cogen a usted un dedo en la puerta, se pone usted a gritar.

—Puede que no—dijo el doctor sonriendo.

—Sí, estoy seguro de que sí. ¡Me imagino cómo se pondría usted si, por ejemplo, se le paralizara el cuerpo de pronto! O figúrese usted que un imbécil lo injuriase brutalmente, y que se encontrara usted en la absoluta imposibilidad de vengarse; ¡ah, lo que es entonces entendería usted el sentido real del sufrimiento! ¡Entonces no le serviría a usted de consuelo su dichosa filosofía de la verdadera felicidad y el desprecio de los males!...

—Es sumamente original todo lo que usted me dice—observó el doctor con una risilla contenta y frotándose las manos—. Experimento un verdadero placer en escucharle. En cuanto al retrato moral de mi persona, que, ha tenido usted la bondad de hacer, tengo que confesar que es espléndido. No puedo disimularle a usted que es un verdadero deleite para mí el hablar con usted. Hasta ahora, ya ve usted, le he escuchado con el mayor interés. Permítame ahora que, a mi vez, le conteste en pocas palabras...

## XI

La conversación se prolongó por espacio de una hora. Produjo sobre el doctor una impresión profundísima.

A partir de aquel día, visitaba con mucha frecuencia la sala número 6. Iba por la mañana, por la tarde, por la noche. A veces se quedaba hablando con Gromov hasta horas muy avanzadas.

Al principio, Gromov estaba algo desconfiado, atribuyéndole malas intenciones, y sin tomarse el trabajo de ocultarle su mala

voluntad. Después, poco a poco, se fué acostumbrado a él, y dejó de tratarlo con aspereza, adoptando un tono de condescendencia irónica.

Pronto corrió por el hospital el ruido de que el doctor Ragin visitaba asiduamente la sala número 6. Ni el enfermero, ni las Hermanas, ni Nikita, podían entender tal conducta, ni a qué iba a la sala, ni para qué se pasaba horas enteras allí, ni de qué hablaba tanto tiempo. La cosa era tanto más misteriosa cuanto que no examinaba a los enfermos ni les prescribía ningún tratamiento.

Todo eso era, en verdad, muy extraño. Ya el director de Correos no lo encontraba casi nunca en casa, cosa que antes jamás sucedía. La cocinera Daria no sabía qué pensar; el doctor faltaba con frecuencia, no sólo a las horas de la cerveza, sino que aun a la comida solía llegar con retraso.

Una tarde, a fines de junio, el doctor Jobotov vino a buscar a su colega para tratar de cierto negocio, y no lo encontró. En el patio le informaron de que el doctor Ragin estaba en la sala número 6. Jobotov entró en el vestíbulo, se detuvo a la puerta de la sala, y escuchó.

He aquí lo que oyó:

—Nunca nos pondremos de acuerdo—decía Gromov con voz irritada—. Nunca logrará usted convertirme a su religión. Usted no tiene la menor noción de la vida real; usted no ha sufrido nunca; usted ha vivido siempre como parásito del sufrimiento ajeno; mientras que yo he sufrido desde la hora en que nací hasta la hora presente. Y le declaro a usted francamente que en este respecto me considero superior a usted. En todo caso, no es usted quien puede darme lecciones.

—¡Pero, querido amigo, si yo no pretendo convertirlo a usted a mi religión!—respondía el doctor con dulzura y visiblemente afligido de que no lo entendiera el otro—. Si no se trata de eso. Admito que usted haya sufrido mucho, y que yo no he sufrido jamás. No es esa la cuestión. Los sufrimientos, como los gozos, son pasajeros; no se hable más de ellos. La esencial es que usted y yo, ambos somos seres pensantes, y eso es lo que nos une y hace solidarios, a pesar de la divergencia de nuestras opiniones. ¡Si supiera usted, querido amigo, hasta qué punto estoy harto de la locura general, de la

maldad, de la estupidez de la gente que me rodea, y qué alivio experimento hablando con usted! Usted es un hombre inteligente; yo me alegro de veras de encontrarme en su compañía...

Jobotov entreabrió la puerta y echó una mirada al interior; Gromov, tocado con el bonete, y el doctor Ragin, estaban sentados al lado de la cama. El loco gesticulaba, hacía ademanes, temblaba; y el doctor, a todo esto, permanecía inmóvil, la cabeza inclinada sobre el pecho, roja y triste la cara.

Jobotov se encogió de hombros y cambió una mirada con Nikita. Éste también se encogió de hombros.

Al día siguiente, Jobotov acudió al mismo sitio, acompañado del enfermero. Los dos se apostaron tras de la puerta, y escucharon.

—Parece que el buen señor está algo chiflado—dijo Jobotov al enfermero, al salir del pabellón.

Y, el otro, piadosamente:

—¡Dios nos libre a todos de ese mal! La verdad, le diré a usted que ya me esperaba yo esto desde hace mucho.

## XII

En adelante, el doctor Ragin comenzó a notar algo misterioso en torno a él. Los criados, las Hermanas de la Caridad y los enfermos le miraban de un modo extraño, y, a su paso, cambiaban observaciones en voz baja. La niña, Macha, hija del administrador, con la que antes solía jugar en el jardín del hospital, escapaba a todo correr en cuanto intentaba acercársele. El director de Correos ya no le decía: «Tiene usted muchísima razón», sino que balbuceaba confuso: «Sí, sí...», y lo contemplaba con tristeza.

Después le aconsejaba que renunciara al vodka y a la cerveza, aunque más que de un modo directo, por medio de alusiones veladas. Un día, por ejemplo, le contó la triste historia de un coronel y un sacerdote que se habían perdido por el abuso del alcohol.

Varias veces Jobotov había venido ya a casa de su colega, y también le había aconsejado que tomara bromuro, sin ninguna razón que pareciera justificarlo.

En agosto, el doctor Ragin recibió una carta, en que el alcalde lo citaba para tratar de un negocio importante. Habiéndose presentado en la casa municipal a la hora indicada, se encontró allí con el jefe de la guarnición local, el director de la escuela primaria, un consejero municipal, el doctor Jobotov, y un señor gordo y rubio, a quien le presentaron como médico. Éste habitaba en cierto lugar, situado a unas treinta verstas de la ciudad, y probablemente había venido por invitación expresa aquel día.

Cambiados los saludos de rigor, sentados todos en torno a la mesa, el consejero municipal dijo a Ragin:

—Vea usted, querido doctor: nos informan de que es absolutamente indispensable transportar la farmacia que está en el edificio central, a una de las dependencias. ¿Qué opina usted?

—Todos los pabellones y dependencias están en mal estado; harían falta algunas reparaciones.

—Sí; desgraciadamente, tiene usted razón.

—Y las reparaciones costarían, por lo menos, quinientos rublos: un gasto improductivo.

Hubo una pausa.

—Ya he tenido la honra de poner en conocimiento de la municipalidad—añadió el doctor Ragin con voz velada—que este hospital, en el estado en que actualmente se encuentra, es un lujo excesivo para el pueblo. El pueblo gasta demasiado en construcciones inútiles. Con este dinero, siempre que se procure una administración mejor, se podrían mantener hasta dos hospitales modelos.

—¡Pues bien, manos a la obra!—exclamó el consejero municipal.

Nuevo silencio. Los lacayos sirvieron el té. El jefe de la guarnición local, que parecía muy turbado, tocó suavemente a Ragin por la manga y le dijo:

—Nos ha olvidado usted completamente, doctor. Verdad es que hace usted vida de monje; no juega usted a las cartas, no le gustan las mujeres, se aburre usted en nuestra compañía.

Aquí todos se pusieron a quejarse de la vida aburrida que pasaban en el pueblo todas las personas de calidad: ni teatros, ni conciertos... En el último baile del club sólo había unas veinte señoras, y nada más dos hombres que supieran bailar. Los jóvenes, en vez de bailar, se dedicaban a comer o a jugar a las cartas.

El doctor Ragin, lenta y suavemente, sin mirar a nadie, se puso a decir que los vecinos del pueblo se pasaban la vida entre la baraja y las pequeñas intrigas y chismorreos, sin interesarse por nada y arrastrando una vida llena de trivialidad.

Su colega Jobotov, que le escuchaba atentamente, le dijo de pronto:

—¿A cuántos estamos?

Ragin le contestó la fecha. Y entonces Jobotov y el doctor rubio se soltaron haciéndole multitud de preguntas, con la mayor torpeza, sobre el día, el mes, el número de días del año, etc. Por fin, Jobotov dijo:

—¿Es verdad que uno de los enfermos de la sala número 6 es un profeta?

Ragin se sonrojó y repuso:

—Sí; hay un joven muy interesante.

Ya no le preguntaron más.

Cuando, ya en el vestíbulo, se estaba poniendo el gabán, el jefe de la guarnición le dio una palmadita en el hombro y le dijo con un suspiro:

—Es tiempo de que nosotros, los viejos, descansemos un poco. Hemos trabajado ya mucho.

Ragin comprendió bien que aquello no tenía más fin que examinar sus capacidades mentales. Y se avergonzó casi recordando las preguntas que le habían propuesto. «Dios mío—pensaba—, ¡y decir que Jobotov y el otro han estudiado recientemente la psiquiatría en la Universidad! ¡No tienen la menor noción; una ignorancia increíble!»

Aquella noche recibió la visita del director de Correos. Sin saludarlo, Mijail Averianich le abordó, le cogió ambas manos y le dijo

con voz conmovida:

—Querido amigo: ¡deme usted la prueba de su amistad! No, no, no me diga nada; óigame bien: ya le tengo a usted mucho afecto; yo admiro su alta cultura y su noble corazón; pero, justamente por eso, no puedo ni quiero ocultarle a usted la verdad. ¡Amigo mío, usted está enfermo! Perdóneme, querido amigo; pero hace mucho que lo vengo advirtiendo. Además, todo el mundo lo ha notado ya. El doctor Jobotov acaba de decirme que usted necesita, a toda costa, descansar y distraerse un poco. Y tiene razón. Ahora bien; yo espero para de aquí a unos días un permiso, y me propongo hacer un viajecito. ¿Quiere usted acompañarme? ¡No, no, no me diga que no! Si es usted realmente mi amigo, acéptelo, se lo suplico. ¡Ya verá usted qué viaje más interesante.

Ragin, tras una corta reflexión, dijo:

—Gozo de perfecta salud. Lo lamento de veras; pero ahora no podría yo salir de aquí. Permítame usted que le pruebe mi amistad de algún otro modo.

Emprender un viaje sin ningún objeto preciso, sin ninguna razón; renunciar por algún tiempo a sus libros y a sus costumbres, era para él cosa estúpida y fantástica. Pero, acordándose entonces de lo que acababa de pasarle hacía pocas horas en la alcaldía, cayó en que quizá sería conveniente abandonar por algún tiempo aquel pueblo, en que los vecinos habían dado en creerlo loco.

—Y ¿adónde se propone usted ir?

—A Moscou, a Petersburgo, a Varsovia... En Varsovia he pasado yo cinco años, que considero como los mejores de mi vida. Es una ciudad admirable. ¡Vamos, amigo mío, se lo ruego; venga usted conmigo!

Una semana después le propusieron al doctor Ragin que descansara; en otros términos, que dimitiera. Recibió esta proposición con una indiferencia absoluta.

Y a la semana siguiente, en compañía de Mijail Averianich, se dirigía a la próxima estación del ferrocarril.

Tenían que hacer 200 verstas en coche. El tiempo era fresco y luminoso; el cielo estaba azul. En el horizonte se alcanzaba a ver claramente el bosque de pinos que limitaba la llanura. El viaje hasta la estación duró un par de días con sus noches. Dormían en los paraderos, y allí Mijail Averianich juraba y amenazaba:

—¡Silencio, bribones!—gritaba brutalmente a los cocheros y a la gente de las posadas.

Durante todo el trayecto fué hablando de sus viajes por Polonia y el Cáucaso. ¡Admirables aventuras! ¡Historias fantásticas! Sus interminables relatos fatigaban y molestaban al doctor.

En el ferrocarril, por economía, viajaron en tercera, en el vagón de no fumadores. Mijail Averianich trabó relaciones poco a poco con todos los viajeros. Pasaba de uno a otro banco, y tronaba contra el desorden de los ferrocarriles, contra la administración y las tradiciones bárbaras. En suma: que el mejor modo de viajar era ir a caballo.

—Aquí donde ustedes me ven, yo he hecho millares de kilómetros a caballo sin fatigarme; es una verdadera delicia.

Y se animaba, se sentía arrebatado, alzaba la voz, gesticulaba, no dejaba hablar a nadie; ya, se encolerizaba; ya, reía a carcajadas. El doctor estaba cada vez más fatigado. «¿Cuál de los dos es más loco—pensaba—. Yo, que procuro no molestar a nadie; o este egoísta, que se cree más inteligente y más interesante que todos, y a todos cansa?»

En Moscou, Mijail Averianich se plantó su uniforme de oficial retirado: los pantalones y el gorro. Los soldados le hacían el saludo reglamentario, y él se sentía feliz. Molestaba al doctor con su aire de viejo gentilhombre lleno de presunción. Siempre muy exigente con los humildes, a todos los injuriaba y se hacía servir hasta cuando no le hacía falta.

—¡Dame los fósforos!—le gritaba al lacayo, aunque los tenía al alcance de la mano.

Andaba por el cuarto del hotel en camisa y en calzones delante de las criadas, como si éstas no existiesen para él. Tuteaba a todos los servidores, aun a los viejos, y, cuando se disgustaba, les llamaba imbéciles e idiotas. El pobre doctor encontraba todo esto muy desagradable, y sufría mucho.

El día mismo de la llegada a Moscou, Mijail Averianich lo llevó a la iglesia en que está el famoso icono *Iverskaya*. Se arrodilló, recitó sus oraciones piadosamente, puso la frente en las losas del suelo, y cuando, por fin, se levantó, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Se puede ser descreído—exclamó—; pero, sin embargo, esto es un consuelo. Se siente uno desahogado después de la oración. Hágame usted el favor de poner sus labios sobre ese icono.

El doctor, muy confuso, hizo lo que el otro le indicaba. Mijail Averianich todavía recitó otra plegaria, y, después, contento de sí mismo, sacó el pañuelo y se enjugó las lágrimas.

Después visitaron el Kremlin, donde admiraron al Rey-Cañón y a la Reina-Campana, y aun los tocaron con sus manos.

También fueron a la célebre catedral del Salvador y al museo de Rumiantzev.

Cenaron en una de las fondas más nombradas. Mijail Averianich examinó detenidamente el menú, acariciándose sus blancas patillas, y dijo con tono de gran conocedor habituado a las fondas elegantes, dirigiéndose al jefe del servicio:

— ¡Bien, caballero, vamos a ver qué tal lo hace usted hoy!

## XIV

El doctor seguía a su compañero con la mayor docilidad, observaba, comía, bebía, pero sin gusto ni apetito. Mijail Averianich le era cada vez más pesado y molesto. Hubiera querido quedarse solo, aunque fuera una hora; pero el otro se creía en el deber de no perderlo de vista un solo instante, y de procurarle distracciones. Cuando ya no les quedaba nada que ver, procuraba divertirlo con sus relatos.

Al tercer día de Moscou el doctor se sintió tan fatigado, que declaró a su amigo que estaba algo enfermo y prefería quedarse en el hotel todo el día.

—Entonces me quedaré con usted—dijo el otro—. Después de todo, tiene usted razón: nos hemos fatigado mucho.

Y se quedó acompañándole.

El doctor se echó en el canapé, se volvió hacia el muro, y apretando los dientes, dejaba pasar el chaparrón de los cuentos de su amigo. Éste, gritando y gesticulando, le aseguraba que Francia acabaría por aplastar, tarde o temprano, a Alemania; le decía que en Moscou hay un verdadero ejército de ladrones, y afirmaba que los caballos rusos son mucho mejores que los extranjeros. Al doctor le dolía la cabeza, y la voz de su amigo le irritaba más por instantes; pero, con todo, no se atrevía a pedirle que lo dejara solo o que se callara. Por fortuna, al cabo de un rato Mijail Averianich se aburrió y se fué a la calle.

Contentísimo se sintió el doctor de quedarse solo. ¡Qué felicidad estarse tumbado en el diván, sin moverse y sin que le molestara la interminable charlatanería de su amigo! La soledad es condición indispensable de la felicidad. El ángel caído ha traicionado a Dios, seguramente, por cuanto aspiraba también a la soledad, de que están privados los ángeles. Hubiera querido pensar en otra cosa, pero su pensamiento estaba como prendido a Mijail Averianich. «Sólo por amistad para mí—se decía—ha emprendido este viaje; y por amistad también no puede dejarme tranquilo y me fastidia con su charlatanería. Es bueno, es generoso; pero es insoportable, muy superficial y ligero. Junto a él cualquiera podría volverse loco a la larga.»

Los días siguientes, pretextando no sentirse bien, el doctor lograba quedarse en el hotel. Se pasaba horas enteras tumbado en

el diván, encantado, cuando su amigo estaba ausente, y mortalmente aburrido cuando su amigo paseaba por la estancia charlando sin parar, a su modo.

—Esta, esta es la vida real, estos los sufrimientos de que Gromov me hablaba—se decía—. Y tenía razón; por muy filósofo y muy estoico que uno sea, no se puede menos de preferir la calma y la dicha a los sufrimientos.

Y sentía unos deseos ardientes de volverse cuanto antes al pueblo.

En Petersburgo se repitió la misma historia; se pasaba días enteros sin salir del hotel, y sin levantarse del diván más que para beber un vaso de cerveza.

Mijail Averianich estaba impaciente por ir a Varsovia.

—¡Pero, amigo mío, a mí nada se me ha perdido en Varsovia!—decía el doctor con voz implorante—. Vaya usted solo, y yo volveré a mi casa; se lo ruego.

—¡No, no y no!—protestaba Mijail Averianich—. Varsovia es una ciudad única, admirable. Es necesario que usted la vea y la juzgue. Allí he pasado yo los cinco años mejores de mi vida.

El doctor no tuvo bastante voluntad para resistir, y se dejó llevar a Varsovia.

En Varsovia casi no salía del hotel; se pasaba los días en el diván, disgustado de sí mismo y disgustado de Mijail Averianich, y aun de la servidumbre, que se obstinaba en no entender el ruso. En tanto, su amigo recorría la ciudad buscando a sus antiguos conocimientos, y parecía divertirse mucho. A veces, dormía fuera. Un día volvió al hotel a la madrugada, con el cabello en desorden, muy agitado y rojo. Estuvo mucho tiempo midiendo la estancia con pasos nerviosos y balbuceando algo entre dientes, y de pronto, deteniéndose, exclamó:

—¡El honor sobre todo!

Y volvió a pasear. Después, llevándose las manos a la cabeza, y con trágico acento:

—¡Sí, el honor sobre todo! Maldito sea el instante en que concebí el funesto proyecto de visitar esta Babilonia! ¡Ay amigo mío, merezco que usted me desprecie; he jugado, y he perdido! ¡Présteme usted quinientos rublos!

El doctor sacó el dinero y se lo dió. Mijail Averianich, siempre rojo de vergüenza y de cólera, murmuró algunas palabras de agradecimiento, juró algo por su honor, se plantó en la cabeza el gorro militar, y salió. Volvió dos horas después, y tumbándose en el sillón, lanzó un gran suspiro y dijo:

—¡El honor se ha salvado! Vámonos, amigo mío. No quiero permanecer un solo minuto más en esta maldita ciudad. Aquí no hay más que canallas, ladrones y espías.

Y cuando, en efecto, entraban otra vez en su pueblo, el otoño se acercaba a su fin y las calles tenían una espesa capa de nieve.

La plaza de Ragin estaba ya ocupada por el joven doctor Jobotov, el cual, en tanto que su predecesor se mudaba, seguía viviendo en su antigua casa con la misma mujer fea a quien daba por cocinera suya. Se contaban de él cosas pintorescas; por ejemplo, que la mujer había tenido una violenta disputa con el administrador, y que éste se había visto obligado a pedirle perdón de rodillas.

El doctor se puso inmediatamente a buscar nuevo alojamiento.

—Amigo mío—le dijo el director de Correos—, permítame una pregunta indiscreta: ¿Cómo anda usted de fondos?

El doctor contó su dinero, y respondió:

—Tengo 86 rublos.

—No, no le pregunto a usted eso— explicó Mijail Averianich—. No le pregunto a usted que cuánto lleva en el bolsillo, sino que cuánto posee usted en general...

—Ya le digo a usted que 86 rublos.

—¿Cómo! ¿Pero es todo?

Mijail Averianich, aunque consideraba al doctor como hombre leal y honrado, le suponía un capital no menor de unos 20.000 rublos. Al averiguar que su amigo no tenía nada, ni siquiera para los gastos más indispensables de la vida, no pudo contener sus lágrimas y lo abrazó efusivamente.

## XV

El doctor Ragin se instaló en una casita de tres ventanas. Sólo tenía tres piezas, sin contar la cocina. Dos ocupaba el doctor, y la otra su cocinera Daria, la propietaria de la casita y sus tres hijas. A veces solía venir también a pasar allí la noche el amante de la propietaria, un mujik que siempre estaba borracho. Pedía que le dieran vodka; gritaba, amenazaba. Y el doctor, compadecido, se traía consigo a los niños, que lloraban de miedo, los acostaba sobre el suelo, y parecía complacerse en cuidar de ellos.

Como de costumbre, se levantaba a las ocho, tomaba el té y se ponía a leer sus antiguos libros y revistas; ya no tenía dinero para comprar más. Pero tampoco le interesaba tanto como antes la lectura, sea que ya conociera los libros, sea que ya no estaba en el mismo gabinete y la misma butaca. Para matar el tiempo, se puso a redactar el catálogo minucioso de su biblioteca, y pegaba etiquetas a los volúmenes, y hacía inscripciones en ellos. Este trabajo monótono y mecánico le resultaba más interesante que la lectura; al hacerlo, no pensaba en nada, y el tiempo pasaba sin sentirse. A veces se estaba en la cocina toda una hora, ayudando a Daría a mondar patatas. Los sábados y domingos iba a la iglesia. De pie, junto al muro, oía el canto del coro, evocaba en su memoria las imágenes pasadas de su infancia, de su adolescencia y de los últimos años. Y sentía que una dulce y melancólica serenidad invadía su alma, semejante al crepúsculo de las tardes de estío. Al salir de la iglesia, se iba lamentando que la misa hubiera sido tan breve.

Dos veces fué a visitar, en la sala número 6, al enfermo Qromov, pero se lo encontró de muy mal humor y en un estado insoportable. Gromov le dijo que ya estaba aburrido de oírle hablar, y que lo dejara en paz. Por todos los sufrimientos y desgracias de que los hombres le habían causado, sólo quería una compensación: una

celda diminuta para él solo. No quería ver a nadie, y las conversaciones no hacían más que exasperarlo.

Cuando el doctor, antes de marcharse, le deseó las buenas noches, Gromov le gritó con rabia:

—¡Vaya usted al diablo!

Y el doctor, aunque muy deseoso de volver a visitarlo, ya no se atrevía.

Estaba aburridísimo. Después de comer se pasaba las horas echado en el diván, vuelto a la pared, pensando en tonterías, a pesar de cuantos esfuerzos hacía para alejar de sí pensamientos tan mezquinos. Se sentía ofendido por la municipalidad que le había despedido, después de más de veinte años de servicio, sin concederle siquiera un pequeño auxilio pecuniario. Verdad es que él no se consideraba un servidor honrado y fiel; verdad que descuidaba el servicio; pero, ¿acaso se distingue entre los buenos y los malos servidores, en materia de pensiones y retiros? No, señor; se les conceden a todos, sin atender a sus cualidades morales o aptitudes técnicas. No había, pues, derecho a hacer con él una excepción.

Ya no tenía dinero. Le debía a la dueña de la casa, y hasta evitaba encontrarse con ella; le debía al tendero, y trataba de pasar disimulado frente a la tienda. Sólo de cerveza debía 32 rublos. La fiel Daría se había puesto a vender, a escondidas, los trajes viejos y libros viejos del doctor, y le aseguraba a la propietaria que su amo esperaba de un momento a otro una suma importante.

No podía perdonarse el haber gastado en aquel absurdo viaje los 1.000 rublos que constituían sus economías y dinero que le hubiera bastado por lo menos para todo un año.

¡Y si al menos lo dejaran vivir en paz! Pero todos se creían obligados a molestarlo con sus visitas. De cuando en cuando también iba a verlo Jobotov. El viejo doctor detestaba cordialmente a su joven colega; le hacía mal aquella cara contenta, aquel tono de voz condescendiente, aquellas botas altas, aquellas maneras tan bruscas, y hasta la palabra «colega» que el otro se complacía en repetir a cada instante. Y lo más intolerable es que Jobotov se consideraba obligado a velar por la salud de Ragin, y siempre llegaba cargado de bromuro y de píldoras.

También el director de Correos se creía en el deber de visitar a su amigo y procurarle distracciones. Siempre entraba a casa de éste fingiendo una alegría desbordante; se reía a carcajadas y aseguraba al doctor que tenía muy buena cara y lo encontraba muy mejorado. El doctor lo comprendía todo, y aquella risita fingida del amigo lo incomodaba y lo ponía nervioso.

Mijail Averianich no había podido aún devolverle los 500 rublos de Varsovia, y estaba muy apenado; naturalmente, el doctor nunca le hablaba de la deuda. Las visitas de Mijail Averianich se le hacían cada vez más insoportables. Ante sus risas y sus anécdotas inacabables se sentía con ganas de taparse las orejas.

Durante estas visitas, el doctor permanecía echado en el diván sin desplegar los labios, con los ojos cerrados y la boca apretada, lleno de rabia. Para dominarse, acudía a sus doctrinas filosóficas: se decía que, más o menos tarde, Jobotov, Mijail Averianich y él mismo desaparecían del mundo, sin dejar ni rastro de su vida; que no sólo ellos, sino la vida misma desaparecería también del planeta, y que, al cabo de un millón de años, la tierra tendría el aspecto de un desierto. La cultura, la moral, las leyes humanas, todo quedaría reducido a la nada. ¿Qué importancia podían, pues, tener aquellas minúsculas preocupaciones materiales, aquel Jobotov, aquel Mijail Averianich, y las incomodidades que le causaban? Todo era pasajero, como una ráfaga de viento.

Pero tales razonamientos no lograban devolverle la calma. Apenas se imaginaba el desierto que será la tierra dentro de un millón de años, cuando le parecía columbrar, detrás de una roca, al joven doctor Jobotov con sus botas altas y sus cajas de píldoras, o a Mijail Averianich con su risita artificial y sus promesas, hechas en voz baja y como muy apenado, sobre la próxima devolución de los 500 rublos.

Un día que el doctor estaba, como de costumbre, recostado en el diván, llegaron, casi al mismo tiempo, Jobotov y Mijail Averianich. Ragin se incorporó y se sentó, apoyándose pesadamente en el diván.

—¡Hombre—le dijo Mijail Averianich—, hoy tiene usted una cara excelente! Hoy sí que me da gusto verlo.

—Sí, querido colega, ya es tiempo de restablecerse—añadió Jobotov con un bostezo—. Yo creo que usted mismo lo estará deseando ya también.

—Sí, ahora los progresos se van a notar día por día—añadió con alegre voz Mijail Averianich—. Todavía hemos de vivir cien años. ¿No es verdad, querido amigo?

—Cien años sería mucho pedir, pero le garantizo unos veinte más—declaró Jobotov—. Y, sobre todo, querido colega, mucha calma. Todo irá bien, ya lo verá usted.

—Sí, todo irá bien—repitió Mijail Averianich, dándole al doctor un golpecito en la rodilla—. Todavía vamos a tener tiempo de correr juergas. ¡Ja, ja, ja! El verano entrante iremos juntos al Cáucaso y haremos excursiones a caballo por el monte. Y luego, de vuelta del Cáucaso, tal vez, tal vez casaremos al amigo...

Y guiñó maliciosamente los ojos.

—¿Eh? ¿Usted qué opina? ¿No es una buena idea? ¿Por qué no? Ya le encontraremos novia digna, y... ¡vivan los novios!, ¡vivan los recién casados!

El viejo doctor sintió de pronto que la rabia lo ahogaba. —¡Es intolerable lo que están ustedes diciendo!—declaró levantándose bruscamente y poniéndose junto a la ventana—. ¿No se dan ustedes cuenta de que esas bromas son de muy mal gusto, son repugnantes?...

Hubiera querido continuar en tono moderado y cortés, pero la rabia se apoderó de él por completo. Y súbitamente, sin darse cuenta, estremeciéndose todo, rojo de ira, cerró los puños y dijo con voz furibunda:

—¡Déjenme en paz! ¡Largo de aquí! ¡Fuera de aquí los dos!

Jobotov y Mijail Averianich se levantaron de un salto, mirándole con terror.

—Largo de aquí!—siguió gritando el doctor—. ¡Estúpidos, imbéciles! ¡No quiero la amistad ni los cuidados de ustedes! ¡Los aborrezco, no puedo soportarlos ya!

Jobotov y Mijail Averianich, cambiándose miradas significativas, retrocedieron hasta la puerta y salieron al vestíbulo. Ragin cogió de sobre la mesa un frasco de bromuro y lo lanzó sobre los visitantes. El frasco fué a romperse en el cuadro de la puerta.

—¡Al diablo los dos!—exclamó con voz casi llorosa, siguiéndolos al vestíbulo—. ¡Al diablo! Y que no los vea yo más por aquí.

Cuando salieron se acostó en el diván, temblando como si tuviera fiebre, y repitiendo siempre:

—¡Imbéciles, estúpidos!

Después se calmó un poco; se dijo que había hecho mal en injuriar de aquel modo al pobre de Mijail Averianich, que, probablemente, estaría a esas horas afligidísimo. Tuvo crueles remordimientos, le pareció que lo que acababa de hacer no era propio de un hombre serio. ¡Vaya una filosofía la suya! ¡Vaya una altivez ante los sufrimientos!

No pudo dormir en toda la noche. A la mañana siguiente, a las diez, ya estaba en la oficina de Correos, pidiendo perdón a Mijail Averianich.

Este estaba muy conmovido.

—No se hable más de eso, querido amigo—le decía, estrechándole efusivamente la mano—. Olvidemos esa diferencia insignificante.

Y dirigiéndose a uno de sus empleados, le ordenó, con voz estentórea que todos se echaron a temblar:

—¡A ver, una silla para el doctor, pronto!

Después, dirigiéndose a una mujer que le alargaba un sobre por la ventanilla, exclamó:

—¡Espera! ¿No ves que estoy ocupado?

—Sí, amigo mió—continuó, volviéndose al doctor—, no hablemos más del caso de ayer. Siéntese usted, se lo ruego.

Se acarició sus magnificas patillas blancas, y prosiguió así:

—Ni siquiera he tenido la idea de guardarle a usted el menor rencor. Cuando un hombre está enfermo, no hay que ser muy exigente con él. Naturalmente, el acceso de cólera de usted nos

asustó un poco, y el doctor Jobotov y yo hemos estado hablando del caso. Oígame, querido doctor: es necesario que se atienda usted bien y a conciencia. Perdóneme, pero debo hablarle con la mayor franqueza: usted vive en condiciones muy poco favorables. Su casa es pequeña, sucia; nadie lo cuida a usted; además, le faltan a usted los medios necesarios. ¡Yo se lo ruego, querido amigo! El doctor Jobotov y yo, los dos, se lo rogamos a usted encarecidamente; váyase al hospital. Allí podrá usted seguir un régimen, allí tendrá usted quien lo cuide. El doctor Jobotov, aunque sea hombre mal educado—sea dicho para entre nosotros—, conoce su oficio. Puede uno tener en él plena confianza. El me ha dado su palabra de honor de ocuparse seriamente de la enfermedad de usted.

El pobre viejo se sintió impresionado ante el tono sincero de de Mijail Averianich, y le brotaron las lágrimas.

—No lo crea usted, mi buen amigo—dijo con voz suplicante—. Le engañan a usted. No estoy enfermo. Toda mi enfermedad proviene del hecho de que durante veinte años no he encontrado aquí más que un hombre inteligente, y ¿quién? ¡un loco! El hospital no me servirá de nada. Por lo demás, hagan ustedes de mí lo que quieran.

—¡Vamos! Consienta usted en irse al hospital.

—Me da igual; lo mismo me iría al sepulcro.

—Prométame usted seguir siempre las indicaciones del doctor Jobotov.

—Se lo prometo a usted; pero conste que entre todos me llevan ustedes a la perdición. Sí; estoy perdido, y tengo el valor de no ocultarme la verdad. Estoy como encerrado en un círculo fatal, del que nunca podré salir.

—¡Vamos, vamos; ya verá usted cómo se cura muy pronto!

—¡Quite usted!— dijo el doctor con cierta impaciencia—. Por lo demás, todos pasamos por esto al final de nuestros días. Si le dicen a usted que su corazón no funciona regularmente, que hay algún obstáculo en sus pulmones, o que sus ideas andan mal y que es fuerza ponerse en cura; en suma, si tiene usted la desgracia de atraer sobre sí la atención de los demás, dése usted ya por perdido: ya ha caído usted en un círculo vicioso sin salida posible. Ya no saldrá usted nunca de allí. Todos sus esfuerzos serán inútiles. Mientras más haga usted por escapar, el círculo se estrechará más

y más. No le quedará a usted más que capitular, rendirse, confesar su impotencia, porque ya no hay salvación posible.

A todo esto, el público comenzaba a agolparse en las ventanillas, manifestando impaciencia. Al darse cuenta, el doctor se levantó y se despidió de su amigo.

—Entonces, ¿me da usted su palabra de honor de seguir mi consejo?—dijo Mijail Averianich.

—Sí.

Aquel mismo día, antes de cenar, el doctor recibió inesperadamente la visita de Jobotov.

— Querido colega, tengo que pedirle a usted algo—dijo éste, como si nada hubiera pasado entre ellos la víspera—. Quisiera que me acompañara usted a ver un enfermo. Me haría usted un favor muy grande.

Ragin, figurándose que Jobotov trataba de distraerlo un poco o proporcionarle el medio de ganar algo, aceptó. Se vistió, pues, y salieron juntos a la calle. El viejo se felicitaba de aquella ocasión que le permitiría pedirlo a Jobotov perdón por lo de la víspera, y aun estaba algo conmovido ante la nobleza de éste, que no había querido decir una sola palabra sobre aquella enojosa escena.

—¿Dónde está su enfermo?

—En el hospital. Hace mucho que deseo consultarle a usted sobre este caso: es un caso muy interesante.

Entraron al patio del hospital, y, salvando el edificio central, se dirigieron hacia el pabellón donde está la sala núm. 6.

Ambos caminaban en silencio.

Al pasar por el vestíbulo, Nikita, como de costumbre, se puso en pie de un salto y les saludó.

—Uno de estos enfermos tiene una complicación inesperada—dijo Jobotov en voz baja, abriendo la puerta de la sala núm. 6—. Parece que hay algo en los pulmones. Espéreme usted aquí un poco. Voy a buscar mi estetoscopio. Y salió.

## XVII

La sala estaba ya muy oscura. Gromov estaba acostado en su cama, con la cara hundida en la almohada. Su vecino, el paralítico, estaba sentado, inmóvil, llorando en voz baja. Los otros parecían dormir. Había un silencio profundo.

El doctor Ragin estaba sentado en la cama de Gromov, y esperaba, esperaba. Pero Jobotov no volvía. A la media hora entró Nikita, trayendo consigo vestidos, ropa interior y pantuflas.

—Tenga usted la bondad de desnudarse y ponerse esto, señor doctor—dijo en voz baja—. Allí está la cama para usted—. añadió, señalando una cama vacía, que, probablemente, habían colocado allí aquel mismo día—. Pronto estará usted bueno y sano, puede usted estar seguro.

El doctor lo comprendió todo. Sin pronunciar una sola palabra, se dirigió a la cama indicada por Nikita y se sentó. Viendo que Nikita esperaba, se desnudó hasta quedarse completamente desnudo, y después se puso lo que Nikita le había traído. Los calzones le quedaban muy cortos; la camisa, muy larga; la bata olía a pescado podrido.

—Ya verá usted qué pronto se cura—repitió Nikita.

Después tomó el traje y la ropa de Ragin, y se salió por donde había venido, cerrando tras de sí la puerta.

—Lo mismo me da— pensaba Ragin al envolverse en la bata, sintiendo que con aquellas vestiduras parecía un prisionero—. Lo mismo me da llevar un frac, un uniforme o una bata de loco.

Pero, ¿dónde diablos está su reloj? ¿Y su cuaderno de notas? ¿Y sus cigarrillos? ¿Adonde habrá metido Nikita sus cosas?

Y comprendió entonces que aquello había terminado para siempre; que ya nunca, hasta la muerte, podría ponerse pantalones, chaleco ni botas. Experimentó una sensación extraña, confusa, incómoda. Naturalmente, siguió pensando que entre su casa y la

sala número 6 no había diferencia fundamental ninguna; que los sufrimientos no son sino ilusorios, y que no existen para los verdaderos filósofos. Pero, con todo, se puso a temblar, y sintió frío en las piernas y en los brazos. Pensó, con espanto, que pronto despertaría Gromov y lo encontraría en aquel traje. Dio algunos pasos. Se sentó otra vez en la cama.

Pasó media hora, una hora. Silencio de muerte, un tedio mortal se apodera de su alma. ¡Y pensar que hay quienes se pasan aquí días enteros, semanas, años! Puede uno dar algunos pasos, mirar por las ventanas, sentarse en la cama, ¿y nada más? No; ¡es imposible!

Se acostó; pero se incorporó al instante, y enjugó el sudor frío de su frente con la manga de la bata. Sintió aun más penetrante el olor de pescado podrido. Y se puso a pasear, inquieto, por la sala.

—Es una equivocación—se dijo—; hay que hacerles ver que es una equivocación, y que no puede continuar...

En este instante Gromov despertó. Se sentó, escupió, y echó sobre el doctor una mirada indiferente. Tal vez no comprendió de pronto lo que pasaba. Pero, un instante después, su cara se anima con una expresión de alegría perversa e irónica.

—¡Vaya, vaya! ¿Usted aquí? ¿Conque también a usted me lo han encerrado? ¡Cuánto me alegro! Sea usted bienvenido. Hasta ahora era usted el verdugo. Ahora le toca a usted ser la víctima. ¡Muy bien! ¡Muy requetebién!

—Es una equivocación—dijo Ragin asustado por las palabras de Gromov—. Le aseguro a usted que es una equivocación. Gromov escupió otra vez, y volvió a acostarse.

—¡Maldita vida!—gruño—. Y lo peor es que no recibirá uno la menor recompensa por sus sufrimientos. No; el crimen no será castigado como en las novelas virtuosas. Nuestra única recompensa será la muerte, nos arrastrarán entonces como a las bestias que revientan en mitad de la calle, y nos arrojarán a la fosa. ¡Ay Dios mío! No es una esperanza muy risueña, realmente. ¡Si al menos pudiera uno volver del otro mundo para vengarse de los verdugos!...

Se abrió la puerta, y el judío Moisés entró en la sala. Habiendo visto al doctor, se le acercó, y, tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Dame un copeck!

## XVIII

Ragin se acercó a la ventana y se puso a mirar el campo. Ya había entrado la noche. En el horizonte se alzaba, rojo, el disco de la luna. A unos doscientos metros del hospital se veía un gran edificio blanco, rodeado de un muro de piedra. Era la prisión.

—He aquí la vida real—se dijo Ragin.

Y se sintió presa de un terror indecible. Todo le inspiraba terror: el hospital, la cárcel, el muro, los fulgores lejanos de altos hornos que se descubrían en el horizonte.

Alguien, detrás de él, suspiró en este instante. Volvió la cabeza: era uno de los enfermos. Llevaba sobre el pecho condecoraciones y estrellas de hojalata; sonreía y las contemplaba con orgullo. El doctor retrocedió asustado. Para tranquilizarse un poco, procuraba convencerse de que todo aquello carecía de importancia; que él, y todos los vecinos de la ciudad, pronto habían de desaparecer del haz de la tierra, lo mismo que el hospital y la cárcel, sin dejar rastro; que hay que acostumbrarse a considerar esta pobre realidad con criterio de filósofo, poniendo la mente más allá de todas las miserias humanas. Pero, mientras esto reflexionaba, una sorda desesperación le iba invadiendo. Asió con ambas manos las rejas de la ventana, y trató de sacudirlas con toda su fuerza. La reja era sólida; no cedió.

Quiso dominar su terror sentándose en la cama de Gromov.

—Amigo mío—dijo a media voz—, siento que me abandonan las fuerzas. Y se enjugó el sudor frío de las sienes.

—¿Y su famosa filosofía?—le dijo Gromov irónicamente.

—Sí; tal vez tenga usted razón. Pero hace usted mal en burlarse de mí; soy digno de lástima. La realidad es muy cruel. Nosotros, la gente ilustrada, somos siempre algo filósofos; pero, al primer choque de la realidad, perdemos toda nuestra altivez filosófica. No tenemos fuerza para resistir; capitulamos muy pronto.

Hubo una pausa de unos minutos. Ragin tuvo sed; a esa hora solía beber siempre cerveza. También tenía ganas de fumar.  
—Voy a pedirles que nos traigan luz... Ya no puedo aguantar. Esta oscuridad me agobia.

Se levantó y fué hacia la puerta. Al abrirla, tropezó con Nikita, que, cerrándole el camino, le dijo con aspereza:

—¿Adónde va usted? Está prohibido salir. Es hora de acostarse.

—Sólo quiero salir unos minutos a pasear en el patio—dijo tímidamente Ragin.

—No se puede, está prohibido. Bien lo sabe usted.

Y cerró la puerta ruidosamente.

—Vamos Nikita—protestó Ragin mesuradamente—. ¿Qué mal hay en que yo salga un instante? Déjame, te lo ruego; necesito salir un poco.

—¡Prudencia, prudencia; no turbar el orden establecido!—respondió Nikita con tono doctoral.

—¡Es intolerable!—dijo a esto Gromov, saltando de su cama—. ¿Qué derecho le asiste para tenernos aquí encerrados? La ley dice que nadie puede ser privado de su libertad sin ser condenado en juicio! ¡Esto es una violencia, es una injusticia insoportable! ¡Abajo los verdugos!

—¡Verdaderamente, es una injusticia!—dijo a su vez Ragin, alentado por la intervención de Gromov—. Necesito salir; no tienes, derecho a impedírmelo. ¡Te digo que me dejes salir!

—¡Entiendes, bestia estúpida!—gritó Gromov sobreexcitado, y dando en la puerta con los puños—. ¡O abres ahora mismo, o derribo la puerta!

—¡Abre!—gritó Ragin estremecido de cólera—. ¡Lo exijo!

—¡A callar!—respondió Nikita desde el otro lado—. ¡Calla, o verás lo que te ganas!

—Anda di al doctor Jobotov que me haga favor de venir... un instante nada más.

—Mañana vendrá sin que lo llaméis. No vale la pena de molestarlo a estas horas.

—¡Dios mío, Dios mío!—gimió Gromov lleno de angustia—.

¡Nunca nos soltarán estos infames verdugos, nunca más! Aquí nos moriremos. ¿Y si realmente no hay vida futura, si no hay infierno, si

no hay Dios que pueda castigar sus crímenes? ¿Quedarán impunes nuestros verdugos? ¡No; no puedo más! ¡El corazón se me revienta! ¡Abre, canalla! ¡Abre, te digo!

Y empujó la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Abre, cobarde, asesino!

Entonces, Nikita abrió la puerta de golpe, dio un empujón al doctor, y luego le asestó un puñetazo en la cara.

Ragin sintió que una honda salada subía hasta su cabeza; sintió la boca llena de sangre. Nikita redobló todavía los golpes sobre la espalda del doctor. Gromov gritaba de rabia y de dolor; tal vez Nikita le estaba pegando también.

Después se restableció el silencio.

El reflejo pálido de la luna, a través de la ventana enrejada, proyectaba dibujos fantásticos sobre el suelo. Ragin estaba aterrorizado. Había metido la cabeza en la almohada y no se movía; no osaba mirar en torno suyo como si temiera nuevos golpes. Sentía como si le rascaran las entrañas con un cuchillo. Para contener su dolor y no gritar, mordía furiosamente la almohada.

De pronto, entre el caos de sus confusos pensamientos, una idea terrible, insoportable, ardió en su cerebro lúgubrememente; el mismo dolor, la misma rabia de que él se sentía poseído, dominaba también a todos aquellos desdichados, y los había torturado durante años y más años... ¡Y él, a cuyos cuidados habían estado todos confiados, no había hecho nada, absolutamente nada, por aliviar sus tormentos. ¡Allí había estado veinte años sin preocuparse, sin interesarse siquiera por los horrores de aquellas vidas!

Y su conciencia, brutal e implacable como Nikita, le atormentaba. Se levantó otra vez. Quería correr, gritar de rabia, matar a Nikita, a Jobotov, a todo el personal, y después matarse él mismo. Pero su lengua paralizada, sus piernas, no le obedecían. Sofocado, desgarró su bata y su camisa, y, al cabo, perdió el conocimiento y cayó en la cama.

# XIX

A la mañana siguiente despertó con una tremenda jaqueca. Sentía todo el cuerpo quebrado; estaba sumergido en un marasmo absoluto.

No quiso comer ni beber; se quedó acostado sin moverse ni articular una palabra.

A mediodía, Mijail Averianich vino a verlo; le traía té y mermelada.

También vino su cocinera Daría. Se estuvo de pie junto a la cama por espacio de una hora, con una expresión aguda de compasión y de dolor.

Después vino el doctor Jobotov: le traía bromuro. Ordenó a Nikita que barriera un poco la sala.

Por la noche el doctor Ragin tuvo un ataque de apoplejía y falleció.

Al principio sintió náuseas. Sintió como si algo repugnante se apoderara de su cuerpo, invadiéndolo de pies a cabeza; era como una ola de agua sucia que le inundara hasta los ojos y las orejas. Comprendió entonces que el fin se aproximaba, y recordó que Gromov, Mijail Averianich y con ellos millones de hombres, creían en la inmortalidad. ¿Si de veras fuera el hombre inmortal?... Después vió desfilar ante sus asombrados ojos un tropel de ciervos, bellos y elegantísimos. Después, una mujer le dio una carta. Mijail Averianich, inclinándose sobre él, le dijo alguna cosa... Después, todo se desvaneció. Y el doctor Ragin exhaló el último suspiro.

Los criados lo cogieron por las piernas y los brazos y lo transportaron a la sala mortuoria.

Allí estuvo el cuerpo expuesto sobre la mesa, toda la noche, con los ojos abiertos al fulgor de la luna.

A la mañana siguiente entró el enfermero, oró piadosamente y cerró los ojos de su antiguo jefe.

Al otro día enterraron al doctor Ragin. Fuera de Mijail Averianich y de Daría, nadie más lo acompañó al cementerio.

FIN

# GUSEV

## I

Las tinieblas se hacen mas espesas. Llega la noche.

Gusev, un soldado con la licencia absoluta, se incorpora en su litera y dice a media voz:

—Escucha, Pavel Ivanich; me ha contado un soldado que su barco se estrelló en aguas de la China, contra un pez tan grande como una montaña. ¿Es posible? Pavel Ivanich no contesta, como si no le hubiera oído.

El silencio reina de nuevo. El viento se pasea por entre los mástiles. La máquina las olas y las hamacas producen un ruido monótono; pero, habituado a él el oído desde hace mucho tiempo, casi no lo percibe, y diríase que todo, en torno, está, sumido en un sueño profundo.

El tedio gravita sobre los viajeros de la cámara hospital. Dos soldados y un marinero tornan enfermos de la guerra; se han pasado el día jugando a las cartas; pero, cansados de jugar, se han acostado, y duermen.

El mar parece algo picado. La litera en que está acostado Gusev, ora sube, ora baja, con lentitud, como un pecho anhelante. Algo ha sonado al caer al suelo, acaso una taza metálica.

— El viento ha roto sus cadenas y se pasea por el mar a su gusto  
— dice Gusev, el oído atento.

Ahora Pavel Ivanich no se calla, sino que tose y dice con voz irritada:

— ¡Dios mío, que bestia eres! Cuando no se te ocurre contar que un barco se estrelló contra un pez, dices que el viento ha roto sus cadenas, como si fuera un ser viviente...

— No lo digo yo, lo aseguran los buenos cristianos.

— Son tan ignorantes como tú. Hay que tener la cabeza sobre los hombros y no creer todas las tonterías que se cuentan. Hay que reflexionar y no acogerlo todo sin crítica, a ciegas.

Pavel Ivanich se marea. Cuando el mar no está tranquilo, está él de mal humor y se enfada por cualquier cosa. Gusev no comprende por qué se enfada tanto. No tiene nada de extraño que un barco se estrelle contra un pez, habiendo peces grandes como una montaña y con el lomo duro como el hierro; también es muy natural que el viento rompa sus cadenas. Hace mucho tiempo le dijeron a Gusev que en el extremo del mundo hay unas espesas murallas de piedra, a las que están atados los vientos, los cuales, a veces, rompen sus cadenas y se lanzan a través del mar, como perros rabiosos. Por otra parte, si los vientos no están sujetos con cadenas, ¿dónde se ocultan cuando el mar está en calma?

Gusev piensa durante largo rato en los peces como montañas, en las gruesas cadenas cubiertas de herrumbre. Después empieza a fastidiarse y se pone a pensar en su aldea, adonde ahora regresa después de cinco años de servicio en el Extremo Oriente. Su imaginación evoca un vasto estanque, cubierto de hielo y de nieve. A una de sus orillas hay un horno de vidrio, construido con ladrillos, y por cuya alta chimenea salen negras nubes de humo; a la orilla opuesta se desparraman las casas de la aldea.

Gusev se imagina estar viendo su casa. Su hermano Alexey, que se ha quedado al frente de ella en su ausencia, sale del patio en un trineo; le acompañan sus dos muchachuelos, Vania y Akulka, uno y otra con gruesas botas. Alexey está un poco borracho, Vania ríe, Akulka lleva un chal que casi le tapa la cara.

— ¡Pobres criaturas, qué frío deben de tener!—piensa Gusev—. ¡Virgen Santa, protégelos!

El marinero enfermo, junto a Gusev, tiene un sueño muy agitado y sueña en alta voz.

— ¡Hay que ponerles medias suelas a las botas!—exclama!—Si no, habrá que tirarlas.

La aldea natal se eclipsa en la imaginación de Gusev, sus pensamientos se embrollan. Ve de pronto una gran cabeza de buey sin ojos, trineos, caballos envueltos en un vaho espeso. Pero recuerda vagamente haber visto su casa, haber visto a los suyos, y siente una enorme alegría que estremece todo su ser.

— ¡Los he visto! ¡Los he visto!—murmura soñando, con los ojos cerrados.

Luego se incorpora bruscamente, abre los ojos y busca agua. Después de beber, torna a acostarse, y los sueños vuelven a empezar.

Así hasta el amanecer.

## II

Las tinieblas se van dispersando y la cámara se ilumina. Al principio se ve el pequeño disco azul de la ventana circular; luego, Gusev empieza a distinguir a su vecino Pavel Ivanich, el cual duerme sentado (pues tendido se ahoga). Y tiene el rostro gris, la nariz larga y afilada, una exigua perilla y los cabellos largos. Sus ojos parecen enormes en su faz terriblemente enjuta. No es fácil precisar si es un intelectual, un comerciante, o, tal vez, un clérigo. A juzgar por su rostro y sus largos cabellos, se diría que es un frailecito de cualquier convento; pero, oyéndole hablar, se ve que no es fraile. Está gravemente enfermo, no hace más que toser, respira con dificultad y se halla tan débil, que habla con gran trabajo.

Gusev le mira largamente. Habiéndolo notado, Pavel Ivanich se vuelve hacia él y dice:

—Ahora lo comprendo... ¡Si, lo comprendo muybien!

— ¿Qué comprende usted, Pavel Ivanich?

— Hasta ahora me parecía incomprensible que todos vosotros, a pesar de vuestro grave estado, estuvierais en este barco, en condiciones higiénicas terribles, respirando una atmósfera impura, expuestos al mareo, amenazados a cada instante por la muerte. Ahora ya no me extraña. Es una mala partida que os han jugado los médicos. Os han metido en este barco para desembarazarse de vosotros. Estaban de vosotros hasta la coronilla. Además, no sois para ellos enfermos interesantes, puesto que no les pagáis. Y no querían que murieseis en el hospital, pues eso siempre causa mala impresión. Para desembarazarse de vosotros necesitaban, por de pronto, no tener escrúpulos, y, después, engañar a la administración del barco. Y lo han conseguido; entre cuatrocientos soldados sanos se puede muy bien hacer pasar inadvertidos a cinco soldados enfermos. Una vez a bordo, se os ha mezclado con los sanos, sin notar lo enfermos que estáis, y ya el barco, en marcha, se ha caído en la cuenta, como era natural, de que sois todos parálíticos y tísicos en último grado; pero ya demasiado tarde.

Gusev no comprende el sentido de las palabras de Pavel Ivanich. Creyéndole enojado con él, le dice para justificarse:

— Yo no tengo la culpa; me he dejado embarcar alegrándome mucho de irme a mi casa.

- ¡Es escandaloso!—continúa Pavel Ivanich. Demasiado sabían que no soportaríais el viaje, y no les ha dado vergüenza embarcaros. Supongamos que soportáis el viaje hasta el Océano Indico; pero, ¿y después?... ¡Y pensar que habéis hecho cinco años de servicio! ¡De este modo se os recompensa!

Pavel Ivanich, con rostro airado y ahogada voz, dice:

— Debía contarse esta marranada en los periódicos. Sería una buena lección para esos canallas.

Los dos soldados y el marinero enfermos se han despertado y se han puesto a jugar a las cartas. El marinero sigue en la cama, los soldados están sentados junto a él en el suelo, en posturas incómodas. Uno de ellos tiene la mano y el brazo derechos vendados, y se vale de la flexión del codo para sujetar los naipes.

El barco es sacudido impetuosamente por las olas, lo cual impide levantarse a tomar el té.

— ¿Has sido ordenanza durante tu servicio militar?—pregunta Pavel Ivanich a Gusev.

— Sí.

— ¡Dios mío!—se lamenta Pavel Ivanich—. Arrancan a un hombre de su casa, le transportan a quince mil kilómetros, le privan de las fuerzas y de la salud. ¡Y todo para servir de criado a cualquier oficial! ¡Qué cochinería!

— Yo, Pavel Ivanich, no puedo quejarme. No tenía mucho trabajo: por la mañana limpiaba las botas, hacía el té, barría el cuarto, y se acabó. No tenía ya nada que hacer. Mi oficial estaba todo el día ocupado en dibujar planos, y yo disponía de mi tiempo: podía leer, pasearme, charlar con los amigos. No, decididamente, no puedo quejarme.

— ¡Es natural! Tu oficial dibujaba planos y tú te fastidiabas a quince mil kilómetros de tu aldea, desperdiciando tus mejores años de la manera más estúpida. Desperdiciabas tu vida, ¿comprendes?

Y el hombre sólo tiene una vida. La vida no se repite.

— ¡Es verdad, Pavel Ivanich!— dice, Gusev, que no comprende sino de una manera muy vaga el razonamiento de su vecino—. Pero si uno cumple su deber a conciencia, como hacía yo, no tiene nada que temer. Los jefes son gentes instruídas y están al tanto de las cosas. A mí nunca me han castigado. Y no me han pegado casi nunca. Que yo recuerde, una vez nada más. Mi oficial me dio una porción de puñetazos.

— ¿Por qué?

— Porque yo les pegué a unos chinos. Soy muy reñidor, Pavel Ivanich. Un día cuatro chinos entraron en el patio de casa. Creo que venían a buscar trabajo. Pues bien, para pasar el rato, me puse a pegarles. A uno de ellos le abofoteé hasta hacerle sangre... Ni yo mismo sé por qué lo hice. Mi oficial, que lo vio por una ventana, me dio una buena lección.

— ¡Dios mío, qué estúpido eres! ¡Me das lástima!—dice con voz débil Pavel Ivanich! —¡Nada comprendes!

Con el ímpetu del oleaje, ha ido aumentando la debilidad de Pavel Ivanich. Su cabeza, inerte, tan pronto se inclina hacia atrás, como

cae sobre su pecho. Tose cada vez con más fuerza.

Tras una corta pausa, pregunta:

— ¿Y qué te habían hecho los chinos? ¿Por qué les pegaste?

—No sé... Estaba muy aburrido.

El silencio reina de nuevo. Los dos soldados y el marinero juegan durante dos horas a las cartas, jurando e insultándose; pero, al fin, fatigados, tiran los naipes y se acuestan. Gusev cierra los ojos, y, evocados por su imaginación, ve otra vez su aldea y el trineo, con su hermano y sus hijos. La niña, orgullosa de sus botas nuevas, saca los pies fuera del trineo, para que las vea todo el mundo.

— ¡Qué tonta es!—piensa Gusev—. Y, sin embargo, tiene ya seis años. Más valía que me diera agua...

Luego ve a su amigo Andron en el camino cubierto de nieve. Lleva un fusil al hombro y una liebre muerta en la mano. Luego ve a Domna, su mujer, que está remendando una camisa y llorando desconsolada.

Se duerme, pero un ruido que viene de arriba, del puente, le despierta. ¿Qué ocurre? Una desgracia, acaso. Gusev aguza el oído, pero el ruido cesa. Muy cerca de él, los dos soldados y el marinero juegan de nuevo a las cartas. Pavel Ivanich sigue sentado, y sus labios se mueven, como si quisiera decir algo; pero no puede hablar.

Hace calor. Falta aire en la cámara baja y estrecha. Gusev tiene sed, pero el agua tibia le da asco. Las sacudidas del barco son cada vez más fuertes.

De pronto, uno de los soldados deja caer sus cartas y mira a los otros jugadores con una mirada estúpida.

—¡Un instante, amigos míos!— dice—. Esperad... yo...yo...

Y se tiende en el suelo.

Le miran, se miran: ¿Qué le pasa? Le llaman y no contesta.

—Vamos, Stepane, ¿qué tienes? ¿Te sientes mal?—le pregunta con ansiedad el soldado del brazo herido—. ¿Quieres que llamemos al cura?

—Toma un poco de agua. Te sentará bien— dice el marinero, acercándole una taza a los labios.

—Déjale— grita Gusev—. ¿Aun no te has enterado, imbécil?

—¿De qué?

—¿De qué? De que ya no respira. Se acabó. Está muerto. ¡Dios mío, que gente más bestia!



El mar está tranquilo; y Pavel Ivanich, de buen humor. No se enfada ya por cualquier cosa, la expresión de su rostro es alegre, irónica, burlona, y parece querer decir: «Escuchad, voy a contaros una cosa muy divertida, vais a desternillaros de risa.»

La ventanita circular está abierta, y la brisa suave acaricia la faz de Pavel Ivanich. Se oyen voces, ruido de remos. Bajo la ventanita alguien vocea aguda, desagradablemente, tal vez un chino que se ha aproximado en un bote.

— El barco ha hecho escala en algún puerto—dice Pavel Ivanich, sonriendo—. Un mes más y estaremos en Rusia. Sí, queridos señores, como ustedes la oyen. Yo me iré a Jarkov, directamente, desde Odessa. Allí tengo un amigo, un periodista. Iré a su casa y le diré: «Deja tus temas escabrosos relacionados con el sexo débil y el amor, deja de cantar las bellezas de la naturaleza; yo te daré un tema más interesante. ¡Zahiere sin piedad a la indecente bestia humana!»

Se queda sumido unos instantes en sus reflexiones, y dice:

—¿Sabes, Gusev, cómo se la he pegado?

—¿A quién?

—A los señores de la administración del barco. Mira, aquí no hay más que primera y tercera clase. En tercera sólo se admite a los mujiks. Si vas de americana y tienes alguna semejanza, aunque sea muy remota, con un señor o con un burgués, estás obligado a viajar en primera. ¡Y eso cuesta quinientos rublos, muchacho! La

administración, ya ves, no puede permitir que un hombre que no es un mujik, viaje en compañía de los mujiks, fundándose en que se viaja muy mal. Pero, ¿y si yo no puedo pagar los quinientos rublos para tener el gusto de viajar en primera, entre los señores? Yo no he hecho negocios sucios, no he robado al Estado, no me he dedicado al contrabando, ¿cómo quieren ustedes que sea rico? Pero, naturalmente, a esos señores no les importa eso. Cuesta lo que cueste, hay que pagar un billete de primera. Y yo me he valido de una estratagema; me he vestido de mujik, y, haciéndome el zafio y el borracho, me he presentado en la administración. «Excelencia— he dicho—hágame el favor de un billete de tercera, y que Dios le bendiga.»

—¿Y de qué familia es usted?—pregunta Gusev.

—Mi padre era un valiente pope. Decía siempre la verdad a los poderosos de la tierra, y, con ese motivo, padeció mucho. Yo también digo siempre la verdad...

Está fatigado y respira con dificultad, pero continúa:

—Sí, digo siempre la verdad, por desagradable que sea. No temo a nadie ni a nada. En esto, vosotros y yo nos diferenciamos enormemente. Vosotros estáis ciegos, no veis nada, y aunque lo veáis, no lo comprendéis. Creéis que el viento está sujeto con cadenas, y otras tonterías semejantes. Os aseguran que sois canallas a quienes se les debe pegar, y lo creéis también. Besáis la mano que os hiere. Se os priva de todo, se os roba, y, no sólo no protestáis, sino que lo permitís y saludáis humildemente a los ladrones, con tal que vayan bien vestidos y parezcan señores... ¡Sí, sois parias, gente digna, de comsión! ¡Yo no soy así! Lo comprendo todo, lo veo todo, como un halcón o un águila, que se eleva a una gran altura y ve desde allí toda la tierra. Soy la protesta personificada. Veo una injusticia y protesto; veo un canalla o un hipócrita, y protesto, y soy invencible. Ninguna inquisición española puede imponerme silencio. Si me cortaran la lengua, protestaría con un gesto; si me encerraran en un calabozo, gritaría tanto que me oirían fuera, o me suicidaría por hambre y añadiría un nuevo crimen a los innumerables de los verdugos. Si, amigo mió, soy así. Todos mis amigos me dicen: «¡Eres un hombre insoportable, Pavel Ivanich!» Y yo estoy orgulloso de esta reputación. Sólo he sido tres

años empleado del Estado en el Extremo Oriente, y se acordarán allí de mí durante un siglo: todo el mundo me aborrece. Los amigos me escriben que no me conviene volver a Jarkov, pues conocen mi carácter belicoso. Pero, no obstante, vuelvo; ¡tanto peor si no les gusta!... ¿Comprendes ahora? Mi vida es la lucha constante. ¡Y esto se llama vivir!

Gusev casi no escucha y mira por la ventanita circular. Sobre el agua límpida, de color de turquesa, se balancea un bote inundado de sol cálido y deslumbrante. En él, de pie y desnudos, unos chinos enseñan jaulas con canarios y gritan:

— ¡Canta, canta!

Una lancha de vapor surca no lejos del buque el agua tranquila. Luego aparece otra lanchita donde un chino gordo come arroz, sirviéndose de unos palillos. El agua parece indolente y dormida. Las gaviotas vuelan sobre ella.

Gusev mira al chino gordo, y piensa:  
«Sería muy divertido darle unos sopapos a ese animal de cara amarilla.»

Luego se duerme. Se le antoja que el sueño lo invade todo en torno suyo.

Las horas transcurren, el tiempo se desliza rápido. El día pasa de un modo casi inadvertido, y, poca apoco, las tinieblas descienden sobre el mar.

El barco reanuda su marcha.

## IV

Pasan dos días más. Pavel Ivanich, en vez de estar sentado,

permanece tendido siempre. Tiene cerrados los ojos, y más afilada, aún, la nariz.

—Pavel Ivanich— le llama Gusev.

El otro abre los ojos y mueve ligeramente los labios.

—¿No está usted bien?—pregunta Gusev.

—Esto no es nada—responde Pavel Ivanich, con voz débil—. Al contrario, me siento mejor... Hasta puedo estar acostado.

—No sabe usted lo que me alegro.

— Sí. Estoy en mejor situación que vosotros. Porque, mira, mis pulmones están muy fuertes... No importa que tosa, proviene del estómago. Puedo soportar el infierno, no ya el Mar Rojo... Además, sé analizar cuanto pasa en mí y darme cuenta exacta de ello, mientras que vosotros no comprendéis nada... Os compadezco de todo corazón.

Las olas no sacuden ya el barco, pero el aire es pesado y cálido como en un baño de vapor. Es difícil no sólo hablar, sino hasta escuchar. Gusev se abraza a sus rodillas y pone en su aldea el pensamiento. Es un placer enorme, con tanto calor, pensar en la nieve de que está cubierta su aldea en esta época del año. Sueña que va en trineo a través de los campos. Los caballos, espantados, no sabe por qué, galopan vertiginosamente, como locos, y atraviesan las hondonadas, el estanque. Los campesinos se esfuerzan en detenerlos; pero Gusev está muy alegre; recibe con gozo en el rostro, en las manos, la caricia glacial del viento, y la nieve le regocija al caer sobre su cabeza y su pecho y al rozar su cuello.

No se siente menos a gusto cuando el trineo vuelca y cae en la nieve. Se levanta satisfechísimo,, cubierto de nieve desde la cabeza a los pies, y se sacude riendo. Los campesinos ríen también a su alrededor, y los perros, inquietos, ladran. ¡Verdaderamente delicioso!

Pavel Ivanich entreabre un ojo, mira a Gusev y pregunta:

—Tu oficial, ¿era ladrón?

—No sé, Pavel Ivanich. Esas cosas no nos incumben.

Reina un largo silencio. Gusev está sumido en sus sueños, y a cada instante bebe agua. Le es difícil hablar y escuchar, y teme que cualquiera le dirija la palabra.

Una hora, dos horas transcurren. A la tarde sucede la noche; pero él no se da cuenta: permanece siempre sentado, la cabeza sobre las rodillas, y piensa en su aldea, en el frío, en la nieve.

Oyense pasos, voces. Al cabo de cinco minutos, el silencio reina de nuevo.

—¡Que la tierra le sea leve!—dice el soldado del brazo herido—. Era un hombre inquietante.

—¿Quién?—pregunta Gusev, que no comprende nada—. ¿De quién hablas?

—¡Toma, de Pavel Ivanich! Acaba de morir. Se lo llevan arriba.

—¡Todo se acabó, entonces!—balbucea Gusev—. ¡Que Dios le perdone!

—¿Qué te parece?—pregunta el soldado del brazo herido—. ¿Le admitirán en el paraíso?

—¿A quién?

—A Pavel Ivanich.

—Creo que sí; ha sufrido mucho. Además, era del clero... Su padre era sacerdote y rogará a Dios por su hijo.

El soldado se sienta en la cama de Gusev, y dice en voz baja:

—Tú tampoco, Gusev, has de vivir mucho. No volverás a ver tu tierra.

—¿Lo ha dicho el doctor, el enfermero?

—No, pero se ve. Se conoce muy bien cuando un hombre está para morir. Tú no comes, enflaqueces por momentos... das miedo. En fin, es la tisis. No lo digo para asustarte, sino por tu propio interés. ¿Querrás, quizá, recibir los Sacramentos? Además, si tienes dinero, habrás de confiárselo al primer oficial del barco...

—No he escrito a casa—suspira Gusev—. Me moriré, y ni siquiera lo sabrán.

—¿No han de saberlo? Cuando te mueras, avisarán a Odesa, a las autoridades militares, que a su vez escribirán a tu aldea.

Gusev está turbado por este diálogo. Deseos vagos, le atormentan. Bebe agua, mira por la ventanilla circular; pero nada de eso le calma. Ni aun los recuerdos de su aldea logran ya tranquilizarle. Le parece que si sigue un minuto más en la cámara se, ahogará.

—Sufro mucho, hermanos míos—dice—. No puedo estar aquí más tiempo... Quiero subir arriba... ¿Queréis ayudarme?

—Bueno—le contesta el soldado del brazo herido—. Voy a llevarte, puesto que no podrás andar solo. Cógete a mi cuello...

Gusev obedece. El soldado le sostiene con su mano sana, y sube con su carga viviente la escalerilla.

Arriba, el puente está lleno de soldados y marineros acostados. Son tan numerosos, que es difícil abrirse paso.

—¡Ponte en el suelo!—dice en voz baja el soldado—. Yo te sostendré.

No se ve bien. No hay luz alguna sobre el puente, ni sobre los mástiles, ni en la superficie del mar. Un centinela, de pie, en el extremo del barco, está tan inmóvil, que se le creería dormido. Diríase que el barco se halla abandonado a su propia voluntad y que nadie le marca el rumbo.

—Ahora tirarán al mar a Pavel Ivanich—murmura el soldado—. Le meterán en un saco y le lanzarán a las olas.

—Si—responde Gusev con suavidad—. Es el reglamento.

—Es mejor morir en tierra... La madre, de vez en cuando, viene a llorar sobre la tumba; mientras que aquí...

—Sí; yo también preferiría morir en mi casa, en la aldea...

Huele a forraje y a estiércol; en una especie de corraliza hay hasta ocho bueyes. Un poco más lejos hay un caballito. Gusev tiende la mano para acariciarlo, y el caballo sacude furiosamente la cabeza y le enseña los dientes, con la manifiesta intención de clavárselos en el brazo.

—¡Mala bestia!—protesta Gusev. El soldado y él se detienen junto a la balaustrada y miran en silencio, ora al mar, ora al cielo. Bajo la bóveda celeste, toda en calma y muda, reinan la inquietud y las tinieblas. Las olas se entrechocan ruidosas. Cada una trata de elevarse más arriba que las demás, y se atropellan, se empujan, furiosas y deformes, coronadas de blanca espuma.

El mar es despiadado. Si el barco no fuera tan grande y tan sólido, las olas le destrozarían sin misericordia, tragándose cruelmente a cuantos van en él, sin distinguir a los buenos de los malos. El barco mismo parece no menos cruel, no menos insensible. Semejante a una enorme bestia, corta con la quilla millones de olas;

no teme ni a la noche, ni al viento, ni al espacio infinito, ni a la soledad; si la superficie del mar se hallase poblada de hombres, los partiría de igual modo, sin distinguir tampoco a los buenos de los malos.

—¿Dónde estamos ahora?—pregunta Gusev.

—No sé. Me parece que en el Océano.

—No se ve tierra.

—¡Ya lo creo! ¡Antes de ocho días no se verá!

Ambos siguen mirando la espuma blanca y fosforescente. Durante unos instantes miran en silencio. Cada uno está sumido en sus pensamientos. Gusev es el primero que habla.

—Yo no le tengo miedo al mar—dice—. Naturalmente, por la noche no se ve bien; pues, así y todo, si ahora me dijese que me fuera en un bote a pescar con red, a cien kilómetros de aquí, me iría. O si, por ejemplo, hubiera que salvar a alguno que se hubiera caído al agua, yo me tiraría sin vacilar. Claro es que tratándose de un buen cristiano; por un alemán o por un chino, yo no arriesgaría la vida.

—¿Le tienes miedo a la muerte?

—Sí. Sobre todo cuando pienso en mi casa. Sin mi, todo se lo llevará el diablo. Mi hermano es una calamidad, un borracho que le pega a su mujer y no les tiene respeto a sus padres. Sí; sin mí todo irá mal. Mi familia se verá, tal vez, obligada a pedir limosna para no perecer de hambre.

Calla un instante, y dice:

—Vamos abajo; no puedo ya tenerme en pie. Además, el aire es muy pesado... Es hora de acostarse.

## V

Gusev baja a la cámara-hospital y se acuesta. Como antes, vagos deseos que no puede explicar le inquietan. Siente un gran peso sobre el pecho y le duele la cabeza; su boca está seca de tal modo, que le cuesta trabajo mover la lengua. Se queda abstraído y no tarda, agotado por el calor y la densa atmósfera, en dormirse. Los sueños más fantásticos vuelven a empezar.

Duerme así dos días seguidos. Hacia la mitad del tercero, dos marineros bajan y cargan con él.

Le meten en un saco, en el que introducen también, para aumentar el peso, dos grandes pedazos de hierro. Metido en el saco, se asemeja un poco, ancho por la parte de la cabeza y estrecho por la de las piernas, a una zanahoria.

Antes de ponerse el sol le colocan así en el puente, tendido sobre una plancha apoyada por un extremo en la balaustrada y por el otro en un alto cajón de madera. En torno se reúnen los soldados y los marineros, todos descubiertos.

—Bendito sea Dios Todopoderoso por los siglos de los siglos— pronuncia con tono solemne el sacerdote.

—¡Amén!—responden algunos marineros. Todos se persignan y miran a las olas. Es un espectáculo extraño el de un hombre metido en un saco y a punto de ser lanzado al mar. ¡Y, sin embargo, todos están expuestos a esa suerte!

El sacerdote echa un poco de tierra sobre Gusev y hace una reverencia. Después se cantan las preces.

Uno de los marineros levanta un extremo de la plancha. Gusev se desliza, cabeza abajo, da una vuelta en el aire y cae al agua. Al principio se cubre de espuma y parece envuelto en encajes; luego desaparece.

Desciende hacia el fondo del mar. ¿Llegará? Según los marineros, la profundidad del mar en estos parajes es de cuatro kilómetros.

A los veinte metros comienza a descender con más lentitud. Su cuerpo vacila, como si no se decidiese a continuar el viaje. Al fin, arrastrado por la corriente, se encamina más bien hacia adelante que hacia lo hondo.

No tarda en tropezar con todo un rebaño de pececillos que se llaman pilotos. Cuando perciben el gran saco se detienen al punto,

asombrados, y, como obedeciendo a una orden, se vuelven todos a la vez y se alejan. Pero por poco tiempo; al cabo de algunos instantes reaparecen, caen, veloces como flechas, sobre Gusev y se agitan en torno suyo.

Minutos después se aproxima una enorme masa oscura. Es un tiburón. Lentamente, con flema, como si no se hubiera enterado de la presencia de Gusev, se coloca debajo del saco de manera que Gusev queda sobre su lomo. Da varias vueltas en el agua con un placer visible, y, sin apresurarse, abre la enorme boca, armada de dos filas de dientes. Los pilotos están encantados. Se mantienen un poco a distancia y contemplan con mirada atenta el espectáculo.

Habiéndose divertido un rato con el cuerpo de Gusev, el tiburón clava los dientes con suavidad en la tela del saco, que se desgarran en seguida de arriba abajo. Un pedazo de hierro cae sobre el lomo del tiburón, asusta a los pilotos y desciende rápido.

Mientras ocurre todo esto, en lo alto, en el cielo, allá donde se esconde el sol, se acumulan las nubes. Una de ellas parece un arco de triunfo; otra, un león; otra, unas tijeras. De detrás de las nubes parte, y llega a la mitad del cielo, un amplio rayo verde; a poco, junto a él, surge un rayo violeta, y después uno de oro, uno rosa. El cielo se torna de un color de lila muy pálido. Ante este cielo espléndido, el Océano se oscurece al principio; pero no tarda en teñirse, a su vez, de colores suaves, alegres, vivos y tan bellos, que no hay nombres para designarlos en nuestra pobre lengua humana.

---

# LA CIRUGÍA

Habiéndose marchado el doctor, recibe, en su lugar, a los enfermos del hospital el enfermero. Se llama Kuriatin. Es un buen hombre, gordo, de unos cuarenta años, con una americana blanca muy usada. Está muy penetrado de la gravedad de su misión y de su responsabilidad. Fuma un cigarro que despide un olor detestable.

La puerta se abre y entra el chantre Vonmiglasov, un viejo muy robusto, de elevada estatura, vestido con una sotana. Su ojo derecho está medio cerrado.

Busca un icono en el rincón, y no hallándole, se persigna con los ojos puestos en una gran botella de ácido fénico. Luego se saca del bolsillo un pequeño pan bendito; y, saludando al enfermero, se lo pone delante.

—¡Ah! ¡Buenos días!— dice el enfermero bostezando—. ¿En qué puedo servir a usted?

—Vengo a pedirle auxilio, Sergio Kusmich, que Dios le bendiga. Estoy padeciendo como el mismo Job no padecería.

—¿Qué le sucede a usted?

—¡Las muelas! Es para volverse loco, Dios me perdone. Imagínese usted que me siento a la mesa, en compañía de mi vieja, a tomar una taza de té, ¡y no puedo! ¡Ni una sola gota! Un dolor infernal; he estado a punto de caerme de la silla.

—¿Una muela nada más?

—Sí, pero... aparte de esa muela, me duele todo este lado de la cara... Hasta la oreja me duele, como si tuviera dentro un clavo o cualquier otro objeto. ¡Es para morirse! El Señor me castiga por mis

innumerables pecados. Ni siquiera puedo cantar durante la misa. No he pegado los ojos en toda la noche.

—Si, es desagradable— dice el enfermero—. Vamos en seguida a ver qué tiene usted. ¡Siéntese! ¡Abra la boca!

Vonmiglasov se sienta y abre la boca cuanto puede.

El enfermero pone una cara severa, se inclina sobre el enfermo y le mira la boca. Entre las muelas amarillas advierte una con una ancha carie.

—El párroco me ha aconsejado que me ponga en la muela enferma una gota de «vodka»; pero no me ha dado resultado. Mi tía, Dios la bendiga, me ha regalado un hilo que trajo de los Santos Lugares, y me ha dicho que me enjuague con leche caliente, y tampoco eso me ha servido de nada.

Hay una larga pausa.

—¡Es necesario sacarla!—dice, por fin, el enfermero.

—Usted lo sabrá mejor que yo. Para eso ha hecho sus estudios. Usted entiende de eso, puesto que es su oficio, mientras que nosotros sólo podemos rogar por usted y admirar su ciencia.

—No tiene importancia— responde el enfermero afectando modestia—. Se hace lo que se puede.

Se dirige al armario y busca entre los instrumentos quirúrgicos.

—La cirugía... no es gran cosa— prosigue—. Naturalmente, es necesario entenderla. Y, sobre todo, hay que tener la mano firme, la costumbre... Para mí esto no es nada. Lo hago en un abrir y cerrar de ojos. ¡Llevo sacadas tantas muelas! No hace mucho vino aquí Alejandro Ivanich Egipetsky, un gran señor. Tenía también una muela enferma. ¡Un hombre instruido, que entiende de esto, y a quien habían asistido doctores! Conoce a los profesores más insignes. Con todo, ¡tan amable!, me estrechó la mano y me habló como a un igual suyo. ¡Un verdadero señor! Ha vivido siete años en Petrogrado... Bueno; me pidió que le arrancase la muela.

«¡Arránquemela, Sergio Kusmich!»—me dijo—. ¿Por qué no? Gustosísimo. Naturalmente, hay que saber lo que se tiene entre manos: hay muelas y muelas. Unas hay que arrancarlas con tenazas; otras, con llave... Eso depende...

El enfermero tarda un largo rato en decidirse. Al fin opta por las tenazas.

—Bueno; abra usted la boca todo lo que pueda. Vamos a sacársela en un abrir y cerrar de ojos. Cuestión de dos segundos. Una, dos, tres, y se acabó. Sólo hay que cortar un poco la encía, hacer una tracción vertical... así.

Hace la tracción.

—¿Ve usted? Así... Así...

—Son ustedes nuestros ángeles guardianes... El Señor les ha dado la ciencia...

—No hable usted... No se mueva. Esta muela es muy fácil de arrancar, mas ocurre a veces... sobre todo cuando sólo queda la raíz... Esto no es nada... Una, dos, tres, y se acabó...

Coge la muela con las tenazas.

—No se mueva usted... dificulta la operación... Una, dos, tres... Sobre todo, hay que coger bien la muela con las tenazas.

Comienza a tirar.

—De lo contrario, se puede romper, dejando raíces... Un instante... paciencia.

Continúa tirando.

—¡Dios mío!— grita el enfermo—. ¡Virgen santa!

—¡Pero permanezca usted tranquilo... Si me agarra la mano... Vamos, sea usted razonable. Le digo que esto no es nada... Una, dos...

Sigue tirando.

—Una, dos, tres... No crea usted que es tan sencillo.

—¡Aaaaah!—grita con voz ahogada el enfermo—. ¡Dios mío! ¡Tire usted de una vez! ¡No vamos a acabar nunca!

—Espera, imbécil! ¡No es esto tan fácil como te figuras.. La cirugía es una ciencia complicada... hay que entenderla... cállate y no te muevas... Un instante... Ahora... Una, dos, tres...

El enfermo, atormentado por el dolor, levanta las rodillas hasta la altura de los codos, pone unos ojos espantados y parece que se va a ahogar... Su rostro rojo se cubre de sudor, se le saltan las lágrimas. El enfermero, no menos rojo, continúa tirando con todas sus fuerzas.

Medio minuto terrible transcurre. De pronto, las tenazas resbalan y sueltan la muela. El enfermo da un salto y se lleva

apresuradamente la mano a la boca. Encuentra la muela enferma en el mismo sitio.

—Pero ¿si no me la has arrancado aún?— exclama furioso—. ¡Que los diablos te arranquen todas las tuyas, una a una! ¡«Una, dos, tres!»... Cuando no conoce uno su oficio...

—Tú tienes la culpa!—protesta el enfermero—. No hacías más que agarrarme la mano, empujarme con el codo y decir tonterías. ¡Imbécil!

—¡El imbécil lo serás tú!

— Eres un mujik, en toda la extensión de la palabra. ¿Te figuras que es tan sencillo arrancar una muela? ¡Eso no es subir al campanario y tocar las campanas, como haces tú! Se trata de la cirugía, una cosa delicada, de la que tú no sabes una palabra. No eres quién para darme consejos. Le he sacado una muela a Alejandro Ivanich Egipetsky, un gran señor, que ha vivido siete años en Petrogrado, sin que me diga semejantes tonterías, ni me agarre la mano... ¡Siéntate!

—¡Dios mío, lo que sufro!... Espera... un instante... Se sienta, respirando con dificultad.

—Pero date prisa, de un solo tirón. No se trata de tirar mucho, sino de tirar bien. -

¡No me fastidies con tus consejos!... Es una desgracia tener que aguantar a personas mal educadas y sin instrucción. Se vuelve uno casi salvaje. ¡Abre la boca!

Coge la muela con las tenazas.

—La cirugía, amigo, es una cosa extremadamente complicada... más complicada que recitar plegarias ante las viejas... ¡Te he dicho que no te muevas!... Es una muela enferma hace mucho tiempo... Tiene raíces muy profundas.

Tira con todas sus fuerzas.

—¡No te muevas. Una, dos, tres!... Se oye un crujido: la muela se ha roto.

—¡Diablo! ¡Lo había previsto—dice el enfermero confuso.

El enfermo se queda un instante como petrificado, aturdido, la mirada huraña, la faz pálida y sudorosa.

—Habrá que servirse de otro instrumento—balbucea el enfermero—. ¡Qué mala suerte!

El enfermo, vuelto en sí, se mete los dedos en la boca y encuentra, en lugar de la muela, dos pedazos salientes y agudos.

—¡Diablo!— exclama—. ¡Verdugo! ¡Podías aplicar a tus propias quijadas tu infernal cirugía!

—¡Cállate, imbécil!— balbucea el enfermero volviendo a guardar las tenazas en el armario—. ¡Ignorante! El señor Egipetsky, Alejandro Ivanich, un verdadero señor... que ha vivido siete años en Petrogrado... que lleva un traje de cien rublos, no se permitió decirme cosas semejantes, mientras que tú...

El enfermo le lanza una mirada furiosa, coge de la mesa el pan bendito que había llevado, escupe con cólera en el suelo, y se va.

—

# ¡SILENCIO!

Ivan Egericg Krasnujin, periodista mediocre, vuelve a casa de mal humor, grave y pensativo. Al verle, se diría que espera la visita de los gendarmes o que ha pensado suicidarse.

Es más de media noche.

Krasnujin se pasea largo rato a través de la estancia, se detiene luego y pronuncia, con tono trágico, el monólogo siguiente:

—Estoy deshecho, mi alma está fatigada, mi cerebro está lleno de ideas negras; pero, con todo, cueste lo que cueste, tengo que escribir. ¡Y esto se llama vida! Nadie ha descrito aún el estado de alma de un escritor que debe divertir al vulgo, cuando tiene ganas de llorar, o compungirle, cuando tiene ganas de reír. El público me exige que sea frívolo, ingenioso, indiferente. Pero, ¿y si no puedo serlo? Supongamos que estoy enfermo, que mi hijo se ha muerto, que mi mujer está de parto, no importa, estoy obligado a divertir al público...

Luego, se dirige al dormitorio y despierta a su mujer.

—Nadia— dice—, voy a escribir. Que nadie me moleste. Es imposible escribir cuando los niños lloran o ronca la criada. Además necesito té y un bisté o cualquier otra cosa; pero, sobre todo, té; ya sabes que sin té no puedo escribir. Es lo único que me estimula, que me entona.

De nuevo en su gabinete, se quita la americana, el chaleco y las botas con extremada lentitud. Luego con expresión de inocencia ultrajada, se sienta ante su mesa de trabajo. Cuanto hay sobre ella, hasta la más insignificante bagatela está dispuesto, con arreglo a un plan preconcebido, en el mayor orden. Se ven allí pequeños bustos

y retratos de escritores insignes, un montón de borradores, un volumen abierto, de Tolstoi, un hueso humano que sirve de cenicero, un periódico colocado de modo que se vea la inscripción que Krasnujin ha hecho en él con lápiz azul, y que consiste en dos palabras: «¡Qué vileza!»

Hay también diez lápices muy bien afilados y porta-plumas con plumas nuevas, destinadas a reemplazar las viejas, de manera que Krasnujin pueda trabajar sin la menor interrupción, lo que es muy importante cuando se está inspirado y se crea algo grande.

Krasnujin se reclina en su sillón, cierra los ojos y comienza a buscar un tema. Oye a su mujer preparar el té. Probablemente, no está todavía despierta del todo, pues a cada instante deja caer algo, a juzgar por el ruido. Luego, suena en el samovar el agua que comienza a hervir. Se oye también chirrear la carne sobre el fuego.

De pronto, Krasnujin se estremece, abre los ojos y empieza a olfatear.

—¡Pero qué olor!—gime, haciendo gestos dolorosos—. ¡Me voy a poner malo! Esta mujer insoportable quiere perderme! ¡Dios mío, no es posible trabajar en estas condiciones!

Corre a la cocina y prorrumpe en un lamento trágico.

Sentado de nuevo ante su mesa, poco tiempo después le lleva su mujer el té. Parece estar sumida en reflexiones profundísimas; no se mueve, y se oprime la frente con la mano. Finge no darse cuenta de la presencia de su mujer, absorto en sus graves pensamientos.

Antes de escribir el epígrafe de su artículo se aprieta las sienes con los dedos y pone la cara de quien tiene dolor de muelas. Al fin, moja la pluma en el tintero, y, con un ademán decidido, resuelto, como si firmase una sentencia de muerte, escribe el título.

—¡Mamá, agua!—oye gritar a su hijo.

—¡Calla, calla!—contesta, con voz sofocada, la madre—. Papá está escribiendo.

Papá está escribiendo muy de prisa, sin detenerse. Los bustos y los retratos de escritores insignes miran correr su pluma sobre el papel, y parecen decir:

—¡Dios mío, qué de prisa escribes! Nosotros no pudimos nunca escribir de ese modo.

Krasnujin escribe sin tregua. Un silencio profundo, imponente, reina en torno suyo. No se, oye sino el roce de la pluma sobre el papel. Se diría que los escritores insignes que tiene delante velan por su alma y murmuran:

—¡Silencio! El señor Krasnujin está escribiendo. De pronto, Krasnujin se estremece, suelta la pluma y aguza el oído. La vecina Foma Nicolayevich reza en el cuarto próximo.

—Oiga usted—le grita Krasnujin—. ¿Quiere hacer el favor de rezar más bajo? No me deja usted escribir.

—Bueno, señor. Perdóneme usted.

Y torna a reinar el silencio. Los escritores insignes velan nuevamente porque nadie moleste al señor Krasnujin.

El cual, después de escribir cinco cuartillas, se despereza y saca el reloj.

—¡Dios mío, son ya las tres!—gime—. Todos duermen: sólo yo trabajo.

Quebrantado, desmadejado, se dirige a la alcoba, despierta a su mujer, y le dice con voz quejumbrosa:

—Nadia, dame más té. Se me acaban las fuerzas.

Escribe hasta las cuatro. Acaba el artículo, para cuya prolongación no se le ocurre ya nada.

Se va a la cama.

—Estoy tan cansado— le dice, a su mujer—que no podré dormirme. Nuestro trabajo maldito de literatos quebranta el alma aún más que el cuerpo. Tendré que tomar bromuro... Si no tuviera que sostener a la familia, hubiera ya roto mi pluma... Esto es atroz, sobre todo si no se escribe por inspiración, sino de encargo.

Un minuto después, ronca.

Duerme hasta el mediodía con el sueño de los justos. En sus ensueños se ve convertido en escritor célebre, en rico editor, en director de un gran periódico. ¡Pero son ensueños no más!

Cuando abre los ojos, un profundo silencio reina en su aposento.

—¡Silencio, niños!—dice, en voz muy queda, la madre—. ¡El pobre papá ha estado escribiendo toda la noche! ¡Chit!...

Nadie se atreve a andar, a hablar, a hacer el menor ruido. Se teme turbar el reposo del señor Krasnujin.

—¡Silencio! ¡Chit!—se oye de vez en cuando. Y el señor Krasnujin llega a convencerse de que su reposo tiene una importancia grandísima, punto menos que universal.

—

## LAS SEÑORAS

Fedor Petrovich, director de las escuelas primarias del distrito, recibió, en su despacho, la visita del maestro Vermensky.

—No, señor Vermensky— le dijo—. Su dimisión de usted es indispensable. No puede usted seguir siendo maestro con esa voz. ¿Cómo la ha perdido usted?

—Creo que a causa de la cerveza fría que bebí, hallándome cubierto de sudor.

—¡Qué desgracia! ¡Por una bagatela semejante toda una carrera perdida! Lleva usted catorce años de servicio, ¿verdad?

—Sí, catorce años.

—¿Y qué va usted a hacer ahora?

Vemensky guardó silencio.

—¿Tiene usted familia?

—Sí, excelencia, tengo mujer y dos hijos.

El director, conmovido, empezó a pasearse nerviosamente de extremo a extremo de la estancia.

—Verdaderamente, no sé qué voy a hacer con usted. No puede usted seguir siendo maestro. No tiene todavía derecho a la pensión... Por otra parte, no podemos dejarle a usted en la calle. Usted ha trabajado durante catorce años, y nuestro deber es ayudarle. Pero, ¿cómo? ¡No se me ocurre absolutamente nada! ¡Ni la menor idea!

Y continuó andando. Vermensky, abrumado por su desgracia, estaba sentado en el filo de la silla, sumido en sus reflexiones.

De pronto, la faz del director se tornó radiante, y, el funcionario se detuvo ante Vermensky.

—¡Tengo una idea!— exclamó—. La semana próxima dimite el secretario de nuestro asilo de niños pobres; si usted quiere esa plaza, yo puedo ofrecérsela.

El maestro se llena también de alegría.

—¡Vaya si la quiero, excelencia!

—Entonces, la cosa se arregla maravillosamente. Diríjame usted hoy mismo una solicitud.

Vermensky se fué. El director estaba contentísimo de sí mismo; el pobre maestro tendría una buena, colocación, y no perecería de hambre con su familia. Pero su buen humor no duró mucho.

Cuando volvió a su casa y se sentó a la mesa a almorzar, su mujer le dijo:

—¡Ah, se me olvidaba! Ayer me visitó Nina Sergejevna, y me recomendó a un joven que quisiera ocupar la plaza del secretario del asilo, que, a lo que parece, dimite.

—Sí; pero esa plaza está ya prometida a otro—respondió el director frunciendo las cejas—. Además, ya conoces mi principio: no doy nunca plazas por recomendación.

—Ya lo sé. Sin embargo, creo que por Nina Sergejevna bien puedes hacer una excepción. Nos tiene un gran afecto, y todavía no hemos hecho nada por ella. No, querido, no le negarás ese pequeño servicio. De lo contrario, se ofenderá y también me ofenderé yo.

—¿Y quién es ese joven?

—El señor Polsujin.

—¿El que trabajó en vuestra función del club? ¿Ese galancete de cabeza vacía? ¡Nunca!

El director estaba tan indignado, que dejó de comer.

—¡Nunca!—repitió—. ¡Por nada del mundo!

—Pero, ¿por qué?

—Porque no sirve para nada. Además, ¿por qué no se dirige directamente a mí? ¿Por qué prefiere recurrir a la intervención de las señoras? Ese solo detalle prueba que es un botarate...

Después de almorzar, el director, acostado en su canapé, empezó a leer las cartas recibidas. Una era de la mujer del alcalde.

«Querido Fedor Petrovich—comenzaba—. Usted me dijo una vez que tendría sumo placer en hacer algo por mí. Se le presenta a usted una buena ocasión para probarme su disposición favorable:

uno de estos días le visitará el señor Polsujin, un joven muy bien educado. Solicitará la plaza del secretario del asilo, y espero...»

—¡Nunca!—exclamó el director—. ¡Por nada del mundo!

A partir de aquel día, recibió multitud de cartas, cuyos autores, en su mayor parte señoras, le recomendaban calurosamente a Polsujin.

En fin, una mañana se presentó el propio Polsujin, un joven gordito, afeitado como un *jockey*, y vestido con un traje flamante y muy *chic*.

Habiéndole oído exponer su petición, el director, con tono seco, le respondió:

—Perdóneme usted; mas, para los asuntos concernientes a mi cargo, no recibo en casa, sino en mi oficina.

—Dispense usted: nuestros amigos comunes me han aconsejado que venga a verle precisamente aquí.

—Si, sí...—dijo el director, mirando con odio las botas elegantes del joven—. Según tengo entendido, su padre de usted es bastante rico, y no acierto a explicarme por qué tiene usted tal empeño en ocupar una plaza tan mal pagada.

—No es por el dinero... No lo necesito; pero no está de más un empleo del Estado, y como principio de carrera, no es despreciable.

—Tal vez. Pero estoy casi seguro de que antes de un mes dejará usted esa plaza, y hay candidatos para quienes sería la felicidad de toda la vida.

—No, no la dejaré, excelencia. Espero que usted estará contento de mí.

El director le detestaba más a cada momento.

—Diga usted: ¿por qué no se ha dirigido directamente a mí, y ha preferido recurrir a la intervención de las señoras?

—Yo no pensaba que eso pudiera no ser grato a vuestra excelencia. Sin embargo, si vuestra excelencia no concede gran importancia a las cartas de recomendación, puedo presentarle certificados.

Sacó de su bolsillo un papel y se lo tendió al director. El papel llevaba la firma del gobernador. A juzgar por su contenido y por su estilo, el gobernador, cediendo a las instancias de cualquier señora, lo habla firmado sin leerlo.

—¡Ante esto...!—dijo el director suspirando—. Obedezco. Escriba usted mañana una solicitud... ¡Qué vamos a hacerle!

Cuando Polsujin se marchó, el director dio rienda suelta a su cólera.

—¡Canalla!— gritaba, recorriendo nerviosamente la estancia—. ¡Ha conseguido salirse con la suya! ¡Botarate! ¡Indecente! ¡Inútil!

Y escupió con asco. En aquel momento, una señora, vestida con gran coquetería, entró en su gabinete. Era la mujer del director del Banco local.

—Sólo pienso molestarle un minuto... nada más que un minuto— empezó—. Siéntese usted, querido amigo, y tenga la bondad de escucharme.

Se sienta y obliga a sentarse frente a ella al director.

—Verá usted: me han dicho que el secretario de asilo dimite. Hoy o mañana le visitará a usted un joven: el señor Polsujin. Es amabilísimo, muy bien educado... En fin, un dechado de simpatía, y le quedaré a usted muy obligada...

La señora hablaba sin cesar. El pobre director, conteniendo su cólera con gran trabajo, la escuchaba, sonreía cortés y la enviaba a todos los diablos.

A la mañana siguiente, cuando recibió en su despacho al maestro Vermensky, el director no se decidía a decirle la verdad. No sabía cómo empezar, y estaba en extremo confuso. Tenía el propósito de excusarse ante él, de contárselo todo, con franqueza, y no se atrevía. De pronto, dando un puñetazo en la mesa, se levantó bruscamente de su sillón, y gritó colérico.

—¡No tengo plaza para usted! ¿Comprende usted? No tengo nada; no puedo nada. ¡Déjeme usted en paz!

Y salió corriendo del despacho.

## UN CONFLICTO

Una tarde de domingo. El terrateniente Kamichov está sentado a la mesa, servida con esplendidez. A su lado se encuentra el señor Champun, un anciano francés muy limpio y muy bien afeitado. Están almorzando.

Champun ha sido en otro tiempo ayo de los hijos de Kamichov, a quienes enseñaba las buenas maneras, la buena pronunciación francesa y el baile.

Cuando los niños se hicieron hombres y entraron como oficiales en el Ejército, Champun quedó en la casa casi exclusivamente para hacer compañía al amo.

Sus deberes no son muy complicados: debe vestirse *come il faut*, ir muy perfumado, escuchar la charla de Kamichov, comer, beber y dormir; por todo lo cual está alojado y mantenido, y hasta cobra dinero, a veces, en cantidad que depende de la buena voluntad del amo.

Kamichov come y, según su costumbre, charla.

—¡Dios mío!—exclama—¡Qué mostaza! Es tan fuerte que me quema la lengua. La mostaza francesa pica mucho menos; puede uno comerse una libra sin que le produzca ningún efecto.

—Eso depende del gusto—responde suavemente Champun—. Hay quienes prefieren la mostaza rusa, y hay quienes optan por la francesa.

—¡Hombre, por Dios! Sólo a los franceses les gusta la mostaza francesa, porque no son demasiado exigentes. Comen de todo: ratas, ranas, insectos. ¡Qué desagradable! A usted, sin ir más lejos, no le gusta este jamón, porque es ruso; pero si le dan corcho frito, y

le dicen que es francés, lo come y se chupa los dedos. Según usted, todo lo que es ruso es malo.

—Yo no digo eso.

—Si, todo lo ruso, según usted, es malo, mientras que todo lo francés es, al contrario, delicioso. Usted está seguro de que Francia es el mejor país de la tierra; pero, hablando con franqueza, ¿qué es Francia sino un trocito de terreno que puede recorrerse en un día? Mientras que en nuestra Rusia, por mucho que se ande...

—Si, señor, Rusia es inmensa.

—¡Ya lo creo! Además, están ustedes convencidos de que el pueblo francés es el mejor del mundo: inteligente, sabio, civilizado... De acuerdo. Los franceses son muy galantes, muy corteses con las señoras, no escupen en el suelo, etc.; pero no son serios. No hay nada sólido en ellos. Yo no sabré explicarme, pero les falta algo... Todo lo que saben ustedes proviene de los libros, mientras que nosotros, los rusos, somos inteligentes por naturaleza. Los rusos dotados de una instrucción vasta, serían superiores a todos los sabios de Francia.

—Tal vez—dice sin entusiasmo Champun.

—No «tal vez», ¡seguramente! Ya sé que no le gusta a usted que se le digan estas cosas, pero son ciertísimas. El ruso es muy ingenioso; dándole campo para ello, haría maravillas. Por otra parte, es muy modesto y nada amigo de hacer valer sus cualidades. Si inventa algo notable, no lo pregona, como ustedes, a los cuatro vientos... ¡Dios mío, qué ruido arman ustedes con motivo de cualquier invención!... No, no me gustan los franceses. No me refiero a usted; hablo en general. Un pueblo sin moralidad. Completamente humano en su aspecto exterior, vive como los perros. Prueba de lo que digo es, por ejemplo, el matrimonio: nosotros, una vez casados, ya no nos separamos, mientras que ustedes viren como canallas: el marido se pasa el día entero fuera de su casa, bebiendo, mientras la mujer está rodeada de amantes y baila con ellos bailes obscenos.

—Eso no es verdad—no puede menos de protestar Champun, con el rostro encendido—. ¡En Francia, el principio de la vida familiar es muy respetado!

—¡Déjeme usted a mí de principios! ¡Ya sé yo lo que son los principios franceses! Hace usted mal en defender a sus compatriotas. Hay que confesar franca y honradamente que son unos cochinos. Me alegro en el alma de que fueran vencidos por los alemanes, a quienes agradezco de todo corazón el que les diesen a ustedes la lección que se merecían.

—¡Entonces, no le entiendo a usted, señor!—exclama Champun indignado y echándose atrás bruscamente—. Si odia usted tanto a los franceses, ¿porqué me conserva consigo?

—¿Y qué voy a hacer con usted?

—Déjeme, me iré a Francia.

—¿Cómo? ¿Usted a Francia? ¿Se figura que le dejarían entrar? ¡Nunca! Usted es un traidor a su patria.

—¿Yo?

—¡Claro! Usted admira a Napoleón, y su cochina república no le perdonará jamás. Es verdad que también admira usted a Gambetta, pero eso no le salvará.

—¡*Monsieur!*—grita en francés Champun, con voz furiosa y estrujando colérico su servilleta—. *¡Monsieur, vous m'avez outragé d'une façon terrible! ¡Tout est fini entre nous!*

Y, con un gesto trágico, tira la servilleta sobre la mesa, y, la cabeza erguida, con dignidad algo teatral, abandona el comedor.

Algunas horas después, la mesa está puesta de nuevo para la comida.

Kamichov se sienta a ella completamente solo. Se bebe una copa de «vodka» y siente la necesidad de charlar un poco. Pero no hay nadie para oírle.

—¿Qué hace Alfonso Cudovikovich?—le pregunta al criado.

—El equipaje.

—¡Vaya un imbécil!—dice Kamichov, y se dirige a la habitación de Champun.

Se lo encuentra sentado en el suelo, en medio del cuarto, junto a una maleta abierta, donde va colocando, con mano temblorosa, ropa, corbatas, tirantes, libros, frascos de perfumes. Sus ojos están arrasados en lágrimas.

—¿Qué es eso— pregunta Kamichov.

El otro no contesta.

—¿Quiere usted marcharse? Haga lo que quiera. No soy quién para retenerle, pero... ¿cómo va usted a irse sin pasaporte? Ha de saber usted que se me ha perdido. Sin duda, se ha extraviado entre algunos papeles. Y, sin pasaporte, comprenderá usted... En Rusia son muy severos en esa materia. Antes de que se haya alejado cinco kilómetros será usted detenido.

Champun levanta la cabeza y mira con desconfianza a su señor.

—¡Sí, sí! No lo dude usted. La policía comprenderá, por la expresión de su cara, que no lleva usted pasaporte y le echará mano en seguida. «¿Quién es usted.» «Adolfo Champun.» «Ya conocemos a esos Champunes. No escasean los malhechores entre ellos.» Y dispóngase usted a emprender un viaje a la Siberia, a pie, con asesinos y ladrones, escoltado por la fuerza pública.

—¿Se burla usted?

—Nada de eso, querido. Hablo con toda seriedad. Y se lo prevengo: si le detienen a usted, no me escriba cartas suplicándome que lo saque del atolladero. No haré nada, absolutamente nada, aunque me lo presenten a usted atado de pies y manos.

Champun se levanta sobresaltado y empieza a andar nerviosamente de un lado para otro. Está pálido, inquieto.

—¿Qué quiere usted hacer conmigo?—exclama desesperado y llevándose las manos a la cabeza—. ¡Maldito sea el día en que se me ocurrió dejar mi patria! ¡Sólo faltaba que me detuviesen y me mandasen a Siberia!

—Cálmese usted, es una broma—dice Kamichov. Tiene usted mucha gracia. No comprende las bromas, y lo toma todo por lo trágico.

—Amigo mío—exclama con efusión Champun, tranquilizado un poco por el tono de Kamichov—, le juro que amo a Rusia, que les tengo afecto a usted y a sus hijos. Me sería muy doloroso separarme de usted, pero... cada una de sus palabras es un puñal que se clava en mi corazón.

—Tiene usted mucha gracia. ¿Qué le importa a usted que yo hable mal de los franceses? ¿Acaso puede responder de todos sus compatriotas? Es usted de un carácter... Vamos a comer; en la mesa haremos la paz. *Viva l'entente cordale!*, como dicen ustedes.

Champun se pasa por la cara la borla de los polvos para borrar la huella de las lágrimas, y, precedido de Kamichov, encaminase al comedor.

Esto no es aún la paz definitiva; no es sino el armisticio, que durará muy poco; después del primer plato, las hostilidades vuelven a romperse.

## UNA MUJER INDEFENSA

A pesar del acceso de gota que le atormentó toda la noche, y a pesar del estado extremadamente nervioso en que se encontraba Kistunov, el director del banco se fué a la oficina por la mañana y empezó a recibir a los clientes. Su actitud era lánguida, y hablaba con voz apagada, como un moribundo.

—¿En qué podemos servir a usted?— preguntó a una mujer que llevaba una capa pasada de moda y ridícula.

—Mire vuestra excelencia—empezó a explicar la mujer precipitadamente—. Mi marido Chukin, empleado público ha estado enfermo durante cinco meses, y se le ha hecho saber que su plaza está ya ocupada. Cuando he ido a cobrar su sueldo, me han descontado 27 rublos y 36 copecks, pretendiendo que debe esa suma a la caja de seguros mutuos. Yo no tengo que ver con eso, y reclamo que se me paguen los 27 rublos y 36 copecks. Soy una pobre mujer indefensa, desamparada, maltratada y ultrajada por todo el mundo, y por eso me dirijo a vuestra excelencia...

Manifestó el propósito de llorar y se puso a buscar el pañuelo. Kistunov tomó la petición escrita que ella le tendía, y comenzó a leerla.

—Perdone usted, señora—dijo, encogiéndose de hombros—. No comprendo nada. Sin duda, ha equivocado usted la dirección: la solicitud de usted no tiene relación alguna con nuestro banco. Diríjase usted al ministerio donde trabajaba su marido.

—Me he dirigido ya a cinco oficinas, y no se han dignado siquiera aceptar mi solicitud. No sabía qué hacer, y mi yerno, Boris Matveich, a quien Dios bendiga, me ha sugerido la idea de dirigirme a usted.

«El señor Kistunov—me ha dicho—tiene gran influencia, es omnipotente; no tiene usted más que preguntar por él.» Y me dirijo a vuestra excelencia; sólo vuestra excelencia puede ayudarme.

—Pero, señora Chukin, no podemos hacer nada, se lo aseguro a usted. Según este papel, su marido de usted estaba empleado en el ministerio de la Guerra, y nuestro establecimiento es comercial y absolutamente privado. Es un banco, ¿comprende usted?

Y Kistunov se encogió de hombros y se volvió hacia otros clientes. —Si su excelencia—dijo la señora Chukin con voz quejumbrosa—no quiere creer que mi marido estaba enfermo de verdad, puedo enseñarle el certificado del médico. ¡Aquí está!

—La creo a usted, señora, la creo—dijo irritado Kistunov—; pero, se lo repito, eso no es cosa nuestra. ¡Tiene gracia! ¿Acaso no sabe su marido de usted adónde hay que dirigirse para ese asunto?

—No sabe nada, excelencia. No hace más que reñirme y amenazarme. ¡A mí, que soy una pobre mujer indefensa!

Kistunov se volvió de nuevo hacia la señora Chukin, y, procurando permanecer tranquilo, comenzó a explicarle la diferencia entre el ministerio de la Guerra y un banco comercial privado. Ella le escuchó atentamente, asintiendo a cuanto decía, con inclinaciones de cabeza, y luego repuso:

—Sí, lo comprendo... lo comprendo muy bien. Entonces vuestra excelencia dará orden de que se me paguen, por ahora, al menos, 15 rublos. El resto ya se me pagará.

—Dios mío!—suspiró desesperado Kistunov—. ¿Cómo voy a hacerle comprender a usted que no tenemos relación alguna con el ministerio de la Guerra? Es como si presentase usted una demanda de divorcio en la farmacia o en el negociado de pesos y medidas. Le digo a usted una vez más que ha equivocado la dirección.

—Yo pediré a Dios por su excelencia hasta mi muerte, si tiene piedad de una pobre mujer indefensa. Me faltan ya las fuerzas; no paro en todo el día, unas veces por culpa de mi marido, que es una calamidad, y otras forzada a presentarme al juez municipal, a causa de mis pleitos con los inquilinos. Estoy completamente agotada.

—Sí; pero, ¿qué vamos a hacerle nosotros?

—Excelencia, soy una pobre mujer indefensa.

Kistunov empezó a sentirse mal del corazón. Con expresión de sufrimiento, y conteniéndose, a duras penas, para no prorrumpir en votos, comenzó de nuevo a explicar la diferencia entre el banco y el ministerio de la Guerra; pero su voz no tardó en debilitarse, y exclamó con un gesto desesperado:

—No, no puedo más. Tengo vértigos. Está usted perdiendo el tiempo en vano y haciéndonoslo perder a nosotros.

Después, dirigiéndose a un empleado, dijo:

—Alexey Nicolayevich: ¿quiere usted explicarle a la señora Chukin que no debe dirigirse a nosotros?

Después de recibir a todos los clientes, Kistunov entró en su gabinete y firmó gran cantidad de cartas; pero el empleado seguía hablando con la señora Chukin. Desde su gabinete, Kistunov oía su voz, fuerte y llena, y la penetrante y quejumbrosa de aquella mujer.

—Soy una pobre mujer indefensa—decía la señora Chukin—. No soy ya mujer para nada, y sólo por milagro puedo andar aún. Hasta he perdido el apetito... Esta mañana apenas he podido tomar una taza de café...

Alexey Nicolayevich le respondía, con una calma conseguida visiblemente a costa de grandes esfuerzos, explicándole la diferencia entre un banco y el ministerio de la Guerra. Renunció, al cabo, a su misión, y fué reemplazado por el jefe de contabilidad.

—¡Qué mujer! ¡Qué mujer!—lamentábase Kistunov, bebiendo a cada instante agua para calmarse un poco—. ¡Esto es anormal, inaudito! Nos va a poner a todos malos.

Media hora después sonó el timbre. Alexey Nicolayevich entró en el gabinete.

—¿Qué?... ¿Sigue aún ahí?— preguntó con voz desfallecida.

—Si, Pedro Alexandrich. No hay manera de que se haga cargo de nada. No podemos más.

—Escuche usted... No puedo oír su voz, ¿comprende usted? Me pongo malo.

—No se puede hacer más que avisar al conserje... La echará a la calle.

—¡No, no!— protestó Kistunov—. Empezaría a gritar, a armar escándalo... Prefiero que la hagan ustedes entrar en razón.

—Bueno.

Alexey Nicolayevich salió, y momentos después se oían de nuevo su voz, fuerte y llena, y la quejumbrosa de la señora Chukin.

Un cuarto de hora más tarde fué nuevamente reemplazado por el jefe de contabilidad.

—¡Qué mujer! ¡Qué mujer!—gemía Kistunov estrujándose nerviosamente los dedos—. ¡Una verdadera idiota! Tengo jaqueca.

En el salón vecino Alexey Nicolayevich, perdidas por completo fuerzas y paciencia, exclamó, colérico, dirigiéndose a la señora Chukin:

—¡Esto es insoportable! ¿Se puede concebir mayor estupidez?—y dio un puñetazo en la mesa.

La señora Chukin se ofendió.

—No sea usted grosero. Esas cosas puedes decírselas a tu mujer, pero a mí, no.

Alexey Nicolayevich, dirigiéndole una mirada llena de cólera y de odio, dijo, con voz ronca:

—¡Márchese de aquí!

—¿Cómo?—exclamó ella—. ¿Se atreve usted a echarme? ¡Ah, no, eso no! Soy una pobre mujer indefensa, y no puedo permitir que me insulten. Mi marido es empleado público, y tú... ¡Qué indecente! Iré a quejarme a mi procurador, Dmitry Karlich, y te dará una buena lección de cortesía. Me ha ganado ya tres pleitos contra los inquilinos, y hará, quizá, que te deporten a la Siberia. Me la vas a pagar... ¿Dónde está el general? ¡Excelencia! ¡Excelencia!

—¡Largo de aquí—dijo Alexey Nicolayevich, ahogándose de ira.

En aquel instante, Kistunov entreabrió la puerta de su gabinete y dirigió una mirada al salón.

—¿Qué sucede?—preguntó con tono doliente.

La señora Chukin, roja como un cangrejo, se hallaba en medio de la estancia, haciendo gestos amenazadores, mientras los empleados, igualmente rojos de cólera y en actitud de mártires, se mantenían a cierta distancia.

—¡Excelencia!—gritó, lanzándose hacia Kistunov—, ese (y señalaba con el dedo a Alexey Nicolayevich) me ha insultado. En vez de arreglar mi asunto, como se le había ordenado, ha hecho mofa de mí. Soy una pobre mujer indefensa. ¡Mi marido es

empleado público, mi padre era capitán, y no puedo consentir que me insulten!

—¡Bueno, señora!—gimió Kistunov—. Luego veré... Ahora no me es posible... ¡Déjenos usted, márchese!

—Pero necesito dinero hoy mismo. No puedo esperar.

Kistunov se pasó por la frente la mano temblorosa, lanzó un suspiro, y dijo con voz moribunda:

—Señora, se lo he explicado a usted. Esto es un banco, una empresa comercial privada, y, por lo tanto, no podemos serle a usted útiles. Sólo consigue usted impedirnos trabajar.

La señora Chukin le escuchó y dijo:

—Si, lo comprendo; pero he estado ya en todas partes. Sólo usted puede arreglar mi asunto. Si el certificado del médico no basta, puedo enseñarle a usted el certificado de la policía...

Una nube de sangre oscureció la vista de Kistunov, que se dejó caer, medio muerto, en una silla.

—¡Cuánto ha de cobrar usted?

—Veinticuatro rublos con 36 copecks.

Kistunov sacó su cartera, extrajo de ella un billete de 25 rublos y se lo dio a la señora Chukin.

—¡Tome usted, y... márchese!

Ella tomó el dinero, lo envolvió en una punta de su pañuelo, y sonriendo con dulzura, casi con coquetería, preguntó:

—Excelencia, ¿no será posible que vuelva mi marido al servicio?

—¡Por todos los santos, déjeme usted!... ¡No puedo más, estoy enfermo!

Cuando, por fin, se fué, Alexey Nicolayevich hizo llevar bromuro para todos los empleados. La señora Chukin estuvo aún una hora en el portal, dándole jaqueca al portero.

## PRICHIBEYEV

—Suboficial Prichibeyev! Está usted acusado de haber ultrajado, el 3 de septiembre, de palabra y obra, al policía Sigin, al burgomaestre Aliapov, a sus ayudantes Efimov, Ivanov, Gavrilov y a seis campesinos. A los primeros les ultrajó usted cuando estaban cumpliendo su deber oficial. ¿Se reconoce usted culpable?

Prichibeyev adopta una actitud marcial, como si se encontrase ante un general, y responde con ronca voz, silabeando cada palabra:

—Señor juez, permítame usted que se lo explique todo, pues no hay asunto que no pueda ser considerado desde diferentes puntos de vista. No soy yo el culpable, sino los otros, y a ellos es a quien hay que condenar. Ya lo verá usted cuando yo tenga el honor de exponerle el asunto detalladamente. Todo ha sucedido a causa de un cadáver. Antes de ayer yo me paseaba, muy tranquilo, con Anfisa, mi mujer. De pronto veo, junto al río, una aglomeración. «Por qué tanta gente reunida?— pregunté—. ¿Con qué derecho? ¿Acaso la ley autoriza las aglomeraciones?» Y empecé a dispersar a la gente. «¡Circulen! ¡Circulen!»— grité—. Además, ordené al centurión que dispersase a la multitud.

—Pero usted no tiene ningún derecho—le hace observar el juez—. Usted no es ni burgomaestre, ni policía, y no es de su incumbencia dispersar a la muchedumbre.

—¡Claro que no es de su incumbencia!—se oye gritar por toda la sala—. Estamos de él hasta la coronilla, señor juez. Hace quince años que no nos deja tranquilos. ¡No podemos más! Nos hace la vida imposible desde que está en la aldea, de vuelta de servicio militar.

—Si, señor juez— dice un testigo que se apoya en la barandilla—. Le suplicamos a usted que nos defienda de este individuo. No podemos ya soportar su despotismo. En todo se mete: grita, jura, ordena, aunque no tiene ningún derecho. Basta que nos reunamos con motivo de cualquier fiesta o cualquier ceremonia, para que se presente y nos trate como a vil chusma. Tira de las orejas a los niños, espía, vigila a nuestras mujeres. Últimamente nos ha prohibido tener las luces encendidas después de las nueve de la noche, y cantar.

—Espere usted—dijo el juez—. Usted declarará luego. Ahora la palabra la tiene el acusado. Continúe usted, Prichibeyev.

—¡A sus órdenes de usted, señor juez! Dice usted que no es de mi incumbencia dispersar a la muchedumbre. ¡Admitámoslo! Pero, ¿y si se producen desórdenes? ¿Pueden tolerarse los desórdenes? ¿Acaso la ley manda que se deje a la gente hacer lo que lo dé la gana? ¡No; no puedo permitirlo! Si yo no les llamase al orden, ¿qué sucedería? Nadie, en la aldea, sabe cómo se debe tratar a los campesinos; sólo yo lo sé. Yo no soy un simple mujik, señor juez: ¡soy un suboficial! He hecho mi servicio militar en Varsovia, en el Estado Mayor. Después he pertenecido a una compañía de bomberos; después, durante dos años, he sido conserje en un colegio clásico, y sé bien cómo debe tratarse a la gente de origen humilde; comprendo la necesidad de mantener el orden público. Un mujik no comprende nada, y debe obedecerme por su propio interés. Prueba de lo que digo es, por ejemplo, este asunto. Cuando dispersaba a la muchedumbre, vi un cadáver a la orilla del río. «¿Por qué—pregunté—se halla en este sitio? ¿En virtud de qué ley? ¿Dónde está la policía?» Al fin veo a su jefe..., al Sigin de marras. «¿Por qué no cumples con tu deber?—le pregunté—. ¿Por qué no avisas a las autoridades superiores? Tal vez ese ahogado es víctima de un crimen. Tal vez ha sido asesinado.» Pero, Sigin, no hace el menor caso de mis palabras, y continúa, muy tranquilo, fumando su cigarrillo. «Usted no es quién—me dice—para pedirme cuentas, para darme órdenes. Yo sé lo que tengo que hacer.» «No—le contesto—; tú no lo sabes cuando sigues aquí, como un imbécil, sin hacer nada.» Entonces, me dijo: «A su debido tiempo le he avisado al jefe de policía del distrito.» «Pero no era a él a quien debiste

avisar—le digo—. ¿No comprendes que es un asunto muy grave, y que hay que avisar en seguida a las autoridades judiciales? En primer lugar, hay que avisar al señor juez.» Y figúrese usted: el imbécil, en vez de tomar en serio mis palabras, se echa a reír. ¡Y los mujiks también! Todos se echaron a reír, señor juez, se lo juro a usted.

Prichibeyev se vuelve hacia la sala, mira a los asistentes y empieza a indicar con el dedo:

—¡Ese se rió! ¡Y aquél! ¡Y aquél otro también! Pero el primero que se rió fué Sigin. «¿Por qué te ríes?»—le digo—. «Porque—me responde—al juez no le incumben estos asuntos.» Estas palabras me llenaron de pasmo. «¿Cómo?—exclamé—. ¿Te atreves a decir cosas semejantes respecto del señor juez?» Le juro a usted que pronunció esas palabras.

Y, volviéndose hacia Sigin, le pregunta:

—¿Es verdad? ¿Dijiste eso, o no?

—Sí, lo dije.

—¡Ya lo creo! Todo el mundo oyó cómo dijiste: «Al juez no le incumben estos asuntos.» Excuso decirle, señor juez, hasta qué punto me sorprendieron estas palabras. «Repíte—le dije—lo que te has atrevido a decir.» Y repitió las mismas palabras. Entonces, indignadísimo, exclamé: «¿Te rebelas contra las autoridades? ¿No sabes, imbécil, que el señor juez, por esas palabras, te puede enviar a la Siberia? ¿Que los gendarmes pueden detenerte y meterte en la cárcel como a un revolucionario?» Entonces, el burgomaestre también declaró: «El juez no puede juzgar sino los pequeños asuntos.» Todos lo oyeron. «¿Tú también— le dije—te rebelas contra las autoridades?» Yo no podía ya contenerme. Si me hubiera hallado en Varsovia, hubiera llamado a un gendarme. Lo hacía con mucha frecuencia cuando oía hablar a alguien contra las autoridades. Pero aquí, en la aldea, no hay gendarmes, desgraciadamente. Bueno, decidí obrar por mi propia cuenta, y les di una buena lección... con esta mano. Ya que no se hacen cargo de nada, hay que enseñarles a respetar el poder. Le di algunos sopapos a Sigin, y después al burgomaestre, y después a los demás que se pusieron de su parte. Mi arrebató fué, tal vez, excesivo; pero

esta gente puede llegar hasta la locura si no les pega uno. No hay otra manera de imponerles el respeto al orden público.

—Si; pero su misión de usted no es esa. Es cosa que no le concierne en absoluto. Para eso existe la policía, el burgomaestre.

—Pero, ¿como no comprenden su deber!

—¡Dios mió, convéznase usted de que no tiene el menor derecho a mezclarse en esos asuntos! Carece usted de autoridad para ello.

—¿Cómo que no tengo derecho? ¡Es muy extraño! ¿Y si turban el orden público? Yo no puedo verlo con buenos ojos. Por eso se quejan de que les prohibo cantar. ¿Es que no tienen otra cosa que hacer? Luego, no apagan la luz hasta la media noche. En vez de acostarse, charlan, ríen. Están todos inscriptos aquí.

—¿Quiénes?

— Pues los que, en vez de acostarse temprano, se quedan charlando hasta media noche y malgastando petróleo.

Prichibeyev saca del bolsillo un papel muy sucio, se pone los lentes, y lee: «Ivan Projorov, Sarra Mikiforov, Petro Petsov. La viuda Ana Chustov tiene relaciones ilícitas con Lemen Kislov. Ivan Sverchok y su mujer son brujos.

—¡Basta!—dice el juez—, y procede al interrogatorio de los testigos.

Prichibeyev mira al juez, lleno de extrañeza; es cosa, bien clara que no está a favor suyo. No comprende su conducta, manifiestamente adversa a él.

Su extrañeza sube de punto cuando el juez lee el veredicto:

—Prichibeyev es condenado a un mes de prisión.

—¿Por qué?—preguntó-. ¿En virtud de qué ley?.

Decididamente el mundo marcha al revés. La vida se hace imposible en estas condiciones. Ideas negras se adueñan de él.

Pero, una vez fuera de la sala del tribunal, y encontrándose en su camino un grupo de mujiks que charlan, no puede contenerse y grita, según su costumbre:

—¡Circulad! ¡Circulad! ¡Nada de reuniones! ¡Cada cual a su casa!

## DE MADRUGADA

Nadia Zelenina volvió, con su mamá, del teatro, donde se había representado *Eugenio Oneguín*, de Puchkin.

Cuando se halló sola en su cuarto, se desnudó de prisa, deshizo sus trenzas, y con la larga cabellera rubia cubriéndole la espalda, se sentó, en saya y peinador, ante la mesa. Quería escribir una carta parecida a la que Tatiana, la heroína de la obra que acababa de ver, escribe a Eugenio Oneguín.

«Le amo a usted—escribió—; pero usted no me ama.» Quería poner cara triste, compungida; pero sus esfuerzos fueron vanos, y se echó a reír.

Tenía no más diez y seis años, y no amaba a nadie. Sabía que era amada por el oficial Gorny y por el estudiante Grusdiev; pero entonces, al volver del teatro, quería dudar de su amor. ¡Es tan interesante ser desgraciada! Hay algo de poético en el amor no compartido. Si dos se aman y son felices, no ofrecen interés alguno; ¡eso es tan corriente y tan vulgar!

«No me hará usted creer nunca que me ama—escribía, el pensamiento puesto en Gorny—. No puedo creerle a usted... ¡Es usted tan inteligente, instruido y serio!... Tiene usted mucho talento, y, sin duda, le está reservado un envidiable porvenir; mientras que yo soy una joven poco instruída, sin talento ninguno y nada interesante. Sólo puedo ser un obstáculo en su camino, y no quiero serlo. Ya sé que le gusto, y que hasta se cree un poco enamorado de mí, en quien piensa haber hallado su media naranja; pero se da usted, al cabo, cuenta de su error y se dice, quizá, amargamente: «Dios mío, ¿por qué habré encontrado en mi camino a esta muchacha?» Estoy

segura de que lo piensa usted, aunque es demasiado bueno para decírmelo con franqueza... Al escribir las últimas líneas, Nadia tuvo lástima de sus propias desgracias, lloró un poquito y continuó, haciendo pucheros: «No puedo abandonar a mamá ni a mi hermano. A no ser por eso, me retiraría a un convento, y procuraría ocultar mi dolor bajo un hábito negro. De ese modo quedaría usted libre, y encontraría, de seguro, su felicidad al lado de otra. Hay momentos en que la tristeza me abrumba hasta tal punto, que quisiera morirme.»

Nadia lloraba tan copiosamente, que no podía ya distinguir las líneas. Ante sus ojos se agitaban todos los colores del arco iris, y lo veía todo como a través de un prisma. Se reclinó en su sillón y se absorbió en sus pensamientos. ¡Dios mio, cuan interesantes son los hombres! Pensó en la bella y dulce expresión del rostro de Gorny cuando hablaba de música, arte que él adoraba. Hacía visibles esfuerzos para hablar con calma; pero la pasión se imponía y vibraba en su voz. En esa sociedad, donde la indiferencia y la fría reserva son reputadas de buen tono, hay que ocultar el entusiasmo. El oficial Gorny lo ocultaba, más, a su pesar, no siempre del todo, y nadie ignoraba su pasión por la música. Tocaba admirablemente el piano, y, de no ser militar, sería, de seguro, un virtuoso célebre.

Recordaba que Gorny le había hecho una declaración de amor durante un concierto sinfónico.

Las lágrimas de Nadia se secaron, y siguió escribiendo: «Me alegro mucho de que haya conocido usted al estudiante Grusdiev. Es un hombre muy inteligente, y estoy segura de que le querrá usted. Ayer estuvo con nosotros hasta las dos de la mañana, e hizo nuestras delicias. Es lástima que usted no estuviese. Grusdiev dijo muchas ingeniosidades.»

Nadia colocó las manos en la mesa y apoyó la cabeza en ellas. Su cabellera, suelta, se desparramó sobre la carta. Recordó que Grusdiev la amaba también, y pensó que tenía el mismo derecho a su carta que el oficial Gorny. ¿No sería, en efecto, mejor escribirle al estudiante?

De pronto, una inmensa y serena alegría llenó todo su ser, y le pareció que flotaba en la suavidad de unas ondas acariciadoras.

Una risa gozosa sacudió sus hombros, y experimentó la sensación de que todo reía también en torno suyo, incluso la mesa y la lámpara. Para justificar ante sí misma su regocijo inexplicable, procuró pensar en algo cómico. Y recordó a Grusdiev, jugando el día anterior con su perro, cuyos graciosos saltos hacían reír a todos.

—¡No; amaré más bien a Grusdiev!—decidió.

Y rompió la carta escrita al oficial.

Se esforzó en no apartar su imaginación de Grusdiev, de su amor; pero, a pesar de todo, su imaginación propendía a otras cosas distintas de aquéllas, como su mamá, sus paseos, sus clases de música, sus trajes nuevos, y se complacía evocándolas. Todo le era propicio a Nadia, feliz hasta donde una niña de diez y seis años cabe que lo sea. Presentía que, en lo futuro, su vida sería aún más interesante. La primavera se acercaba; después llegaría el verano y se iría toda la familia a la casa de campo. Gorny y Grusdiev también irían y le harían la corte. Le contarían mil cosas divertidas, y jugarían con ella al «tennis». Se pasearían, a la luz de la luna, en su vasto jardín, bajo el cielo estrellado. De nuevo, una risa gozosa la sacudió toda, y no sabiendo ya qué hacer con su enorme, con su desbordante alegría, se sentó en la cama, alzó los ojos hacia el viejo icono, y murmuró:

—¡Dios mío, qué hermosa es la vida!

---

## UN ACONTECIMIENTO

Gricha, un muchachuelo de siete años, no se apartaba de la puerta de la cocina, y espiaba por la cerradura. En la cocina sucedía algo extraordinario; al menos, tal era la opinión de Gricha, que no había visto nunca cosas semejantes. He aquí lo que pasaba.

Junto a la gran mesa en que se picaba la carne y se cortaba la cebolla, hallábase sentado un rollizo y alto «mujik», en traje de cochero, rojo, con una barba muy larga. Su frente estaba cubierta de sudor. Bebía té, no directamente en la taza, sino en un platillo sostenido con los cinco dedos de su mano derecha. Mordía el azúcar, y hacía, al morderlo, un ruido que escalofriaba a Gricha. Frente a él, sentada en una silla, se hallaba la vieja nodriza Stepanovna. Bebía también té. La expresión de su rostro era grave y solemne. La cocinera Pelageya trasteaba junto al hornillo, y estaba, visiblemente, muy confusa. Por lo menos, hacía todo lo posible por ocultar su rostro, en extremo encarnado, según los atisbos de Gricha.

En su turbación, ya cogía los cuchillos, ya los platos haciendo ruido, y no podía estarse quieta ni sabía qué hacer de toda su persona. Evitaba mirar a la mesa, y si le dirigían una pregunta, respondía con voz severa y brusca, sin volver siquiera la cabeza.

—¡Pero tome usted un vasito de «vodka»—decía la vieja nodriza al cochero—. Sólo toma usted té.

Había colocado ante él una botella de «vodka» y un vasito, poniendo una cara muy maliciosa.

—Se lo agradezco a usted; no bebo nunca—respondió el cochero.

—¡Qué cosa más rara! Todos los cocheros beben... Además, usted es soltero y no tiene nada de particular que, de vez en cuando, se beba un vasito. ¡Se lo ruego!

El cochero, con disimulo, lanzó una mirada a la botella; luego a la cara maliciosa de la nodriza, y se dijo:

—Te veo venir, vieja bruja; quieres saber si soy bebedor. No, vieja, no caeré en tu trampa.

—Gracias, gracias, no bebo. Con mi oficio sería peligroso beber. Un obrero cualquiera puede permitírselo, pues está siempre en su taller, mientras que nosotros los cocheros estamos casi siempre ante el público. Además es preciso tener cuidado del caballo, que se puede escapar cuando se halla uno en la taberna. Por otra parte, estando uno borracho puede caerse del pescante. No; a nosotros los cocheros no nos conviene la bebida. Debemos guardarnos de beber.

—Diga usted, Danilo Semenich, ¿cuánto gana usted al día?

—Según. A veces gano hasta tres rublos, y hay días en que no gano nada. Hay buenos y malos días... En fin; en estos tiempos, nuestro oficio no vale nada. Los cocheros son demasiado numerosos, el heno cuesta caro, y los clientes, por su parte, prefieren tomar el tranvía a tomar un coche.. No se pueden hacer grandes negocios con clientes así. Pero, en fin, yo no me quejo; a Dios gracias, estoy alimentado, vestido, y tengo cuanto necesito.

Dirigiéndole una mirada a la cocinera, añadió:

—Hasta podría hacer feliz a otra persona... si no me rechazara.

Gricha no oyó la continuación del diálogo, porque, en aquel momento, apareció su mamá y lo echó.

—¡Vete a tu cuarto! No tienes nada que hacer aquí.

Obedeció. Cuando estuvo en su cuarto, abrió un libro de estampas; pero no podía leer: todo lo que acababa de ver y de oír le había dejado perplejo.

Había oído a mamá decir a papá que la cocinera se casaba. ¡Era una cosa tan extraña! No acertaba a explicarse por qué se casaba, ni por qué se casa la gente, en general. Papá, se había casado con mamá; la prima Vera, con Pablo Andreyevich. Aun concebía que existiese quien pudiera casarse con papá o con Pablo Andreyevich, que vestían muy bien, llevaban siempre las botas brillantes, y tenían

gruesas cadenas de oro. Pero casarse con aquel terrible cochero que tenía la nariz roja, que iba mal vestido, y que estaba siempre sudando, ¡qué extraña idea! Era algo de todo punto incomprensible. ¿Y por qué la vieja nodriza Stepanovna tenía tal empeño en que la pobre cocinera se casara con aquel monstruo?

Cuando el cochero se marchó, la cocinera entró en el comedor y se puso a arreglarlo. Su turbación no la había aun abandonado, y su rostro seguía rojo. Aunque tenía la escoba en la mano, no barría casi, y era indudable que trataba de prolongar su estancia en el comedor indefinidamente. La mamá de Gricha estaba allí, y no decía nada a la cocinera, la cual bien se veía que estaba esperando sus preguntas. Al fin, la cocinera, no pudiendo ya contenerse, comenzó a hablar.

—¡Se ha ido!— dijo.

—Sí. Parece un buen hombre—respondió la madre de Gricha sin levantar los ojos de su bordado—, un hombre sobrio, serio.

—¡No me casaré, palabra! —exclamó de repente la cocinera, con el rostro más rojo aún—. ¡No quiero! ¡No quiero!

—¡No digas tonterías! Tú no eres ya una niña. Es un paso muy grave. Se debe reflexionar antes de darlo. Dímelo francamente: ¿te gusta?

Gricha, al principio de la conversación, se había deslizado en el comedor, y, sin moverse de un rincón, escuchaba con gran interés.

—¿Lo sé yo acaso?

—¡Qué bestia es!,— pensó Gricha—. Debía decir claramente que no le gusta!

—Dímelo, no tengas vergüenza. ¡Déjate de dengues!

—Cuando yo le digo a usted, señora, que no lo sé... Además, es un hombre ya entrado en años.

En aquel instante penetró la vieja nodriza.

—¡Tonterías!—protestó—. No tiene aún cuarenta años. Aparte de eso, no es un joven lo que tú necesitas; no se puede nunca tener confianza en los jóvenes... No hables más y cástate con él!

—¡No quiero!—exclamó la cocinera una vez más.

—¡Dios mío, qué estúpida eres! ¿Qué es lo que necesitas? ¿Un príncipe? Debías estar contenta. Ya es hora de que olvides a los

carteros y a los criados que te hacen la corte; esos nunca te hablarán de casarse...

—¿Es la primera vez que has visto a ese cochero?—preguntó mamá.

—¡Naturalmente! ¿Dónde iba a haber visto a ese diablo? Lo ha traído Stepanovna...

Durante el almuerzo, cuando la cocinera estaba sirviendo a la mesa, todos la miraban sonriendo, y la hacían rabiarse con alusiones a su cochero. Ella se ruborizaba, y hallábase en extremo confusa.

—Debe de ser una vergüenza eso de casarse—pensaba Gricha.

El almuerzo estaba muy mal preparado; la carne, muy mal asada. Luego, la cocinera dejaba caer a cada instante platos y cuchillos. No obstante, todos comprendían su estado de ánimo, y nadie la hacía reproches. Únicamente, con motivo de haber roto algo la pobre mujer, el papá de Gricha apartó con violencia su plato, y dijo a mamá:

—¡Es en tí una verdadera manía el afán de casar a la gente! Más valía que la dejases arreglárselas ella sola.

Después del almuerzo, la cocina se llenó de cocineras y criadas de la vecindad. Hasta muy entrada la noche se oyeron allí murmullos misteriosos; las domésticas de todo el barrio estaban ya enteradas, no se sabe cómo, de que la cocinera quería casarse.

Habiéndose despertado a cosa de las doce, Gricha oyó a la vieja nodriza y a la cocinera hablar en voz baja del otro lado del tabique. La cocinera, tan pronto lloraba como prorrumpía en risitas, mientras la vieja Stepanovna hablaba con un tono grave y convincente. Cuando Gricha se durmió de nuevo, vió en su sueño a un monstruo de roja nariz y luenga barba llevarse a la pobre cocinera por la chimenea.

Al día siguiente, todo había recobrado su calma; la vida de la cocina seguía su curso, como si el cochero no existiese ya. Únicamente, a veces, la vieja nodriza se ponía el chal nuevo, y, con expresión grave y solemne, se marchaba por una o dos horas, probablemente a conferenciar. La cocinera no volvió a verse con el cochero, y cuando le hablaban de él se ponía como un tomate, y exclamaba:

—¡Que el diablo se lo lleve! ¡No quiero ni que me lo nombren!

Una tarde, la madre de Gricha entró en la cocina, y le dijo a la cocinera:

—Escucha: tú puedes, como es natural, casarte con quien te dé la gana; pero te prevengo que tu marido no podrá vivir aquí. Ya sabes que a mí no me gusta que haya nadie en la cocina. Y tampoco quiero que te vayas de noche.

—Pero, señora, ¿para qué me dice usted eso? A mí no me importa ese hombre. Por mi parte, puede reventar.

Un domingo por la mañana, como mirase Gricha al interior de la cocina, se quedó con la boca abierta.

La cocina estaba llena de visitas. Se encontraban allí todas las cocineras y criadas de la vecindad, el portero, un suboficial, y un muchacho a quien Gricha conocía por el nombre de Filka. El tal Filka iba siempre sucio, harapiento, y ahora estaba lavado y peinado, y sostenía con ambas manos un icono. En medio de la cocina hallábase la cocinera Pelageya, vestida con un flamante traje blanco, y adornados los cabellos con una flor. A su lado se veía al cochero. Los nuevos esposos estaban encarnados y sudando a mares.

—Bueno; me parece que es tiempo—dijo el suboficial, después de un largo silencio.

Pelageya empezó a hacer pucheros, y prorrumpió, al fin, en sollozos. El suboficial tomó de la mesa un gran pan, se colocó junto a la vieja Stepanovna, y procedió a las bendiciones. El cochero se acercó a él, le saludó humildemente, y le besó la mano. Pelageya siguió, de un modo automático, su ejemplo. Al cabo, la puerta se abrió, se llenó la cocina de nubes de vapor, y todo el mundo se dirigió con gran algazara al patio.

—¡Pobre infeiz!— pensaba Gricha, oyendo los sollozos de Pelageya—. ¿Adónde la llevan? ¿Por qué ni papá ni mamá hacen nada para protegerla?

Terminada la ceremonia de la boda, todos los invitados volvieron a la cocina. Hasta las nueve de la noche tocaron el acordeón y cantaron. La mamá de Gricha no hacía más que lamentarse de que la vieja Stepanovna oliese a «vodka», y de que nadie se cuidase del «samovar». Pelageya se hallaba ausente, y cuando Gricha se acostó no había vuelto todavía.

—¡Pobre infeliz!—pensaba Gricha, al dormirse—. Probablemente estará ahora llorando en algún rinconcito. El monstruo del cochero acaso le pegue.

A la mañana siguiente, Pelageya encontrábase ya en la cocina. También estuvo allí unos instantes el cochero. Le dió las gracias a la madre de Gricha, y dirigiéndole una mirada severa a Pelageya, dijo:

—Tenga usted la bondad, señora, de vigilarla... Sea usted para ella como una madre.

—Y usted también, Stepanovna—añadió encarándose con la vieja nodriza—, vigílela... Que no haga tonterías.

Luego, volviéndose hacia la madre de Gricha, dijo:

—¿Haría usted el favor de darme cinco rublos a cuenta del sueldo de Pelageya? Mi coche necesita una reparación.

Esto era un nuevo enigma para Gricha. Pelageya había sido hasta entonces completamente libre; no había tenido que dar cuenta a nadie de su conducta, y ahora aquel extraño, llegado no se sabía de dónde, tenía derecho a intervenir en sus acciones y a quedarse con su dinero... ¡Hay cosas extrañas en el mundo!

Sintió una gran lástima de Pelageya, aquella víctima de la injusticia humana. Cogiendo del aparador la manzana más grande, se deslizó hasta la cocina, puso la manzana en la mano de Pelageya, y echó a correr, conmovidísimo.

## EL ENMASCARADO

Había baile de máscaras en el club.

Dieron las doce de la noche. Algunos intelectuales no disfrazados estaban sentados en la biblioteca, alrededor de una gran mesa, leyendo la prensa. Muchos de ellos parecían dormidos sobre los periódicos. En la biblioteca reinaba un silencio profundo.

Del gran salón llegaban los sonidos de la música. Pasaban por el corredor, de vez en cuando, criados con bandejas y botellas.

—¡Aquí estaremos mejor!—tronó, de pronto, tras la puerta de la biblioteca, una voz muy sonora—. ¡Venid, hijas mías, no tengáis miedo!

La puerta se abrió, y un hombre ancho de espaldas en extremo, hizo su aparición. Su rostro estaba oculto bajo un antifaz. Iba vestido de cochero y tocado con un sombrero de plumas de pavo.

Aparecieron tras él dos señoras, también enmascaradas, y un mozo con una bandeja. Sobre la bandeja se veían una gran botella de licor, algunas botellas de vino tinto y cuatro vasos.

—¡Aquí estaremos muy bien! —dijo el enmascarado—. Pon la bandeja en la mesa. Siéntense ustedes, señoras, se lo suplico. Estarán ustedes como en su casa.

Luego, dirigiéndose a los intelectuales sentados en torno de la mesa, añadió:

—Ustedes, señores, por su parte, hágannos un poco de sitio. ¿Y sobre todo, nada de cumplidos!

Con un movimiento brusco tiró al suelo varios periódicos.

—¡Eh! Pon aquí la bandeja. Señores lectores, ruego a ustedes que se aparten un poco. No es este el momento de leer los periódicos ni de dedicarse a la política. ¡Pero dense ustedes prisa!

—¡Le ruego a usted que no haga ruido!—dijo un intelectual, mirando al hombre enmascarado por encima de sus lentes—. Esto es la biblioteca y no el «bufet».

Se ha equivocado usted de puerta.

—¡Calla! ¿Usted piensa que no se puede beber aquí? ¿Quiere usted decirme por qué? La mesa se me antoja bastante fuerte... En fin, no tengo tiempo de discutir.

Dejen ustedes sus periódicos y hagan sitio. Ya han leído ustedes bastante. Son ustedes demasiado sabios y pueden enfermar de la vista si leen con exceso! ¡Sobre todo, no quiero que sigan ustedes leyendo!

El mozo dejó la bandeja en la mesa y, con la servilleta al brazo, esperó en pie junto a la puerta.

Las damas empezaron a beber.

—¡Y pensar que hay gente tan sabia que prefiere la Prensa al buen vino!— dijo el enmascarado, llenando su vaso—. O lo que sucede, señores, ¿es que ustedes no tienen dinero para beber? ¡Tendría muchísima gracia! Hasta empiezo a dudar que entiendan lo que están leyendo. ¡Eh, usted, señor de los lentes! ¿Quiere usted decirme qué ha sacado en limpio de su lectura? Me apuesto cualquier cosa a que no ha entendido una palabra. Muchacho, sería mejor que bebieses con nosotros. ¡No te las echas más de sabio!

Se levantó y, bruscamente, le quitó el periódico al hombre de los lentes, que palideció, se puso luego colorado y miró con asombro a los demás intelectuales.

Estos le miraron a su vez.

—Olvida usted, señor— protestó el intelectual—, que está en la biblioteca y no en la taberna, y le suplico se conduzca más decentemente. De lo contrario, acabaremos mal. Sin duda ignora usted quién soy. Soy el banquero Gestiakov.

—Me importa un comino que seas Gestiakov. En cuanto a tu periódico, ¡mira!

Estrujó el periódico y lo hizo pedazos.

—¡Señores, esto no puede permitirse!—balbuceó Gestiakov estupefacto—. Es tan extraño... tan escandaloso...

—¡Dios mío, se ha enfadado!— dijo riendo el enmascarado—. Me da miedo, ¡palabra! Estoy temblando de pies a cabeza.

Luego, ya en serio, continuó:

—Escúchenme ustedes, señores. No tengo tiempo ni gana de discutir. Quiero quedarme solo con estas señoras, y les ruego a ustedes que salgan de aquí inmediatamente. ¡Largo! ¡Señor Gestiakov, ahí tiene usted la puerta, y buen viaje! ¡Al diablo! Si no sale usted en el acto, le enseñaré a obedecer. ¡Tú, Belebujin, también! ¡Largo, largo!

—¡Cómo! Es inconcebible—protestó el tesorero del ayuntamiento, Belebujin, congestionado y encogiéndose de hombros—. Aquí ocurren cosas divertidas. Cualquiera impertinente entra como Pedro por su casa, y arma un escándalo...

—¡Te atreves a calificarme de impertinente—tronó furioso el enmascarado, dando en la mesa un puñetazo tan violento, que hizo saltar los vasos sobre la bandeja—. ¡Te rompo la crisma si te atreves a tratarme así! ¡Qué marrano! ¡Salgan ustedes en seguida o voy a perder la paciencia! ¡Salgan todos! ¡No quiero que quede aquí ningún canalla!

—¡Ahora veremos!—dijo Gestiakov, tan excitado, que sus lentes se empañaron de sudor. —Voy a enseñarle a usted a ser cortés. ¡Que venga el gerente del club!

Momentos después entró el gerente, un hombrecillo grueso, jadeante, con una cintita azul en el ojal de la solapa.

—Le ruego a usted salga de aquí—dijo encarándose con el intruso—. Si quiere usted beber váyase al buffet.

—¿Y quién eres tú?—preguntó el enmascarado—. ¡Dios mío, qué miedo me das!

—Le ruego a usted que no siga tuteándome. ¡Salga de aquí, salga!

—Oye, muchacho: te doy un minuto para hacer salir a estos caballeros. Molestan a estas señoras y no quiero verlas cohibidas. ¿Entiendes?

—Este individuo se cree sin duda en una cuadra—dijo Gestiakov—. ¡Que venga Estrat Spiridonich!

—¡Estrat Spiridonich! ¡Estrat Spiridonich!—se oyó gritar por todas partes.

No tardó en aparecer Estrat Spiridonich, con su uniforme de policía.

—¡Le ruego que salga de aquí!—exclamó con voz ronca y mirada terrible.

—¡Dios mío, eres tremendo!— contestó riéndose el enmascarado—. Me has dado un susto... Sólo con ver tus ojos, hay para morir de miedo, ¡ja, ja, ja!

—¡Cállate!—rugió Estrat Spiridonich con toda la fuerza de sus pulmones—. Sal en seguida, si no quieres que llame a los agentes.

El escándalo, en la biblioteca, había llegado al colmo. Estrat Spiridonich gritaba, rojo como un cangrejo, y pateaba. Gestiakov, Belebujin, el gerente del club y los demás intelectuales gritaban también. Pero a todas las voces se sobreponía la voz de bajo, formidable, del enmascarado.

Los bailes del salón cesaron, y el público corrió a la biblioteca, atraído por la batahola.

Estrat Spiridonich llamó a cuantos agentes de policía se hallaban en el club, y comenzó a instruir un proceso verbal.

—¡Dios mío, qué va a ser de mi ahora!—decía, burlándose, con tono quejumbroso, el enmascarado—. ¡Qué desgraciado soy! Me he perdido para siempre. ¡Ja, ja, ja! Bueno, ¿se ha terminado el proceso verbal? ¿Lo han firmado todos? ¡Entonces, mirad! A la una, a las dos y a las tres...

El enmascarado se levanta, se yergue en toda su estatura y se quita el antifaz. Luego se echa a reír y, satisfecho del efecto producido en la concurrencia, se deja caer en el sillón, lleno de regocijo.

El efecto, verdaderamente, había sido formidables los intelectuales se miraban unos a otros, confusos y pálidos. Estrat Spiridonich tenía una expresión lamentable y estúpida. Todos habían reconocido en el enmascarado al multimillonario local, el célebre fabricante Piatigorov, famoso por sus buenas obras, sus escándalos y sus extravagancias.

Un silencio violento reinó. Nadie se atrevía a decir nada.

—Bueno, ¿qué?—exclamó Piatigorov—. ¿Quieren ustedes ahora irse, si o no?

Los intelectuales, sin decir esta boca es mía, salieron de puntillas de la biblioteca. Piatigorov se levantó, y, groseramente, cerró la puerta tras ellos.

—¡Tú ya sabías que era Piatigorov!—le decía momentos después, con dureza, al criado, sacudiéndole por los hombros Estrat Spiridonich—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—El señor Piatigorov me había prohibido decirle.

—Va verás, canalla, yo te enseñaré a guardar secretos. Y ustedes, señores intelectuales, ¿no se avergüenzan? ¡Por una tontería ponerse a protestar: a alborotar! Era, no obstante, tan sencillo marcharse por un cuarto de hora... Todos nos hubiéramos ahorrado disgustos.

Los intelectuales andaban de un lado para otro, confusos y tristes, sintiéndose culpables y no atreviéndose a hablar alto. Sus mujeres y sus hijas, enteradas del enojo de Piatigorov, no se atrevían a bailar.

Hacia las dos de la mañana Piatigorov salió de la biblioteca: Estaba borracho y se tambaleaba. Entró en el gran salón y se sentó junto a la orquesta. Arrullado por la música, se durmió y empezó a roncar.

—¡No toquéis!— les decían por señas los concurrentes a los músicos—. ¡Chist!... Egor Nilich está durmiendo.

—¿Me permitirá usted que le acompañe a su casa?—preguntó Belebujin inclinándose sobre el millonario.

Piatigorov hizo una mueca con los labios, como si quisiera librarse de una mosca que le molestase.

—¿Me permite usted acompañarle a su casa?—repitió Belebujin—. Voy a hacer que venga su coche de usted.

—¿Qué?... ¿Qué quieres?

—Tendré mucho gusto en acompañarle a usted a su casa. Es hora de irse a la cama.

—Bueno. Vamos...

Belebujin, satisfechísimo, hizo grandes esfuerzos para levantar a Piatigorov. Los demás miembros del club le ayudaron, poniendo en ello sumo celo.. Al cabo, merced a los esfuerzos comunes, se pudo dar cima a la empresa y conducir a su carruaje al millonario.

—¡Es asombroso cómo ha embromado usted a todo el club!—dijo Gestiakov sosteniendo a Piatigorov con el brazo—. Es usted un admirable actor, un verdadero talento. No salgo de mi asombro! ¡Lo que nos hemos reído! No olvidaré nunca este encantador episodio, ¡ja, ja, ja! Bravo, Egor Nilich, ha estado usted muy bien...

—

## UN DRAMA

—¡Una señora pregunta por usted, Pavel Vasilich!—dijo el criado—. Hace una hora que espera.

Pavel Vasilich acababa de almorzar. Hizo una mueca de desagrado, y contestó:

—¡Al diablo! ¡Dile a esa señora que estoy ocupado.

—Esta es la quinta vez que viene. Asegura que es para un asunto de gran importancia. Está casi llorando.

—Bueno. ¿Qué vamos a hacerle? Que pase al gabinete.

Se puso, sin apresurarse, la levita, y, llevando en una mano un libro, y en la otra un portaplumas, para dar a entender que se hallaba muy ocupado, encaminóse al gabinete. Allí le esperaba la señora anunciada. Era alta, gruesa, colorada, con antiparras, de un aspecto muy respetable, y vestía elegantemente.

Al ver entrar a Pavel Vasilich, alzó los ojos al cielo y juntó las manos, como quien se dispone a rezar ante un icono.

—Naturalmente, ¿no se acuerda usted de mí?—comenzó con acento en extremo turbado—. Tuve el gusto de conocer a usted en casa de Trutzky. Soy la señora Murachkin.

—¡Ah, sí!... Tenga usted la bondad de sentarse ¿En qué puedo serle útil?

—Mire usted, yo... yo—balbuceó la dama, sentándose, y más turbada aún—. Usted no se acuerda de mí... Soy la señora Murachkin... Soy gran admiradora de su talento, y leo siempre, con sumo placer, sus artículos. No tengo la menor intención de adularle, ¡líbreme Dios! Hablo con entera sinceridad. Si, leo sus artículos con mucho placer... Hasta cierto punto, no soy extraña a la literatura.

Claro es que no me atrevo a llamarme escritora, pero... no he dejado de contribuir algo.... he publicado tres novelitas para niños... Naturalmente, usted no las habrá leído... He trabajado también en traducciones... Mi hermano escribía en una revista importante de Petrogrado..

—Sí, si... ¿Y en qué puedo serle útil a usted?

—Verá usted...—y bajó los ojos, poniéndose aún más colorada—. Conozco su talento y sus opiniones. Y quisiera saber lo que piensa... o, más bien, quisiera que me aconsejase... En fin, he escrito un drama, y antes de enviarlo a la censura, quisiera que usted me dijese...

Con mano trémula sacó un voluminoso cuaderno.

Pavel Vasilich no gustaba sino de sus propios artículos; los ajenos, cuando se veía obligado a escucharlos, le producían la impresión de un cañón, a cuyos disparos sirviera él de blanco. A la vista del gran cuaderno, se llenó de terror, y dijo:

—Bueno... déjeme el drama, y lo leeré.

—¡Pavel Vasilich!—suplicó la señora, con voz suspirante y juntando las manos—. Ya sé que está usted muy ocupado y no puede perder ni un minuto. Tampoco se me oculta que en este momento está usted enviándome a todos los diablos; pero... tenga usted la bondad de permitirme que le lea mi drama ahora, y le quedaré obligadísima.

—Tendría un gran placer, señora, en complacer a usted; pero... no tengo tiempo. Iba a salir.

—Pavel Vasilich—rogó la visitante, con lágrimas en los ojos—. Le pido a usted un sacrificio. Sé que soy osada, impertinente, pero ¡sea usted generoso! Mañana me voy a Kazan, y no quisiera irme sin saber su opinión. ¡Sacrifíqueme usted media hora... sólo media hora!

Pavel Vasilich no era hombre de gran voluntad y no sabía negarse. Cuando vio a la señora disponerse a llorar y a prosternarse ante él, balbuceó:

—Bueno, acepto... Si no es más que media hora...

La señora Murachkin lanzó un grito de triunfo, se quitó el sombrero, se sentó, y empezó a leer.

Leyó, primeramente, cómo el criado y la criada hablaban largo y tendido de la señorita Ana Sergejevna, que ha hecho edificar en la aldea una escuela y un hospital. Después del diálogo con el criado, la criada recita un monólogo conmovedor sobre la utilidad de la instrucción; luego, vuelve el criado, y refiere que su señor, el general, mira con malos ojos la actividad de su hija Ana Sergejevna: quiere casarla con un oficial, y considera un lujo inútil la instrucción del pueblo. Después el criado y la criada se marchan, y entra Ana Sergejevna en persona. Hace saber al público que se ha pasado en claro la noche, pensando en Valentín Ivanovich, hijo de un pobre preceptor, y mozo de nobles sentimientos, que mantiene a su padre enfermo. Valentín es un hombre instruídísimo, pero en extremo pesimista. No cree ni en el amor ni en la amistad, encuentra estúpida la vida y quiere morir. Ana Sergejevna está decidida a salvarle.

Pavel Vasilich escuchaba y pensaba en su diván, en el que tenía la costumbre de descansar un poco después del almuerzo. De vez en cuando lanzaba a la señora Murachkin una mirada llena de odio.

—¡Que el diablo te lleve!—pensaba—. ¿Qué culpa tengo yo de que hayas escrito un drama estúpido? ¡Qué cuaderno. Dios mío! ¡No se acaba nunca! Miró el retrato de su mujer, colgado en la pared, y recordó que aquélla le había encargado que comprase y llevase a la casa de campo cinco metros de cinta, una libra de queso y unos polvos para los dientes.

—¿Dónde he puesto yo la muestra de la cinta?—pensaba—. Creo que está en el bolsillo de la americana... Con tal que no se pierda... Las malditas moscas han manchado el retrato. Le tendré, que decir a Olga que lo limpie... Esta endemoniada mujer, está leyendo ya la escena octava; el primer acto está, probablemente, tocando a su fin... Pobre señora, está muy gruesa para tener inspiración. ¡Qué idea más graciosa la de meterse a escribir dramas! Más valía que hiciera media o que cuidase a las gallinas...

—¿No le parece a usted este monólogo demasiado largo?— preguntó de pronto la señora Murechkin, levantando los ojos del cuaderno.

Él no había oído palabra de dicho monólogo, y, ante la pregunta inesperada, manifestó gran confusión.

— ¡Nada de eso! Al contrario, me gusta mucho.

La señora Murachkin puso una cara gozosísima, radiante de dicha, y continuó leyendo:

«*Ana*. Os entregáis con exceso al análisis psicológico. Olvidáis demasiado el corazón y atribuíis a la razón excesiva importancia.

*Valentín*. ¿Y qué es el corazón? Es un concepto anatómico, un término convencional, sin sentido alguno para mí. *Ana* (Turbada.) ¿Y el amor? ¿Diréis también, acaso, que no es sino el producto de la asociación de ideas?... *Valentín* (Con amargura.) ¡No abramos las viejas heridas! (Una pausa.) ¿En qué pensáis? *Ana*. Sospecho que no sois feliz.»

Durante la lectura de la escena diez y seis, Pavel Vasilich bostezó de un modo en absoluto inesperado por él, y él mismo se asustó de su poca galantería.

Para disimularla, se apresuró a dar a su rostro la expresión del de un hombre que escucha con gran interés.

—La escena diez y siete—se dijo—, y el primer acto aun no se ha acabado. ¡Dios mío! Si esto se prolonga diez minutos más, no sé qué voy a hacer... Es insoportable!

Al fin, la dramaturga, leyó con voz triunfante:

«¡Telón!»

Pavel Vasilich lanzó un suspiro de alivio y se dispuso a levantarse; pero la señora Murachkin volvió la página, y sin haberle dado tiempo para respirar, continuó leyendo:

«Acto segundo. La escena representa una calle de la aldea. A la derecha, la escuela; a la izquierda, el hospital. En la escalinata del hospital hay sentados campesinos y campesinas.»

—¡Perdóneme!— interrumpió Pavel Vasilich—. ¿Cuántos actos son?

—¡Cinco!—respondió rápida la señora Murachkin, y, como si temiera que echase a correr, continuó a toda prisa:

«En la ventana de la escuela se encuentra Valentín. En el fondo, se ve a los campesinos salir y entrar en la taberna.»

Como un condenado a muerte, que hubiera perdido toda esperanza de ser indultado, Pavel Vasilich no se hizo ya ilusiones, y se resignó. Sólo se preocupó de tener los ojos abiertos y de conservar en el rostro una expresión atenta. El momento dichoso de

su porvenir, en que aquella señora acabase la lectura del drama y se fuera, le parecía muy lejano.

—Run, run, run... run, run, run—zumbaba sin tregua en su oído la voz de la señora Murachkin.

—Se me había olvidado tomar bicarbonato—pensaba—. Tengo que cuidarme el estómago... Antes de marcharme iré a ver a Smirnov... ¡Calla, un pajarito se ha parado en la ventana! Debe de ser un gorrión.

Sus párpados parecían de plomo, y hacía esfuerzos sobrehumanos para no dormirse. Bostezó y miró a la señora, que tomó, ante sus ojos soñolientos, formas fantásticas; comenzó a oscilar, y se convirtió en un ser tricéfalo, que llegaba al techo.

La señora leía: «*Valentín*. No, permitidme que me vaya. *Ana* (Asustada.) ¿Por qué? *Valentín* (Aparte.) ¡Se ha puesto pálida! (A ella.) No, no me obliguéis a que os diga las verdaderas razones. ¡Prefiero morir a decíroslo! *Ana* (Tras una corta pausa.) No, no podéis partir!...»

La señora Murachkin empezó a inflarse, a inflarse. No tardó en parecerle a Pavel Vasilich una enorme montaña, que llenaba toda la estancia; luego, súbitamente, se hizo muy pequeñita, como una botella, y desapareció después, con la mesa que había ante ella. Pero siguió leyendo:

«*Valentín* (Sosteniendo en sus brazos a Ana.) ¡Tú me has resucitado! ¡Tú me has enseñado el sentido de la vida! ¡Has sido, para mi alma seca, como una lluvia bienhechora! Pero ¡ay!, es demasiado tarde. Soy víctima de una enfermedad incurable.» Pavel Vasilich se estremeció y fijó una mirada vaga, estúpida, en la señora Murachkin. Durante un minuto la miró así, sin comprender nada, perdido en absoluto el sentido de la realidad.

«Escena undécima. Los mismos; después, el barón y el oficial de policía. *Valentín*. ¡Detenedme! *Ana*. ¡Y a mí también, le pertenezco! Le amo más que a mi vida. *El barón*. Ana Sergejevna, olvidáis el daño que vuestra conducta causará a vuestro noble padre...»

La señora Murachkin empezó nuevamente a inflarse, se hizo grande como una montaña, llenó toda la estancia. Entonces Pavel Vasilich, dirigiendo en torno suyo miradas salvajes, lanzó un alarido

de terror, cogió de la mesa un pesado pisapapeles, y, con todas sus fuerzas, lo descargó sobre la cabeza de la señora Murachkin.

—¡Detenedme, la he matado!—dijo momentos después, cuando acudió la servidumbre.

El jurado dictó un veredicto de inculpabilidad.

—

## LECCIONES CARAS

Es un gran inconveniente para un hombre instruído no conocer las lenguas extranjeras. Vorotov lo pensaba así cuando, luego de recibir el grado de doctor, se dedicaba a un pequeño trabajo científico.

—¡Es terrible! Sin las lenguas extranjeras es de todo punto imposible trabajar. Soy como un pájaro sin alas.

Se desalentaba, y, sofocado, recorría la estancia a largos y pesados pasos; a pesar de sus veintiséis años, padecía ya de asma y tenía abotagado el rostro. Se decidió a estudiar, por lo menos, el francés y el alemán, y rogó a algunos de sus amigos que le buscasen profesor.

Una tarde de invierno, estando Vorotov trabajando en su casa, su criado le anunció que una señorita deseaba verle.

— Que pase—dijo Vorotov.

Momentos después entró en el gabinete una muchacha, vestida con suma distinción y conforme a la última moda. Se presentó como profesora de francés.

—Me llamo Alicia Osipovna Anket. Me envía su amigo Petrov.

—¿Petrov? ¡Me alegro mucho! ¡Tenga la bondad de sentarse!—dijo Vorotov, tapando con la mano el cuello de su camisa de dormir, y tosiendo.

Y empezaron a hablar de las condiciones. Mientras hablaban, Vorotov observaba a hurtadillas a la muchacha. Era una verdadera francesa, muy joven y elegante. A juzgar por la lánguida palidez del rostro y por el talle fino, esbelto, no se le podían suponer más de diez y ocho años; pero, parando mientes en sus ojos severos y en sus anchos hombros, Vorotov se dijo que debía de tener veintitrés o quizá veinticinco. Después le pareció de nuevo que sólo tenía diez y

ocho. Su expresión era la fría y atareada de un hombre que ha venido a hablar de negocios. Desde el principio al fin de la conversación permaneció impassible, sin sonreír ni fruncir las cejas. Sólo manifestó un ligero asombro cuando se enteró de que era el mismo Vorotov quien había de ser su discípulo: suponía que se la llamaba para dar lecciones a algún niño.

—¡Entonces, convenido, Alicia Osipovna!—le dijo Vorotov—. Trabajaremos todas las tardes de siete a ocho. Acepto sus condiciones: un rublo por lección.

Le ofreció té o café, pero ella no aceptó. Para prolongar la conversación, le pidió amistosamente algunas noticias relativas a ella: dónde estaban sus padres, dónde había hecho sus estudios y de qué vivía.

La señorita Alicia, conservando siempre la expresión impassible y atareada, respondió que había hecho sus estudios en una escuela privada, y obtenido un diploma de institutriz; que había perdido hacía muy poco a su padre, víctima de la escarlatina, y que su madre fabricaba y vendía flores artificiales.

—Y usted, ¿tiene mucho trabajo?

—Por la mañana doy lecciones en un colegio de niñas, y por las tardes, en casas particulares.

Se fué, dejando tras ella un perfume leve y exquisito.

Vorotov, luego que partió, parecía muy distraído y no trabajaba. «Está muy bien—pensaba—que muchachas como ésta sean económicamente independientes. Pero, por otra parte, es sensible que se consuman en la lucha por la existencia jóvenes tan bonitas y tan elegantes como la señorita Alicia.»

No había visto nunca francesas virtuosas, y pensó que aquella elegante muchacha, tan bien vestida, de espléndidos hombros, tendría, además de las lecciones, alguna otra ocupación.

La tarde siguiente, a las siete menos cinco, la señorita Alicia se presentó, roja de frío. Sin preámbulo alguno abrió un manual de la lengua francesa, que llevaba consigo, y comenzó en el acto: «La lengua francesa tiene veintiséis letras. La primera se llama a; la segunda, b...».

—Perdóneme—la interrumpió Vorotov sonriendo—. Debo prevenirle que conmigo necesitará usted cambiar un poco su

método, dado que, mire... conozco bien el latín y el griego, y he estudiado, además, filología comparada. Me parece que podríamos prescindir de ese manual, y empezar a leer a algún autor francés.

Y comenzó a explicarle cómo estudian las personas adultas las lenguas extranjeras.

—Un amigo mío—dijo—, colocando ante sí el Evangelio en francés, en alemán y en latín, los leía paralelamente, traduciendo con cuidado cada palabra. Y, de este modo, consiguió su objeto en menos de un año. Si le parece a usted bien, procederemos de igual suerte. Cojamos cualquier autor francés, y leámosle.

La señorita Alicia le miró con asombro. Evidentemente la proposición de Vorotov le parecía muy ingenua, incluso estúpida. Pero, puesto que no era un chico a quien se le podía mandar, sino una persona mayor, se contentó con encogerse ligeramente de hombros, y dijo:

—Como usted quiera.

Vorotov buscó en su biblioteca, y halló un libro francés muy usado.

—¿Este?—preguntó.

—Es igual.

—Entonces comencemos, con la ayuda de Dios. Lo primero el título. «Memoires.»

Ella tradujo. El repitió. Con su sonrisa bonachona, y respirando pesadamente, se dedicó, durante un cuarto de hora, al análisis gramatical de la pabra «memorias».

La señorita Alicia se sentía cansada. Respondía con trabajo a las preguntas de su discípulo, sin comprender lo que quería y sin querer comprenderlo. Al hacerle las preguntas, Vorotov la examinaba a hurtadillas.

«Tiene el pelo rizado—pensaba—. Es asombroso; trabaja todo el día, y aun le queda tiempo de rizarse el pelo.»

En punto de las ocho, la profesora se levantó.

—¡Hasta mañana, señor!—dijo fríamente.

Y se marchó, dejando tras sí el mismo leve, exquisito y turbador perfume. También entonces Vorotov quedó largo rato pensativo, sin hacer nada.

Las lecciones siguientes llevaron al ánimo de Vorotov la convicción de que su profesora era una señorita muy serúa, formal y simpática; pero sin instrucción alguna e incapaz de enseñar ni aun a las personas mayores. Y, para no perder el tiempo, determinó despedirla y llamar a otro profesor. Cuando se preparaba a darle la séptima lección, sacó él del bolsillo un sobre con siete rublos, y, muy confuso, dijo:

—Perdóneme, señorita Alicia, pero debo decirle... que... me veo en la triste precisión...

Miró ella el sobre y comprendió de qué se trataba. Por primera vez desapareció la expresión impasible y fría de su rostro. Se ruborizó un poco, y, bajando los ojos, se puso a jugar nerviosamente con su fina cadena de oro. Al verla así, Vorotov comprendió que el rublo que le pagaba por lección tenía para ella una gran importancia, y que le sería muy sensible el perderlo.

—Debo decirle—balbuceó aún más confuso, y volviendo a meterse el sobre en el bolsillo—que... Excúseme; me veo en la precisión de dejarla sola diez minutos.

Y, simulando que no tenía, ni por asomo, la intención de despedirla, sino que le pedía simplemente permiso para retirarse unos momentos, salió a la habitación inmediata y permaneció diez minutos en ella.

Volvió a entrar, más confuso aún, seguro de que su ficción se había adivinado.

Se reanudaron las lecciones.

Vorotov no ponía en ellas ningún entusiasmo. En la certeza de que no servirían para nada, las dejó al arbitrio de la señorita Alicia, y no volvió a hacerle preguntas. Ella traducía presurosa, sin detenerse, diez páginas por hora. Vorotov no la escuchaba, y se limitaba a examinar con disimulo sus cabellos rizados, su ebúrneo cuello, sus finas manos blancas, y a respirar el perfume que desprendía.

A veces, pensamientos frívolos le asaltaban, y se avergonzaba de ellos; a veces se dolía de que la muchacha se mantuviese con él en una actitud tan fría y reservada; la faz, impasible. Y no sabía cómo componérselas para inspirarle algo de confianza, para entablar con

ella relaciones de amistad y decirle que enseñaba muy mal, para guiarla, en fin, y ayudarla.

Una tarde llegó vestida con un traje muy *chic*, ligeramente descotado. Estaba tan perfumada como si una nube de fragancias la envolviese de arriba abajo. Se excusó, y dijo que sólo disponía de media hora, pues la habían invitado a un baile.

Él miraba su cuello y sus hombros medio desnudos, y sentía el influjo arrebatador de aquella nube de fragancias, de aquella desnudez y de aquella belleza; mientras ella, sin cuidarse de él ni de sus sentimientos, volvía, una tras otra, las hojas y traducía con rapidez vertiginosa, disparatando de un moda terrible: «¿Dónde vais, señor mi amigo? En viendo vuestra figura talmente pálida, eso me daña el corazón.»

Otra tarde llegó a las seis, en vez de llegar a las siete.

—Perdóneme—dijo—que venga tan pronto; pero me han invitado al Teatro Dramático.

Cuando se fué, Vorotov se vistió, encaminándose también al Teatro Dramático. «Hace mucho tiempo que no voy al teatro»—pensó, como para justificarse. No quería confesarse a sí mismo que iba por ver a su profesora. Se tenía por un varón demasiado sesudo para correr tras una muchacha poco inteligente.

Pero, en los entreactos, su corazón latía más a prisa que de costumbre. Recorría el *foyer* y los pasillos en la esperanza de encontrarla. Cuando los timbres anunciaban que iba a alzarse el telón, se disgustaba y no sentía el menor interés por la obra.

Al fin, antes del último acto, la divisó entre la multitud que se agolpaba en el *foyer*. Un presentimiento de dicha inundó su corazón, e iluminó su rostro una sonrisa de alegría.

La señorita Alicia no estaba sola: a su lado había dos estudiantes y un oficial. Ella reía, hablaba en voz alta, coqueteaba mucho y parecía muy feliz. Por primera vez en su vida, Vorotov, aunque vagamente, experimentó el tormento de los celos. Nunca la había visto tan feliz, tan contenta, tan espontánea. Con aquellos jóvenes se encontraba, sin duda ninguna, por completo a su gusto; mientras que con él...

Hubiera querido hallarse, aunque fuera por un breve espacio, en el lugar del oficial o de los estudiantes.

Saludó a la señorita Alicia, que le respondió con frialdad y volvió la cabeza: acaso quisiera ocultar que daba lecciones.

Una honda tristeza oprimió el corazón de Vorotov. Desde aquella noche comprendió que estaba enamorado de la señorita Alicia. Durante las lecciones siguientes la devoraba con los ojos, ponía una atención cordial en cada uno de sus rasgos, bebía ávidamente el perfume que exhalaba. Ella se mantenía siempre en una actitud llena de reserva y de indiferencia. En punto de las ocho se levantaba.

—¡Hasta mañana, señor!—decía con frialdad.

Y se marchaba, impasible, no comprendiendo ni queriendo comprender lo que experimentaba por ella. Esta indiferencia le hacía muy desgraciado. Se daba clara cuenta de que no debía esperar nada.

A veces, en plena lección, empezaba a soñar, a proyectar cosas audaces. Con frecuencia llegaba a decidirse a hacerle una declaración de amor. Pero en cuanto ponía los ojos en su rostro frío e imperturbable, sus pensamientos amorosos se extinguían como la llama de una vela al soplo de un viento glacial.

Una vez, estando ella a punto de partir, la detuvo, y, anheloso, loco, balbuceó:

—Dos palabras... dos palabras no más... ¡La amo a usted! La amo de tal modo...

Ella palideció—probablemente temerosa de que, tras aquella declaración, se acabaran las lecciones, y con ellas, los rublos—, y, con el espanto en los ojos, dijo:

—¡No; eso, no! ¡Se lo ruego; eso, no!

Vorotov no durmió en toda la noche. Estaba avergonzado. Creía haber ofendido a la señorita Alicia, y temía que no volviese. Determinó escribirle pidiéndole perdón y rogándole que continuase sus lecciones.

Pero ella volvió sin necesidad de eso. Al principio parecía un poco cohibida. Después abrió el libro y empezó a traducir, como siempre, muy de prisa y disparatando: «¡Oh señor, mi caro amigo; no desgarréis esas flores que yo quiero dar a la señorita, mi hija.»

Continúa siendo muy exacta. Llega a las siete en punto, y se va, sonando las ocho.

Ha traducido ya cuatro libros; pero Vorotov, salvo la palabra «memoires», no sabe absolutamente nada. Y cuando sus amigos le preguntan si ha adelantado mucho en la lengua francesa, responde con un gesto desesperado, y empieza a hablar del sol que brilla o de la lluvia que cae.

---

## LOS MUCHACHOS

—¡Volodia ha llegado!— gritó alguien en el patio.

—¡El niño Volodia ha llegado!—repitió la criada Natalia, irrumpiendo ruidosamente en el comedor—, ¡Ya está ahí!

Toda la familia de Korolev, que esperaba de un momento a otro la llegada de Volodia, corrió a las ventanas. En el patio, junto a la puerta, veíanse unos amplios trineos arrastrados por tres caballos blancos, a la sazón envueltos en vapor.

Los trineos estaban vacíos; Volodia se hallaba ya en el vestíbulo, y hacía esfuerzos para despojarse de su bufanda de viaje. Sus manos, rojas, con los dedos casi helados, no le obedecían. Su abrigo de colegial, su gorra, sus chanclos y sus cabellos estaban blancos de nieve.

Su madre y su tía le estrecharon, hasta casi ahogarle, entre sus brazos.

—¡Por fin! ¡Queridito mío! ¿Qué tal?

La criada Natalia había caído a sus pies, y trataba de quitarle los chanclos. Sus hermanitas lanzaban gritos de alegría. Las puertas se abrían y se cerraban con estrépito en toda la casa. El padre de Volodia, en mangas de camisa y las tijeras en la mano, acudió al vestíbulo y quiso abrazar a su hijo, pero éste se hallaba tan rodeado de gente, que no era empresa fácil.

—¡Volodia, hijito! Te esperábamos ayer... ¿Qué tal?... ¡Pero, por Dios, dejadme abrazarle! ¡Creo que también tengo derecho!

Milord, un enorme perro negro, estaba también muy agitado. Sacudía la cola contra los muebles y las paredes, y ladraba con su voz potente de bajo:—¡Guau!... ¡Guau!

Durante algunos minutos aquello fué un griterío indescriptible.

Luego, cuando se hubieron fatigado de gritar y de abrazarse, los Korolev se dieron cuenta de que, además de Volodia, se encontraba allí otro hombrecito, envuelto en bufandas y tapabocas, e igualmente blanco de nieve. Permanecía inmóvil en un rincón, oculto en la sombra de una gran pelliza colgada en la percha.

—Volodia, ¿quién es ese?—preguntó muy quedo la madre.

—¡Ah, sí!—recordó Volodia—. Tengo el honor de presentaros a mi camarada Chechevitzin, alumno de segundo año. Le he invitado a pasar con nosotros las Navidades.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Sea usted bien venido!—dijo con tono alegre el padre—. Perdóneme; estoy en mangas de camisa. Natalia, ayuda al señor Cherepitzin a desnudarse. ¡Largo, Milord! ¡Me aburres con tus ladridos!

Un cuarto de hora más tarde, Volodia y Chechevitzin, aturdidos por la acogida ruidosa y rojos aún de frío, estaban sentados en el comedor y tomaban té. El sol de invierno, atravesando los cristales medio helados, brillaba sobre el *samovar* y sobre la vajilla. Hacia calor en el comedor, y los dos muchachos parecían por completo felices.

—¡Bueno, ya llegan las Navidades!— dijo el señor Korolev, encendiendo un grueso cigarrillo—. ¡Cómo pasa el tiempo! No hace mucho que tu madre lloraba al irte tú al colegio, y ahora, hete ya de volta... Señor Chivisev, ¿un poco más de té? Tome usted pasteles. No esté usted cohibido, os lo ruego. Está usted en su casa.

Las tres hermanas de Volodia—Katia, Sonia y Macha—, de las que la mayor no tenía más que once años, se hallaban asimismo sentadas a la mesa, y no quitaban ojo del amigo de su hermano. Chechevitzin era de la misma estatura y la misma edad que Volodia, pero más moreno y más delgado. Tenía la cara cubierta de pecas, el cabello crespo, los ojos pequeños, los labios gruesos. Era, en fin, muy feo, y sin el uniforme de colegial se le hubiera podido tomar por un pillete.

Su actitud era triste; guardaba un constante silencio, y no había sonreído ni una sola vez. Las niñas, mirándole, comprendieron al punto que debía de ser un hombre en extremo inteligente y sabio. Hallábase siempre tan sumido en sus reflexiones, que si le

preguntaban algo, sufría un ligero sobresalto, y rogaba que le repitiesen la pregunta.

Las niñas habían observado también que el mismo Volodia, siempre tan alegre y parlanchín, casi no hablaba, y se mantenía muy grave. Hasta se decía que no experimentaba contento ninguno al encontrarse entre los suyos. En la mesa, sólo una vez se dirigió a sus hermanas, y lo hizo con palabras por demás extrañas; señaló al *samovar*, y dijo:

—En California se bebe *jín* en vez de té.

También él hallábase absorto en no sabía qué pensamientos. A juzgar por las miradas que cambiaba de vez en cuando con su amigo, los de uno y otro eran los mismos.

Luego del té se dirigieron todos al cuarto de los niños. El padre y las muchachas se sentaron en torno de la mesa, y reanudaron el trabajo que había interrumpido la llegada de los dos jóvenes. Hacían, con papel de diferentes colores, flores artificiales para el árbol de Navidad. Era un trabajo divertido y muy interesante. Cada nueva flor era acogida con gritos de entusiasmo, y, aun a veces, con gritos de horror, como si la flor cayese del cielo. El padre parecía también entusiasmado. A menudo, cuando las tijeras no cortaban bastante bien, las tiraba al suelo con cólera. De vez en cuando entraba la madre, grave y atareada, y preguntaba:

—¿Quién ha cogido mis tijeras? ¿Has sido tú, Ivan Nicolayevich?

—¡Dios mío!— se indignaba Ivan Nicolayevich con voz llorosa—. ¡Hasta de tijeras me privan!

Su actitud era la de un hombre atrocemente ultrajado, pero un instante después volvía de nuevo a entusiasmarse.

El año anterior, cuando Volodia había venido del colegio a pasar en casa las vacaciones de invierno, había manifestado mucho interés por estos preparativos; había fabricado también flores; se había entusiasmado ante el árbol de Navidad; se había preocupado de su ornamentación. A la sazón no ocurría lo mismo. Los dos muchachos manifestaban una indiferencia absoluta hacia las flores artificiales. Ni siquiera mostraban el menor interés por los dos caballos que había en la cuadra. Se sentaron junto a la ventana, separados de los demás, y se pusieron a hablar por lo bajo. Luego

abrieron un atlas geográfico, y empezaron á examinar una de las cartas.

—Por de pronto a Perm— decía muy quedo Chechevitzin—. De allí a Tumen... Después a Tomsk... Después... Espera... Eso es, de Tomsk a Kamchatka... En Kamchatka nos meteremos en una canoa, y atravesaremos el estrecho de Bering; y henos ya en América. Allí hay muchas fieras...

—¿Y California?—preguntó Volodia.

—California está más al Sur. Una vez en América, está muy cerca... Para vivir es necesario cazar y robar.

Durante todo el día Chechevitzin se mantuvo a distancia de las muchachas, y las miró con desconfianza. Por la tarde, después de merendar, se enentró, durante algunos minutos, completamente solo con ellas. La cortesía más elemental exigía que les dijese algo. Se frotó, con aire solemne, las manos, tosió, miró severamente a Katia, y preguntó:

—¿Ha leído usted a Mine-Rid?

—No... Dígame: ¿Sabe usted patinar?

Chechevitzin no contestó nada. Infló los carrillos y resopló, como un hombre que tiene mucho calor. Luego, tras una corta pausa, dijo:

—Cuando una manada de antílopes corre por las pampas, la tierra tiembla bajo sus pies. Las bestezuelas lanzan gritos de espanto.

Tras un nuevo silencio, añadió:

—Los indios atacan con frecuencia los trenes. Pero lo peor son los termitidos y los mosquitos.

—¿Y qué es eso?

—Una especie de hormigas, pero con alas. Muerden de firme...

¿Sabe usted quién soy yo?

—El señor Chechevitzin.

—No; me llamo Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles.

Las niñas, que no habían comprendido nada, le miraron con respeto y un poco de miedo.

Chechevitzin pronunciaba palabras extrañas. El y Volodia conspiraban siempre y hablaban en voz baja; no tomaban parte en los juegos, y se mantenían muy graves; todo esto era misterioso,

enigmático. Las dos niñas mayores, Katia y Sonia, comenzaron a espiar a ambos muchachos.

Por la noche, cuando los muchachos sé fueron a acostar, acercáronse de puntillas a la puerta de su cuarto y se pusieron a escuchar. ¡Santo Dios, lo que supieron!

Supieron que ambos muchachos se aprestaban a huir a algún punto de América para amontonar oro. Todo estaba ya preparado para su viaje; tenían un revólver, dos cuchillos, galletas, una lente para encender fuego, una brújula y una suma de cuatro rublos. Supieron asimismo que los muchachos debían andar muchos millares de kilómetros, luchar contra los tigres y los salvajes, luego buscar oro y marfil, matar enemigos, hacerse piratas, beber *jin*, y, como remate, casarse con lindas muchachas y explotar ricas plantaciones. Mientras las dos niñas espiaban a la puerta, los muchachos hablaban con gran animación y se interrumpían. Chechevitzin llamaba a Volodia «mi hermano, rostro pálido», en tanto que Volodia llamaba a su amigo «Montigomo, Garra de Buitre».

—No hay que decirle nada a mamá—dijo Katia al oído de Sonia, mientras se acostaban—. Volodia nos traerá de América mucho oro y marfil; pero si se lo dices a mamá, no le dejarán ir a América.

Todo el día de Nochebuena estuvo Chechevitzin examinando el mapa de Asia y tomando notas. Volodia, por su parte, andaba cabizbajo, y, con sus gruesos mofletes, parecía un hombre picado por una abeja. Iba y venía sin cesar por las habitaciones, y no quería comer. En el cuarto de los niños, se detuvo una vez delante del icono, se persignó y dijo:

—¡Perdóname, Dios mío! Soy un gran pecador. ¡Ten piedad de mi pobre, de mi desgraciada mamá!

Por la tarde se echó a llorar. Al ir a acostarse, abrazó largamente y con efusión a su madre, a su padre y a sus hermanas. Katia y Sonia comprendían el motivo de su emoción; pero la pequeña, Macha, no comprendía nada, absolutamente nada, y le miraba con sus grandes ojos asombrados.

A la mañana siguiente, temprano, Katia y Sonia se levantaron; y, una vez abandonado el lecho, se dirigieron quedamente a la

habitación de los muchachos, para ver cómo huían a América. Detuviéronse junto a la puerta, y oyeron lo siguiente:

—Vamos, ¿quieres ir?— preguntó con cólera Chechevitzin—. Di, ¿no quieres?

—¡Dios mío!—respondió llorando Volodia—. No puedo. No quiero separarme de mamá.

—¡Hermano rostro pálido, partamos! Te lo ruego. Me habías prometido partir conmigo, y ahora te da miedo. ¡Eso está muy mal, hermano rostro pálido!

—No me da miedo, pero... ¿qué va a ser de mi pobre mamá?

—Dímelo de una vez: ¿quieres seguirme o no?

—Yo me iría, pero... esperemos un poco; quiero quedarme aún algunos días con mamá.

—Bueno; en ese caso me voy solo— declaró resueltamente Chechevitzin—. Me pasaré sin ti. ¡Y pensar que has querido cazar tigres y luchar contra los salvajes! ¡Qué le vamos a hacer! Me voy solo. Dame el revólver, los cuchillos y todo lo demás.

Volodia se echó a llorar con tanta desesperación, que Katia y Sonia, compadecidas, empezaron a llorar también. Hubo algunos instantes de silencio.

—Vamos, ¿no me acompañas?— preguntó una vez más Chechevitzin.

—Sí, me voy... contigo.

—Bueno; vístete. Y para dar ánimos a Volodia, Chechevitzin empezó a contar maravillas de América, a rugir como un tigre, a imitar el ruido de un buque, y prometió, en fin, a Volodia, darle todo el marfil, y también todas las pieles de los leones y los tigres que matase.

Aquel muchachito delgado, de cabellos crespos y feo semblante, les parecía a Katia y a Sonia un hombre extraordinario, admirable. Héroe valerosísimo, arrostraba todo peligro, y rugía como un león o como un tigre auténticos.

Cuando las dos niñas volvieron a su cuarto, Katia, con los ojos arrasados en lágrimas, dijo:

—¡Qué miedo tengo! Hasta las dos, hora en que se sentaron a la mesa para almorzar, todo estuvo tranquilo. Pero entonces se advirtió la desaparición de los muchachos. Los buscaron en la cuadra, en la

granja, en el jardín; se les hizo buscar después en la aldea vecina; todo fué en vano.

A las cinco se merendó, sin los muchachos. Cuando la familia se sentó a la mesa para comer, mamá manifestaba una gran inquietud, y lloraba.

Buscaron a Volodia y a su amigo durante toda la noche. Se escudriñaron, con linternas, las orillas del río. En toda la casa, lo mismo que en la aldea, reinaba gran agitación.

A la mañana siguiente llegó un oficial de policía. Mamá no cesaba de llorar.

Pero, hacia el mediodía, unos trineos, arrastrados por tres caballos blancos, jadeantes, detuviéronse junto a la puerta.

—¡Es Volodia!— exclamó alguien en el patio.

—¡Volodia está ahí!—gritó la criada Natalia, irrumpiendo como una tromba en el comedor.

El enorme perro, Milord, igualmente agitado, hizo resonar sus ladridos en toda la casa: ¡Guau! ¡Guau!

Los dos muchachos habían sido detenidos en la ciudad próxima, cuando preguntaban dónde podrían comprar pólvora.

Volodia se lanzó al cuello de su madre. Las niñas esperaban, aterrorizadas, lo que iba a suceder. El señor Korolev se encerró con ambos muchachos en el gabinete.

—¿Es posible?—decía con tono enojado—. Si se sabe esto en el colegio, os pondrán de patitas en la calle. Y a usted, señor Chechevitzin, ¿no le da vergüenza? Está muy mal lo que ha hecho. Espero que será usted castigado por sus padres... ¿Dónde habéis pasado la noche?

—¡En la estación!—respondió altivamente Chechevitzin.

Volodia se acostó, y hubo que ponerle compresas en la cabeza. A la mañana siguiente llegó la madre de Chechevitzin, avisada por telégrafo. Aquella misma tarde partió con su hijo.

Chechevitzin, hasta su partida, se mantuvo en una actitud severa y orgullosa. Al despedirse de las niñas, no les dijo palabra; pero cogió el cuaderno de Katia, y dejó en él, a modo de recuerdo, su autógrafo:

«Montigomo, Garra de Buitre, jefe de los Invencibles.»

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE  
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA  
WEB**

# ÍNDICE

1. [Título](#)
2. [La sala número seis](#)
3. [La sala número seis](#)
4. [Gusev](#)
5. [La cirugía](#)
6. [¡Silencio!](#)
7. [Las señoras](#)
8. [Un conflicto](#)
9. [Una mujer indefensa](#)
10. [Prichibeyev](#)
11. [De madrugada](#)
12. [Un acontecimiento](#)
13. [El enmascarado](#)
14. [Un drama](#)
15. [Lecciones caras](#)
16. [Los muchachos](#)

# HITOS

1. [La sala número seis](#)
2. [Portada](#)